

economía

- * LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL.
- * POLITICAS ECONOMICAS EN AMERICA LATINA, RESULTADOS Y PERSPECTIVAS.
- * REFLEXIONES SOBRE LAS POLITICAS ECONOMICAS EN LATINOAMERICA.
- * FILOSOFIA DE LA SEGUNDA REFORMA UNIVERSITARIA.

*instituto de investigaciones economicas
universidad central del ecuador*

*Impreso en los talleres del Instituto de Investigaciones
Económicas de la Universidad Central del Ecuador*

ECONOMIA

DIRECTOR: WOLFGANG SCHINDT



**REVISTA DEL
INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

DICIEMBRE - 1978

UNIVERSIDAD
CENTRAL DEL
ECUADOR

SUMARIO

PRESENTACION

DIRECTOR: WOLFGANG SCHMIDT

CONTENIDOS

Alonso Aguilar Noguera

LEYES DEL FORTALECIMIENTO Y ELANFUE
DE LA ECONOMIA EN EL ECUADOR

Pedro Vuskovic

INDICADORES ECONOMICOS Y SOCIALES
NACIONALES

José Lázaro H., Mario Zapata M.

RELACIONES ENTRE LA ECONOMIA
ECUATORIANA Y LA ECONOMIA

DOCUMENTO

Mario Aguilar Noguera

EL ECUADOR EN LA ECONOMIA
MUNDIAL

Para todo lo relacionado con esta publicación dirigirse a
Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Central del Ecuador

Apartado 1088

Quito-Ecuador

SUMARIO

PRESENTACION 9

PONENCIAS

Alonso Aguilar Monteverde

— *LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y EL NUEVO
ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL* 13

Pedro Vuskovic

— *POLITICA ECONOMICA Y ECONOMIA
POLITICA* 77

José Dávalos H., Mario Zepeda M.

— *REFLEXIONES SOBRE LAS POLITICAS
ECONOMICAS EN LATINOAMERICA* 99

DOCUMENTO

Manuel Agustín Aguirre

— *FILOSOFIA DE LA SEGUNDA
REFORMA UNIVERSITARIA* 129

PRESENTACION

En esta edición de la Revista Economía, el Instituto de Investigaciones Económicas publica algunas de las ponencias presentadas en la VII Conferencia de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, efectuada en septiembre de 1978 en Quito, Ecuador.

Elegimos tres ponencias que más impacto tuvieron en las discusiones de la Conferencia y que se concentraron en un problema fundamental de la actual situación económico-social de América Latina: las reestructuraciones de la división internacional del trabajo, el llamado "Nuevo Orden Económico Internacional" y la política económica en América Latina.

El trabajo "La Crisis del Capitalismo y el Nuevo Orden Económico Internacional" de Alonso Aguilar Monteverde, investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, presenta una reseña histórica de los movimientos de los países llamados "Tercer

Mundo” y en particular de los países no alineados para corregir las relaciones económicas internacionales. El enfoque principal del análisis radica en la evaluación de las posibilidades y limitaciones de modificar la división internacional del trabajo y repartir el ingreso mundial. A pesar de que este movimiento aparentemente ha flexibilizado las relaciones internacionales en favor de las reivindicaciones de los países del “Tercer Mundo”, Alonso Aguilar Monteverde resume críticamente que “la posibilidad de un capitalismo independiente no existe en nuestros días para los países del Tercer Mundo. . . y que es necesario vincular estrechamente esa lucha a la causa de la revolución y el socialismo” para conseguir un nuevo orden económico internacional.

La ponencia “Política Económica y Economía Política”, de Pedro Vuskovic, catedrático investigador en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Secretario Ejecutivo Adjunto de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo y Director del Seminario Permanente sobre Latinoamérica (SEPLA), se concentra en una evaluación general de la política económica que se ha desarrollado en las últimas décadas en América Latina. Vuskovic destaca que las políticas económicas tecnocráticas han fracasado porque se definen como el ejercicio de las facultades de un poder público para condicionar la conducta de los agentes económicos sin reflejar su inscripción objetiva en el sistema de la reproducción del capital nacional e internacional, “con lo cual, se está aceptando nada menos que una concepción idealista del Estado”.

José Dávalos Herrera y Mario Cepeda Martínez, investigadores del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, enfocan en su ponencia

cia "Reflexiones sobre las políticas económicas en Latinoamérica" el problema del desarrollo del "Capitalismo Monopolista de Estado" y la redefinición de la "dependencia" en el nuevo patrón internacional de la acumulación. El estudio pretende una actualización de los tradicionales y conocidos conceptos de la "dependencia" y analiza en base a esto, las políticas económicas en América Latina.

Al final presentamos el ensayo de Manuel Agustín Aguirre sobre la "Filosofía de la II Reforma Universitaria", análisis que se inscribe en un debate que hemos publicado anteriormente.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL

Alonso Aguilar Monteverde

La crisis actual del capitalismo es una de las más severas que el sistema ha sufrido en su historia. Desde hace diez años se multiplican los problemas de todo orden, y aunque a menudo se asegura que el fin del tunel está ya a la vista, lo cierto es que las dificultades persisten y que los hechos siguen imponiéndose a las previsiones más optimistas. La vigorosa recuperación que muchos esperaban tras la caída de 1974-75, está todavía por producirse, y aun en los países en que las tasas de crecimiento económico han sido relativamente más altas, persisten el desempleo, el rezago en la inversión privada, los desajustes comerciales y financieros y la inflación. Desde luego no faltan los economistas que, provistos de la nueva bola de cristal que suelen ser las computadoras, con una precisión digna de su ligereza y su pedantería anuncian que el producto nacional subirá, digamos, 4.27o/o cuando en realidad desciende 2o/o, o que los precios sólo aumentarán 3.5o/o cuando suben 12o/o¹.

1/ Véase, al respecto, la información de la Revista Fortune reproducida por Andre Gunder Frank en "Mainstream economists as astrologers", en *U.S. Capitalism in crisis, The Union for radical political economics*. New York, 1978, pp. 12-13.

Aun las modestas amas de casa, sin más conocimiento de la economía que el que les da el manejo de una quinena que cada vez rinde menos y con no otro equipo que una licuadora, y un poco de sentido común, suelen tener mayor capacidad de previsión que ciertos técnicos de costosas instituciones gubernamentales y privadas, cuyos sofisticados modelos econométricos parecen incapaces de advertir incluso las más graves contradicciones del capitalismo.

En el curso de la ya larga crisis de los últimos años, una y otra vez por ejemplo, se ha ofrecido a los países subdesarrollados que su suerte cambiaría y que la brecha que los separa de las potencias imperialistas comenzaría a cerrarse. En vez de inflación, desequilibrios financieros y de balanza de pagos, endeudamiento inabarcable y desempleo, tendrían por fin un desarrollo estable y una amplia cooperación.

Mas la verdad es que la crisis continúa, la brecha se amplía y el "Nuevo Orden Económico" brilla por su ausencia. Y cuando debiera supuestamente abrirse una etapa de rápido crecimiento, lo que se abre paso es la convicción de que 1978 será un año en que el producto nacional en los Estados Unidos solamente crecerá 4o/o, mientras los precios se elevan más de 7o/o y el desempleo supera al 6o/o. Incluso empieza a hablarse de que hacia fines de 1979 puede iniciarse un nuevo receso, acaso más profundo que el de 1974-76², y de que el intento del gobierno de Carter de estimular artificialmente la economía norteamericana, puede muy pronto resultar en un nuevo descenso de la tasa de ganancia, un fuerte déficit gubernamental, mayor inflación y un aumento de los tipos de interés que reduzca la liquidez de las empresas³. En cuanto a la posibilidad de un cambio en el sistema de relaciones internacionales, en vez de la respuesta afirmativa a las justas demandas de los países subdesarrollados, lo que parece tomar cuerpo es más bien la

2/ Véase: Thomas E. Mullaney, *The New York Times*, julio 6 de 1978.

3/ Véase: Rick Seltzer, "The development of the crisis in the United States", en *U.S. Capitalism in crisis. . .*, p. 44.

nueva estrategia trilateral con la que los poderosos intereses metropolitanos se empeñan en preservar el viejo orden de cosas.

En los últimos cinco años se ha hablado mucho de la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional. Para no pocos funcionarios y economistas gubernamentales, el NOEI es la condición para corregir los actuales desequilibrios y liberar a los países subdesarrollados al menos de las más pesadas cargas que la crisis les impone. Para otros, sin menoscabo de tal reajuste es preciso promover simultáneamente ciertas reformas internas que contribuyan a utilizar mejor el potencial productivo. Y, desde otra perspectiva no faltan quienes, lejos de ver el NOEI como la solución a los problemas del subdesarrollo, lo consideran un programa reformista indigno de apoyo y que en realidad exhibe la incapacidad de la burguesía para sortear los problemas del subdesarrollo.

Para evaluar el alcance de tal programa y ubicar las fuerzas que en torno a él se mueven conviene recordar sus principales antecedentes, así como el marco histórico en que surge.

Antecedentes del NOEI

La Segunda Guerra Mundial, como se sabe, hizo abrigar grandes esperanzas a los pueblos de los países atrasados. La derrota del fascismo se identificó a menudo con el triunfo de la democracia. La Carta del Atlántico, lanzada en medio del conflicto, abrió un horizonte de paz, prosperidad y cooperación internacional, y la victoria de 1945 se recibió en todas partes con explicable alegría. Pero cuando apenas empezaban a desmovilizarse los ejércitos, Churchill y Truman abrieron el frente de una nueva guerra: el de la "guerra fría" contra la Unión Soviética, contra el socialismo y en general contra todo movimiento popular que pusiera en peligro o incluso cuestionara el orden capitalista.

La nueva estrategia del imperialismo reclamaba mecanismos idóneos para ponerse en marcha. Entre los más importantes podrían recordarse:

1947 El Plan Marshall destinado a facilitar la rehabilitación

de Europa Occidental y concretamente de Alemania, y a impedir el avance de las fuerzas revolucionarias.

Las Conferencias de Ginebra y La Habana, para defender la vieja política de libertad comercial reclamada por los Estados Unidos, recuperar los mercados transitoriamente perdidos durante la guerra y consolidar su hegemonía.

El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —más conocido como Pacto de Río—, mediante el cual los Estados Unidos, violando la Carta de las Naciones Unidas y la soberanía nacional de los países latinoamericanos, incorporaban a éstos a la guerra fría contra el “comunismo” y los convertían en aliados automáticos de la potencia del norte, en caso de un ataque armado.

1948 La creación de la OEA, como un nuevo vehículo para ejercer permanente presión económica y política sobre los gobiernos latinoamericanos y subordinarlos a la estrategia del imperialismo estadounidense.

1949 El Plan Truman cuyo fin fue sostener a los impopulares gobiernos de Grecia y Turquía, contener la lucha revolucionaria y facilitar la penetración del capital monopolista norteamericano (a través del llamado Punto IV de dicho Plan) en los países económicamente atrasados y especialmente en África, como supuestamente el mayor y más eficaz estímulo al desarrollo económico.

La creación de la OTAN, nueva fuerza militar que debía cerrar el paso al avance del socialismo en Europa.

1950 La intervención militar de los Estados Unidos en Corea, para impedir la inminente caída del gobierno de Rhee y el triunfo de la revolución en el sur del país.

1954 La negativa de los Estados Unidos a aceptar los acuerdos de Ginebra, y el inicio de la intervención militar que culminaría en la invasión norteamericana de Vietnam.

La intervención de los Estados Unidos en Guatemala

para derrocar al gobierno constitucional de Arbenz, y la reafirmación, en Caracas, de la estrategia para salvar al hemisferio del "comunismo internacional".

1959-62 La denuncia de los Estados Unidos de que la Revolución Cubana entrañaba un grave peligro para la seguridad hemisférica. En la VI Conferencia de Cancilleres se acusó a Cuba de ser instrumento del "comunismo internacional", al año siguiente se lanzó la agresión mercenaria de Playa Girón, y a principios de 1962, se la expulsó de la OEA por tener un régimen "totalitario", incompatible con las bases de la organización interamericana.

1961 Necesitando el imperialismo ofrecer una alternativa frente a la Revolución Cubana, el presidente Kennedy llamó a crear la "Alianza para el Progreso", que en esencia era una mezquina oferta de ayuda financiera y un programa reformista para América Latina; meses más tarde la Alianza se aprueba y el propio gobierno norteamericano propone, en la ONU, abrir la primera década del desarrollo⁴.

1964 Cuando se suponía que la Alianza estaba en marcha y que los viejos y más burdos métodos de dominación se habían abandonado, el avance de un movimiento democrático en la República Dominicana bastó para que el Pentágono hiciera desembarcar a millares de infantes de marina, "en defensa" de los inversionistas yanquis radicados en dicho país.

Frente a la estrategia reformista y anticomunista del imperialismo, los pueblos y aun algunos gobiernos de los

4/ *Certeramente, al aprobarse la ALPRO en la Conferencia de Punta del Este, el Comandante Ernesto Che Guevara expresa: "Esta Alianza para el Progreso es un intento de buscar solución dentro de los marcos del imperialismo económico. Nosotros consideramos que la Alianza para el Progreso, en estas condiciones, será un fracaso". Discurso en el CIES, agosto de 1961. Cit. por Oscar Pino Santos, en "La estrategia internacional y el segundo decenio de la ONU para el desarrollo". Economía y Desarrollo No. 40, La Habana, marzo-abril de 1977, p. 16.*

países del Tercer Mundo empiezan a reclamar cambios y a formular demandas concretas, se asocian en esfuerzos comunes y aun provocan rupturas revolucionarias que sin duda quebrantan y debilitan al viejo sistema.

En los años inmediatos posteriores a la terminación de la Segunda Guerra triunfan en Europa Oriental las democracias populares. En 1949 toman el poder los revolucionarios chinos, y poco después los coreanos. A partir de entonces, también, el recién creado Consejo Mundial de la Paz apoya los movimientos de liberación y las principales demandas que los países atrasados plantean a las potencias imperialistas. En 1950 se celebra en México la primera conferencia americana por la paz; en 1952 triunfa un movimiento revolucionario en Egipto y en 1954, el colonialismo francés es derrotado en Indochina y poco después en Argelia, y en el breve lapso de un cuarto de siglo se liberan 38 países en Africa, 17 en Asia y 4 en el Caribe, lo que hace un total de 59⁵.

Desde 1948, los gobiernos latinoamericanos, a través sobre todo de la CEPAL aunque también de la OEA y otros organismos solicitan tímidamente cooperación para acelerar el desarrollo. La caída de los precios después de la guerra de Corea, y el receso de 1953-54 y las devaluaciones monetarias de los años siguientes generalizan el descontento en América Latina y dan lugar a nuevas y justas reclamaciones. Hasta el triunfo de la revolución cubana, sin embargo, el gobierno norteamericano mantiene en esencia sus viejas posiciones, y sólo acepta revisarlas cuando el prestigio de la Revolución comienza a extenderse peligrosamente por todo el continente y la lucha de clases se intensifica en varios países, comenzando con desenlazar en otras revoluciones. A partir de ahí se debate largamente en torno a problemas financieros, comerciales y de cooperación técnica, y en 1964, con motivo de la Primera Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, varios países latinoamericanos se incorpo-

5/ Véase: Oscar Pino Santos. "Historia del nuevo orden económico internacional". Intervención en el Seminario sobre el nuevo orden económico internacional. Caracas, Venezuela, Octubre de 1977.

ran al llamado "Grupo de los 77", que más tarde se amplía y llega a agrupar a 110 naciones. En 1967 el grupo prepara la "Carta de Argel", cuyas principales posiciones en materia comercial, financiera y de transferencia tecnológica se adoptan en la II UNCTAD celebrada en Nueva Delhi en 1968. Dos años después, ahora con la activa participación de muchos países subdesarrollados, la Asamblea de la ONU aprueba el Segundo Decenio del Desarrollo y la llamada Estrategia Internacional del Desarrollo.

Con frecuencia se sugiere que la resolución que abrió el segundo decenio para el desarrollo fue muy similar a la que nueve años antes inauguró el primero, tendiéndose además a creer que en ambos casos tocó al gobierno norteamericano jugar el mismo rol. Lo cierto es que la resolución de 1961, inspirada directamente en la ALPRO, fue promovida y defendida por dicho gobierno, en tanto que la segunda, bajo una nueva y más favorable correlación de fuerzas, expresó en mucho mayor medida las aspiraciones de los pueblos del Tercer Mundo y algunas de sus contradicciones con el imperialismo⁶.

La Estrategia Internacional del Desarrollo y el Nuevo Orden Económico

Por ser antecedente muy importante del acuerdo de instaurar el NOEI, conviene recordar los principales aspectos de la resolución que, en la XXV asamblea de la ONU definió la estrategia internacional del desarrollo, así como las reacciones de los Estados Unidos ante ella.

La resolución establece que el éxito de tal estrategia y del nuevo decenio para el desarrollo depende en gran medida del mejoramiento de la situación internacional, y especialmente del desarme, bajo control eficaz, la eliminación del colonialismo y la discriminación racial, así como de la pro-

6/ "El texto de la resolución 1710 (XVI) de 1961 —escribe al respecto Oscar Pino Santos— tuvo su origen y fue producto de una acción antimperialista. El texto de la resolución 1626 (XXV) de 1970... , en cambio fue el resultado de la acción combativa y unida de los países subdesarrollados vis a vis la oposición determinante —pero en más de un aspecto derrotada— de las potencias imperialistas, incluidos los EE.UU." *Ibid.*, p. 28.

moción de la igualdad política, económica, social y cultural. El gobierno norteamericano objetó este párrafo y se opuso a su contenido.

El señalamiento de que “los gobiernos se comprometen a seguir políticas destinadas a crear un orden económico y social justo...”, fue también rechazado principalmente por el gobierno de los Estados Unidos, porque éste “...no puede aceptar el texto... del párrafo 19 y el... del párrafo 12, que estima lleva implícito un compromiso jurídico que en realidad no existe...”⁷.

El acuerdo de definir los principios generales de una política “capaz de garantizar precios estables y remunerativos para los productos básicos de exportación de los países subdesarrollados, con miras a aumentar sus ingresos en divisas”, fue asimismo objetado por los Estados Unidos e Inglaterra.

El acuerdo de remover el obstáculo que las barreras arancelarias y otras medidas de las naciones industriales entrañan para la exportación de los países subdesarrollados, concitó la inmediata y total desaprobación de las naciones capitalistas más desarrolladas. La propuesta de destinar el 10/o del producto nacional bruto de éstas al financiamiento de los países subdesarrollados no fue tampoco aprobada, y el punto que reafirma la soberanía de cada país sobre sus recursos naturales mereció significativas reservas de los Estados Unidos.

Los países socialistas, por el contrario, apoyaron en general la resolución, aunque no ocultando su desacuerdo en torno a la posición adoptada sobre las causas del atraso y las condiciones del desarrollo.

“Los círculos imperialistas —expresaron en una declaración conjunta dichos países— han seguido impidiendo por todos los medios la transformación progresiva de la economía en los países en desarrollo, lo que constituye el principal obstáculo en el camino del progreso socio—económico...”.

“Enteramente injusta es la política de sujetar al mun-

7/ Oscar Pino Santos, *Ibid.*, p. 33.

do a cualquier forma de división de un 'norte rico' y un 'sur pobre' haciendo solidariamente responsables del atraso económico de los países en desarrollo a las potencias colonialistas que durante siglos han despojado a los pueblos de esos países y actualmente están en la posición neocolonialista, y a los países socialistas que no tienen parte en absoluto en la explotación colonialista ni neocolonialista y que tenazmente luchan por la liberación política y económica de los países en desarrollo"⁸.

El gobierno de Cuba, en particular, reiteró su convicción de que el desarrollo reclama "...la eliminación de las relaciones colonialistas y neocolonialistas... y la realización, en el marco de los países colonizados y neocolonizados, de cambios revolucionarios que produzcan verdaderas modificaciones de estructura. En definitiva —expresó— para que el Tercer Mundo alcance su desarrollo el imperialismo tendrá que ser derrotado"⁹.

A mediados de 1972, el debate continuó en la III Reunión de la UNCTAD, en Santiago de Chile. Una vez más se apoyaron ahí las quejas de los países subdesarrollados con motivo de la falta de cooperación financiera, comercial y tecnológica. Y aunque los desajustes de las balanzas de pagos y el endeudamiento eran cada vez mayores, en parte como expresión de la aguda crisis monetaria, de nuevo se cerró el paso a la posibilidad de avanzar al menos en la comprensión de los problemas fundamentales, como primera condición para resolverlos. Como en conferencias previas, siguieron postergándose las medidas concretas reiteradamente propuestas por algunos países subdesarrollados; persistió la tendencia a identificar a los países capitalistas avanzados y los socialistas, y pese a la curiosa posición norteamericana se-

8/ *De la declaración emitida por los países socialistas europeos.*

9/ *Declaración oficial del gobierno cubano, recogida en un Informe de Oscar Pino Santos, sobre la Estrategia Internacional y el Segundo decenio de las Naciones Unidas, para el desarrollo. Nueva York, noviembre de 1973.*

gún la cual hablar del imperialismo era repetir "cilissés" sin sentido y "perder el tiempo", algunas delegaciones subrayaron la responsabilidad de éste en la determinación del atraso y combatieron la tendencia a identificarlo con el socialismo.

"Son los grandes países capitalistas... y, especialmente, los que se han enriquecido con la explotación... de los países subdesarrollados —expresó, por ejemplo, el entonces canciller cubano Raúl Roa—, los que tienen la máxima responsabilidad histórica de la trágica depauperación y el saqueo del Tercer Mundo...; a los países socialistas desarrollados no les toca responsabilidad alguna en este secular proceso de succión del trabajo y la riqueza ajenos..."¹⁰.

"La única vía efectiva y rápida para salir del atraso y la dependencia —subrayó a su vez el embajador Carlos Lechuga, miembro también de la delegación cubana— es la revolucionaria, enderezada al derrocamiento de la dominación imperialista y de las clases sociales nativas en que se sustenta"¹¹.

Pero el imperialismo y la oligarquía chilena se preparaban ya para frustrar la vía revolucionaria, y sin el menor respeto a la legalidad burguesa, poco tiempo después derrocarían al gobierno constitucional y progresista del presidente Sallende en Chile e impondrían por la fuerza el régimen fascista de Pinochet.

En mayo de 1974, en el sexto período extraordinario de sesiones de la ONU, se aprobaron finalmente una Declaración y el programa de acción para poner en marcha el Nuevo Orden Económico Internacional, así como la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. La Declaración hizo notar que "el actual orden económico internacional está en contradicción directa con la evolución de

10/ Cit. por el autor de estas páginas en "Más deudas, menos recursos para financiar el desarrollo", *Problemas del Desarrollo*, No. 12, agosto-octubre de 1972, p. 9.

11/ *Ibid.*, p. 10.

las relaciones políticas y económicas internacionales...”; reiteró que los países subdesarrollados han sido los más afectados por la actual crisis y fincó el “nuevo orden” en los principios siguientes:

- Igualdad soberana de los pueblos, libres determinación y no intervención;
- Cooperación internacional equitativa, de preferencia a los países más atrasados;
- Participación de los países subdesarrollados en la solución de los problemas económicos mundiales;
- Derecho de cada país a adoptar el sistema social que prefiera;
- Derecho de cada Estado al uso, salvaguarda, control y nacionalización de los recursos naturales y las actividades económicas;
- Derecho de los pueblos colonizados y ocupados por otros, a la restitución de sus recursos y la indemnización por su agotamiento y deterioro; y a la liberación nacional;
- Derecho a reglamentar y supervisar la actividad de las empresas transnacionales;
- Establecimiento de relaciones de intercambio comercial equitativas;
- Asistencia técnica a los países en desarrollo, sin condiciones políticas ni militares;
- Mejoramiento de la posición competitiva de los productos naturales frente a los sintéticos;
- Creciente transferencia de recursos financieros y tecnológicos a los países en desarrollo; y creación de la tecnología que más convenga a éstos;
- Fin al despilfarro de los recursos naturales;
- Movilización del potencial productivo para fomentar el desarrollo.

PAPEL DE LOS PAISES NO ALINEADOS Y DEL MOVIMIENTO ANTIMPERIALISTA

Los principios anteriores y las medidas propuestas para hacer realidad el NOEI no surgieron solamente de los debates efectuados en diversos organismos de la ONU. El Movimiento de Países no Alineados (MPNA), el movimiento de liberación, en general, y los países socialistas, desde otros foros jugaron sin duda un papel muy importante, y a partir de entonces han tomado la iniciativa en la defensa de ciertas reivindicaciones.

En 1955, Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán convocaron a la Conferencia Afroasiática de Bandung, en la que participaron 29 naciones. En ella se propusieron medidas para promover el desarrollo que años más tarde serían formalmente aceptadas; se subrayó la necesidad de una genuina cooperación internacional, basada en el estricto respeto a la soberanía y el derecho de autodeterminación de los pueblos; se censuró el colonialismo y el armamentismo y se destacó la importancia de mantener la paz como una de las condiciones del progreso.

En 1958 se realizó en Accra, Ghana, la Primera Conferencia de todos los pueblos de Africa, de las que surgiría la estrategia de la unidad africana.

En marzo de 1961, con la Cooperación del Consejo Mundial de la Paz y coincidiendo con el llamado de Kennedy a crear la "Alianza para el Progreso", se celebró en México la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Independencia Económica y la Paz, y en el mensaje del general Lázaro Cárdenas al clausurarse la reunión se dijo:

"La nueva etapa de la liberación ha comenzado en América Latina. . . Debemos poner fin al estado de dependencia que hoy nos caracteriza. . . La fuerza fundamental que bloquea el desarrollo de Latinoamérica es el imperialismo norteamericano. Su estrecha alianza con las oligarquías nacionales, los efectos ruinosos de su penetración económica y cultural lo señalan como la causa principal del atraso. . . La

derrota del imperialismo es la condición fundamental de cualquier plan de desarrollo de nuestros países. . .”¹²

Unos meses más tarde, en Belgrado, con la participación de 25 países “no alienados” y tres observadores, se realizó la conferencia que daría origen al MPNA, señalándose una vez más que a fin de que el tránsito hacia nuevas formas de organización social no derivara en graves conflictos e incluso en una nueva conflagración universal, era necesario “erradicar al colonialismo en todas sus manifestaciones y aceptar y practicar una política de coexistencia pacífica. . .”¹³

A principios de 1962, en el momento en que el imperialismo norteamericano y los gobiernos latinoamericanos representados en la OEA se disponían a expulsar arbitrariamente a Cuba de la organización, el pueblo cubano respondía a sus agresores desde una gigantesca manifestación con la Segunda Declaración de La Habana:

“ . . . Una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui se libró en Punta del Este. . . Cuba del lado del pueblo; los Estados Unidos en favor de los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas; los Estados Unidos por los intereses oligárquicos. . . Cuba por el pan; los Estados Unidos por el hambre. Cuba por la igualdad; los Estados Unidos por el privilegio. . . Cuba por el futuro; los Estados Unidos por un pasado sin esperanza. . . Cuba por el socialismo; los Estados Unidos por el capitalismo. . .”¹⁴

En 1964 se reunieron por segunda vez los jefes de Estado de los países no alineados, ahora 48 de ellos y 10 observadores, en El Cairo. Pese a la mejoría en la situación internacional, en la resolución principal se señaló que “. . . las fuerzas del impe-

12/ *Documento de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación económica y la Paz, México, 1961.*

13/ *Non aligned conferences: basic documents, 1961-1975. Colombo, Sri-Lanka, 1976, p. 11.*

14/ *Segunda Declaración de La Habana.*

rialismo son aún poderosas y no vacilan en recurrir al empleo de la fuerza para defender sus intereses y preservar sus privilegios. . . "El imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo constituyen una fuente básica de tensión y conflictos internacionales porque amenazan la paz y la seguridad. " "El imperialismo se vale de muchos medios para imponer su voluntad sobre nacionales independientes: la presión y la dominación económica, la discriminación racial, la subversión, la intervención y la amenaza de la fuerza son expedientes neocolonialistas. . . "15 Concretamente se propuso dar inmediata ayuda económica y militar a los pueblos de las colonias portuguesas en Africa, en lucha por su independencia; y en cuanto al desarrollo económico, se recomendó llevar adelante los acuerdos de la I Reunión de la UNCTAD, modificar la división internacional del trabajo en favor de los países subdesarrollados, eliminar las medidas discriminatorias, ampliar y mejorar los programas de financiamiento internacional, estabilizar y extender el mercado de los productos primarios y facilitar su acceso a los países industriales.

Mientras el MPNA lograba sus primeros avances, en enero de 1966 tuvo lugar en Cuba la Primera Conferencia Tricontinental de los pueblos de Africa, Asia y América Latina, la que por su mayor militancia contribuyó sin duda a reafirmar y llevar adelante el ideario emancipador y a avanzar en el trazo de lo que años después se convertiría en la exigencia de un nuevo orden económico internacional. En la Resolución Económica de dicha Conferencia se pidió eliminar la explotación del hombre por el hombre, hasta llegar al socialismo, de acuerdo con las condiciones propias de cada país; se reafirmó la necesidad de combatir y derrocar al imperialismo; se reivindicó el derecho de los pueblos a obtener mejores precios por sus productos; a disponer de sus recursos, a nacionalizar las actividades fundamentales y a planificar el desarrollo; y se subrayó la im-

15/ *Ibid.*, pp. 21-22.

portancia de descansar en las fuerzas propias y en una genuina cooperación internacional.¹⁶

En agosto de 1967, en el marco establecido por la Conferencia Tricontinental, la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, estableció:

“La explotación imperialista y colonial es la causa del atraso, el estancamiento y la deformación de la economía de América Latina. Para la erradicación del subdesarrollo y la liberación de millones de seres humanos. . . es esencial que esa explotación sea eliminada. . .

Una verdadera integración latinoamericana es posible sólo a través de una nueva y revolucionaria división internacional del trabajo. . .

La burguesía latinoamericana no puede dirigir la lucha por la emancipación. . . Está al servicio del imperialismo. Sólo las masas populares unidas y organizadas son capaces de romper las caducas estructuras que impiden el desarrollo. . .”¹⁷

La tercera reunión de jefes de Estado del MPNA, celebrada en Lusaka, en septiembre de 1970, reafirmó los principios de las dos primeras. Subrayó el inquietante rezago de los países “en desarrollo” y calificó de “necesidad imperativa” la democratización de las relaciones internacionales y el rompimiento del monopolio “ejercido por las grandes potencias” en los asuntos mundiales. En materia económica, elevó al más alto rango el principio de descansar fundamentalmente en el esfuerzo propio —*self reliance*—, promover el desarrollo socio-económico interno, utilizar mejor los recursos disponibles, impulsar el desarrollo tecnológico, científico y cultural, llevar a cabo ciertas reformas sociales y lograr una organización más eficien-

16/ *Resoluciones de la Primera Conferencia Tricontinental. La Habana, 1966. pp. 45-48.*

17/ *Resoluciones de la primera reunión de la OLAS. La Habana, agosto de 1967.*

te y una verdadera y equitativa interdependencia con los demás países.

La Declaración de Georgetown, de 1972, avanzó en aspectos más concretos y prácticos; actualizó el examen de la situación internacional y ratificó el apoyo a los pueblos que, a menudo en condiciones críticas —como las de Vietnam, la Unión Sudafricana, Zimbawe, Namibia y otras— luchaban contra el imperialismo y el racismo. Pero más importante fue la IV reunión de jefes de Estado, realizada en septiembre de 1973 en Argel, en la que por primera vez se señaló formalmente la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional. En los documentos de esta reunión, se reconoció la creciente cercanía entre los movimientos de liberación nacional y los de liberación social; se denunció enérgicamente la política norteamericana en Indochina, el nuevo rol de la OTAN contra la lucha de algunos pueblos africanos por su emancipación y el hecho lamentable de que, entrada ya la segunda década del desarrollo de la ONU, los problemas de los países atrasados se agravaban y sus desequilibrios se profundizaban, sin que la Estrategia Internacional del Desarrollo se pusiera en práctica eficazmente.

Una vez más se reiteraron en Argel las demandas de un comercio internacional equitativo, fácil acceso a los productos procedentes de los países subdesarrollados, reorganización del sistema monetario internacional con la participación de dichos países, respeto a la soberanía nacional, eliminación de medidas restrictivas perjudiciales para los países de menor desarrollo, acciones defensivas conjuntas contra las empresas transnacionales, menos onerosa transferencia de tecnología, y cooperación económica, científica y cultural con los países socialistas.

Los jefes de Estado de los países no alienados expresaron que “. . . el imperialismo sigue siendo el más grande obstáculo para la emancipación y el progreso de los países en desarrollo. . . El imperialismo no sólo obstruye el progreso económico y social. . . sino que adopta una actitud agresiva hacia aquellos que se oponen a sus planes, y trata de imponerles estructuras económicas, políticas y sociales que refuerzan la dominación extranjera, la dependencia y el neocolonialismo”.

Según la propia declaración, “los países no alienados resisten eficazmente a la agresión imperialista, y se convierten así en una fuerza significativa en la lucha mundial contra el imperialismo.”¹⁸

Particularmente lúcida y oportuna fue la intervención del comandante Fidel Castro en Argel:

“Aunque las cuestiones económicas relacionadas con los intereses de los países que representamos cobran justificada y necesaria fuerza —dijo—, los criterios políticos que sustentamos son y serán factor fundamental de nuestra actividad.

En este terreno político se ha observado, durante los meses de preparación de esta Conferencia, e indudablemente en detrimento de nuestra causa y con utilidad sólo para los intereses del imperialismo, la tendencia preocupante de enfrentar a los países no alineados con el campo socialista.”

“... No es posible cambiar la realidad con expresiones equívocas. . .

Todo intento de enfrentar a los países no alineados con el campo socialista es profundamente contrarrevolucionario y beneficia única y exclusivamente a los intereses imperialistas. Inventar un falso enemigo sólo puede tener un propósito: rehuir al enemigo verdadero.

El éxito y el porvenir del movimiento no alineado estará en no dejarse penetrar, confundir ni engañar por la ideología imperialista”.¹⁹

En febrero y marzo de 1975, cuando la crisis capitalista golpeaba especialmente a los países subdesarrollados, el MPNA celebró dos reuniones en Dakar y La Habana, respectivamente: la primera sobre materias primas y la segunda para examinar la

18/ *Non-aligned conferences. . . p. 98.*

19/ *Bohemia. La Habana, septiembre 14 de 1973.*

situación internacional y el avance en la ejecución de los acuerdos de la Conferencia de Argel y otros aspectos de la actividad del Movimiento. En la Declaración de Dakar se recordó el curso desfavorable de los acontecimientos y la ausencia de soluciones a los graves problemas de los países subdesarrollados así como la responsabilidad del imperialismo en la crisis y en la defectuosa e injusta estructura del comercio internacional, conviniéndose en que, para enfrentarse a tal situación los países "en desarrollo" debían defender y utilizar sus recursos naturales, cerrar filas para fortalecer su poder de negociación, tomar medidas para evitar el intercambio desigual, el deterioro de los términos de comercio y el drenaje de fondos hacia los países imperialistas; contrarrestar la inflación y la especulación monopolista de las empresas transnacionales, diversificar su intercambio y modificar la composición de sus exportaciones en busca de mayores y más estables ingresos de divisas.

Simultáneamente, sin embargo, se dió la impresión de confiar en la posibilidad de un nuevo orden económico internacional, tan sólo si los países subdesarrollados procesaban sus materias primas en sus propios territorios, y en actitud no menos optimista se atribuyó a dichos países una "tendencia general. . . a movilizar y explotar más racionalmente sus recursos naturales" que les permitiría avanzar "hacia la completa erradicación de la dependencia del imperialismo", el desarrollo económico, el mejoramiento del nivel de vida, la afirmación de su soberanía y la implantación de un nuevo orden económico internacional.

Y si bien, tal proceso se desenvuelve sin duda en los países que han hecho la revolución y optado por el socialismo, en las naciones capitalistas, la crisis que expresa las cada vez más graves contradicciones del sistema contribuye a la vez a intensificar su irracionalidad y a desperdiciar buena parte del potencial de desarrollo.

La Declaración de La Habana atribuyó al imperialismo la actual crisis, al preservar las estructuras coloniales y neocoloniales de explotación que permiten a "sus sociedades de consumo" vivir en medio del lujo y la abundancia a costa de la mi-

sería de gran parte de la humanidad, y desperdiciar enormes recursos en aventuras bélicas con el sólo propósito de mantener sus privilegios. Como acaso en ningún documento previo, se censuró la política de explotación, agresión y aun subversión y provocación del imperialismo y se dejó clara constancia del respaldo y la disposición de ayudar con la mayor eficacia a los pueblos que luchan por su liberación. El MPNA, que hasta entonces había tenido un alcance fundamentalmente afroasiático, incorporó a Latinoamérica como "parte integrante y vital" del esfuerzo por eliminar un sistema de relaciones internacionales basado en la opresión y la explotación. El Movimiento expresó su abierta solidaridad con Cuba, su simpatía hacia varios gobiernos y proyectos progresistas, su apoyo a los intentos de una integración genuinamente latinoamericana y antimperialista, y su confianza de que la creciente participación de Latinoamérica fortalecería grandemente el MPNA.

En materia económica, se subrayó que la firme posición de varios países industriales seguía siendo el principal obstáculo a la ejecución de los acuerdos de la Sexta Asamblea Especial de la ONU, y que la crisis se había agravado gracias al carácter de las economías y la política de dichos países, no obstante su empeño de hacer responsables a las naciones subdesarrolladas y de dejar caer sobre éstas las cargas más pesadas. El interés en ayudar a las empresas transnacionales, que pese a la crisis siguen obteniendo enormes ganancias, contribuye sin duda a impedir la adopción de una política de precios equitativa, suprimir restricciones, hacer fluir el financiamiento y la tecnología en mejores condiciones y sustituir el gasto improductivo y aun destructivo, por una aplicación mínimamente racional.

El objeto principal de la Conferencia de Lima, celebrada también en 1975, fue formular un programa de ayuda mutua y solidaridad y avanzar en el trazo de una estrategia que pudiese ofrecer una alternativa frente a la política imperialista. La Conferencia hizo notar que si bien entraña un progreso de las grandes potencias capitalistas reconozcan el derecho de los pueblos a darse los sistemas políticos, económicos y sociales que prefieran, y a disponer libremente de sus recursos en ejercicio de su

soberanía, y aun cuando, por otra parte, el MPNA ha contribuido a cuestionar la actual estructura de relaciones internacionales, los países imperialistas siguen oponiéndose sistemáticamente al Nuevo Orden que cada vez más pueblos reclaman, y manteniendo los sistemas de explotación que les aseguran los privilegios de que disfrutaban. Todavía más “. . . la persistencia de esta estructura de dominación imperialista. . . ha transferido el impacto de la crisis económica de los países capitalistas a las naciones en desarrollo. . .”²⁰ Y aunque la responsabilidad de la crisis recae sobre “las sociedades opulentas caracterizadas por la concentración monopolista y el uso irracional de la tecnología y los recursos naturales. . .”, éstas la imputan a la decisión de los países en desarrollo de recuperar sus recursos naturales y obtener mejores precios para sus materias primas.²¹

El MPNA denunció en Lima, como antes en otros lugares, la intransigencia de los grandes países que controlan el comercio y el sistema monetario internacional, y que incluso en tratándose de aquellas cuestiones que aceptan formalmente y de palabra, en la práctica obstruyen y aun rechazan, sin importarles el daño que causan a los países subdesarrollados. Tal es el caso de la renuencia a contribuir a aliviar los desajustes de balanza de pagos, el desorden monetario, las restricciones comerciales y sobre todo las barreras a la exportación de manufacturas, así como la negativa a facilitar la transferencia de recursos financieros y técnicos y a democratizar el manejo de las instituciones internacionales.

La Conferencia de Lima dejó ver, además, que los países no alineados no se hacen ilusiones respecto al NOEI.

“Comprendiendo que la lucha para establecer el Nuevo Orden Económico Internacional es ardua, compleja y larga: que es una lucha por la segunda liberación debido a la enconada oposición de los imperialistas y a su cerrada defensa de sus posiciones de privilegio que no abandonarán voluntariamente; concientes, por lo tanto, de que la ayuda internacional conforme a las concepciones en boga contribu-

20/ *Non aligned conferences. . . p. 154.*

21/ *Ibid., p. 154.*

ye en muchos casos a reforzar la estructura de dominación internacional, los Ministros de Relaciones Exteriores reafirman la urgente necesidad de conjugar esfuerzos para que los países no alineados movilicen todas sus energías para consolidar su cohesión y su unidad, su cooperación y ayuda mutua. . . para fortalecer el frente común de lucha contra el imperialismo a fin de asegurar la total independencia de sus pueblos. . .”, como “prerrequisito del desarrollo”.^{2 2}

La nueva estrategia y la estructura de cooperación económica internacional, en vez de desenvolverse en el marco de un sistema de dominación imperialista, debieran corresponder a los principios ya aprobados del NOEI, expresarse en nuevas formas de cooperación y ayuda mutua que se traduzcan en la aceleración del desarrollo, una diferente división internacional del trabajo, una verdadera interdependencia, y no en la asfixiante dependencia que actualmente sufren los países subdesarrollados. Conforme a tales principios y propósitos, los países no alineados crearon el Fondo de Solidaridad para el Desarrollo Económico y Social, como una medida concreta para ofrecer ayuda financiera a las naciones más necesitadas.

La reunión “en la cumbre” de Colombo, Sri Lanka, en agosto de 1976, significó un nuevo avance en el desarrollo del Movimiento de países no alineados, tanto en el trazo de la estrategia que empezó a resquebrajarse en Argel, tres años atrás, como por lo que atañe a la crítica al sistema imperante de relaciones internacionales y a la búsqueda de nuevos y más eficaces mecanismos de defensa, cooperación y acción conjunta. Acaso como nunca antes se fortaleció el propósito de la acción colectiva, reafirmandose la necesidad de unificarse en la defensa de intereses comunes, creando para tal fin los mecanismos adecuados. Y si bien en las alusiones a la “crisis del sistema económico mundial” y a los “países desarrollados” y “en desarrollo” siguió presente la misma ambigüedad de documentos previos, en otros señalamientos se fue más preciso y justo.

“ . . . Es cada vez más evidente que el sistema actual —se dijo por ejemplo en la Declaración Económica— no puede

asegurar el desenvolvimiento de los países en desarrollo ni acelerar la eliminación de . . . los males sociales engendrados por siglos de dominación y explotación. La instauración del Nuevo Orden Económico Internacional es, pues, de suma importancia política. . . La tarea primordial de los países no alineados y de los otros países en desarrollo es vencer la resistencia con que se tropieza en la lucha por el nuevo orden. La eliminación. . . del imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo y de todas las demás formas de dependencia y subyugación, injerencia en los asuntos internos, dominación y explotación, es de importancia decisiva. . .”²³

“ . . . La insuficiencia y el repetido fracaso del actual orden económico se ha demostrado en la reciente serie de crisis en los países desarrollados de economía de mercado, entre las que figuran el hundimiento del sistema monetario de la postguerra, la aparición de políticas restrictivas y proteccionistas. . . , la inflación y la recesión en constante aumento, el creciente desempleo y los niveles continuamente decrecientes por la exportación de productos básicos. . . , y la crisis alimentaria. . . El establecimiento del NOEI requiere indicativas audaces, pide soluciones nuevas, concretas y globales y es contrario a reformas fragmentarias e improvisaciones que apunten a resolver las dificultades económicas actuales. . .”²⁴

“Hasta ahora —expresaron los jefes de Estado reunidos en Colombo— se han adoptado ya no pocas resoluciones respecto a ese nuevo orden. “Sin embargo, no hay indicaciones de que se hayan puesto en práctica. A pesar de que los principios de NOEI son cada vez más aceptados, los progresos logrados en su aplicación son insignificantes. . .”²⁵

23/ *Documentos de la V Conferencia Cumbre del MPNA. (Declaración Económica), Sri Lanka, 1976.*

24/ *Ibid.*

25/ *Ibid.*

En efecto, aún después del receso de 1974-76, la situación comercial y financiera de los países subdesarrollados no mejoró apreciablemente. Salvo en el caso de los combustibles, los precios de los productos primarios bajaron y la relación de intercambio siguió deteriorándose. Las balanzas de pagos arrojaron mayores saldos desfavorables, la estructura del comercio siguió siendo fundamentalmente la misma y los acuerdos comerciales multilaterales continuaron tropezando con no pocos obstáculos, por lo que no es extraño que el MPNA declarara que “la UNCTAD IV no ha logrado satisfacer las aspiraciones de los países no alineados y de otros países en desarrollo. . .”

En cuanto a los problemas financieros las cosas tampoco mejoran. Los crecientes déficits en la cuenta corriente de la balanza de pagos tienden a financiarse principalmente con mayor endeudamiento, el que en menos de una década pasó de alrededor de 40 mil a más de 220 mil millones de dólares, llegando el sólo servicio de la deuda a absorber sumas enormes. Entretanto, lejos de que la afluencia neta de recursos financieros de los países de mayor desarrollo hacia las naciones económicamente atrasadas se incremente con celeridad, tanto en sumas globales como en lo que hace a financiamientos estatales, el movimiento de fondos sigue bien atrás de las proporciones convenidas al iniciarse el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el desarrollo. Y como buena parte de los escasos recursos disponibles procede de organismos internacionales como el FMI y de consorcios transnacionales, su influencia a menudo decisiva en la estrategia del desarrollo acentuó inclusive las más graves deformaciones estructurales de las economías subdesarrolladas.

La reunión de Colombo insistió en la necesidad de depender primordialmente de los recursos propios —*collective self-reliance*— y planteó a la vez la posibilidad de destinar al desarrollo las sumas que pudieran liberarse a través del desarme, no ocultando su desánimo respecto a la situación prevaleciente. Tras señalar que el déficit de balanza de pagos de los países en desarrollo, que en 1973 fue de poco más de 12 mil millones de dólares, podría llegar a 112 mil millones de 1980, subrayó que ésto “no es el producto de factores coyunturales, sino el refle-

jo de la crisis estructural que caracteriza a las presentes relaciones económicas originadas en la política colonial y neocolonial del imperialismo".²⁶

Especialmente enérgica fue la crítica hecha al sistema monetario internacional, que fundamentalmente busca, sobre todo hasta la crisis que se inicia con la devaluación de la libra, en 1967, fortalecer el dólar y consolidar la hegemonía norteamericana.

La Conferencia de Colombo rompió, en definitiva, con el régimen de Bretton Woods, al que caracterizó por

"... la falta de un sistema racional, justo y universal, las fluctuaciones caóticas de las monedas, el crecimiento desordenado de la liquidez internacional, la inflación general, la falta de adaptación a las necesidades de los países en desarrollo y la preponderancia de algunos países desarrollados en la adopción de decisiones".²⁷

Y las críticas no son privativas del movimiento de países no alineados. Inclusive en la CEPAL, su secretario ejecutivo, en un tono comedido y cauteloso señaló ante la IV reunión de la UNCTAD, en Nairobi, en 1976, que el panorama internacional seguía siendo desalentador.

"Para encarar en forma definitiva el viejo problema de... los ingresos de exportación —expresó— se necesitan enfoques nuevos que mejoren los escasos avances realizados hasta la fecha. . ." no puede esperarse que las fuerzas del mercado puedan por sí solas, crear los correctivos para resolver el problema. . ."

El funcionario denunció el "recrudescimiento de tendencias proteccionistas que creíamos superadas. . ."; advirtió que las reformas al sistema monetario "acentúan. . . los problemas de la mala distribución de la liquidez internacional; llamó la atención sobre el descenso relativo de los financiamientos gubernamentales de origen externo y no ocultó su inquietud ante el desmedido aumento de las deudas exteriores.

26/ *Ibid.*

27/ *Declaración Económica de la Conferencia de Colombo.*

“La brecha entre los países desarrollados y subdesarrollados —concluyó— no se ha achicado con el funcionamiento del viejo orden económico internacional. . .” Tampoco ha podido “. . . evitar la aguda crisis de las relaciones económicas internacionales de los últimos años. . .”

Y al recomendar la “democratización” de las instituciones internacionales, afirmó:

“. . . la puesta en marcha de un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales debe corresponder con los estilos internos. . . de los países en vías de desarrollo. No habrá una efectiva justicia distributiva internacional sin un correspondiente avance en la justicia distributiva interna. . .”²⁸

En abril del año en curso, los problemas del desarrollo y la cooperación internacional volvieron a plantearse, esta vez en Libia, bajo el patrocinio del gobierno de ese país y el Consejo Mundial de la Paz. Dos años antes tuvo lugar en Budapest una conferencia similar; pero la de Trípoli fue acaso más reveladora de la conciencia cada vez más clara de la necesidad de unirse en la lucha contra el imperialismo y de que el nuevo orden debe suponer un nuevo sistema social.

Al abrirse la reunión, por ejemplo, el Jefe del Estado Mayor, Jalloud, expresó:

“La batalla que libran los pueblos del Tercer Mundo en busca de su liberación económica es más dura que la librada por la liberación política. Esto se debe a que el sistema capitalista está plagado de defectos. . . Muy pronto todo el mundo. . . descubrirá que el sistema capitalista es anacrónico. . .

. . . Si los países del Tercer Mundo tuvieran la opción, sin lugar a dudas escogerían el sistema socialista, pues sólo el sistema planificado les permite la movilización de los recursos y su empleo. . . en beneficio de todo el pueblo.

El nuevo orden económico internacional debe permitir a

28/ *Exposición del Secretario Ejecutivo de la CEPAL, en el Cuarto Período de sesiones de la UNCTAD. CEPAL, mayo de 1978.*

los países la explotación de sus propios recursos en su propio interés. . .”²⁹

La Declaración de la Conferencia, por su parte, recordó que las negociaciones a través de la ONU y sobre todo el Diálogo Norte-Sur han fracasado incluso en el intento de obtener al menos la comprensión de los países imperialistas, y el Llamamiento a los Pueblos estableció:

“Los pueblos del mundo deben desplegar una lucha enérgica contra el imperialismo y sus corporaciones transnacionales que saquean a los países en desarrollo. . .

. . . Deben intensificar sus luchas por el establecimiento de un nuevo orden económico internacional. . . los países socialistas constituyen aliados naturales de todas las fuerzas antimperialistas y de las que se pronuncian por el socialismo.

. . . La independencia económica verdadera puede alcanzarse sólo a través de un proceso de transformaciones socioeconómicas internas fundamentales, de la planificación nacional y del libre acceso a los conocimientos científicos y técnicos”.³⁰

En las Resoluciones, finalmente se subrayó:

“La vía capitalista de desarrollo genera crisis económicas agudas, inflación y distribución injusta de la riqueza. . .”

El proceso de desarrollo. . . está inseparablemente ligado con una democracia que asegure el poder y la riqueza en manos del pueblo y la defensa de sus logros socialistas. . .”³¹

En resumen, en la Conferencia de Trípoli se hizo notar que la política de “puertas abiertas” sólo conduce a acentuar la dependencia y a facilitar el saqueo de los países subdesarrollados; se denunció a los monopolios nacionales, que resultan del desa-

29/ Consejo Mundial de la Paz. Conferencia Mundial sobre la senda hacia el desarrollo y la cooperación internacional. Helsinki, 1978, p. 12, 13 y 16.

30/ Ibid., p. 25.

31/ Ibid., p. 31.

rrollo capitalista, que se relacionan a menudo estrechamente con el capital transnacional y amenazan también la independencia; se censuraron las prácticas de los monopolios internacionales y se reiteró la necesidad de avanzar en la ejecución de “una política de ‘autosuficiencia’, por medio de la movilización de todos los recursos naturales, humanos y políticos. . .” de los países en desarrollo.

En los días en que se redacta este texto, se reúnen en Belgrado los cancilleres de los países no alineados. Y a juzgar por las primeras informaciones de la prensa, si bien se reiteran las demandas planteadas en los últimos años, acaso por primera vez afloran tan serias discrepancias entre algunos de los participantes. Varios países, influidos por una campaña previa del gobierno norteamericano que incluso fue oportunamente denunciada por Cuba, acusan a ésta de no ser un país no alineado y de intervenir indebidamente en los asuntos africanos. Cuba responde que no forma parte de ningún pacto militar, que su no alineación no puede significar la contemporalización con el imperialismo, del que lo demás sigue siendo víctima, y que su ayuda a Angola y su presencia del lado de la revolución etíope es una expresión de solidaridad que no riñe, sino antes corresponde estrictamente a los principios proclamados por el MPNA.

Mas lo cierto es que el avance de la revolución africana parece ser el hecho decisivo que intranquiliza a ciertos Estados, que si bien hasta ahora participaron de las posiciones antimperialistas del MPNA, ante contradicciones más intensas y un antimperialismo militante que se funde con la revolución y la lucha por el socialismo, claramente parecen demostrar que sus compromisos no llegan tan lejos, que su idea sobre la cooperación internacional no corresponde al internacionalismo proletario y que su inconformidad con el actual sistema de relaciones internacionales no significa el rechazo del capitalismo.

Evaluación del Programa del NOEI

Con los elementos anteriores podemos intentar una más objetiva evaluación de los alcances del NOEI y de las diversas

organizaciones y fuerzas políticas que lo defienden.

Acaso la más convencional posición frente al problema es la de muchos de los países capitalistas subdesarrollados, pocos de ellos afiliados al MPNA y muchos más al "grupo de los 77", o que actúan a través de diversos organismos de la ONU. Lo característico de ella parece ser la confianza en que mediante las negociaciones, el NOEI y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, las naciones más atrasadas puedan zanjarse la "brecha" que las separa de los países económicamente más avanzados. La esencia de tal posición es que los obstáculos principales al desarrollo son fundamentalmente externos y derivan de la actual estructura de relaciones económicas internacionales. Lo que se requiere para corregir esa situación, por tanto, es modificar la división internacional del trabajo y repartir el ingreso mundial a través de mejores precios a los productos primarios, menos restricciones, más fácil acceso a las exportaciones de manufacturas de los países "en desarrollo", más y mejor cooperación tecnológica y financiera y mecanismos de decisión más democráticos y representativos.

Esta posición expresa principalmente los intereses de la burguesía de los países subdesarrollados: sobre todo de buena parte de la oligarquía y también de ciertas capas de la burguesía liberal que suelen tener una activa presencia en el aparato estatal y por tanto en los foros internacionales. Entre sus rasgos distintivos figura a menudo la tendencia a identificar a los países imperialistas y a los socialistas e incluso la de postular la existencia de dos imperialismos, la de soslayar y aun ignorar totalmente el carácter clasista de algunas reivindicaciones, la de hacer pasar como demandas e intereses nacionales ciertas posiciones burguesas, la de moverse en planos meramente institucionales y aun puramente formales, la de no situar las más graves cuestiones en una perspectiva propiamente histórica y la de resolver todos los problemas —inclusive el de la actual crisis en la esfera de la circulación y del comercio, sin reparar siquiera en las contradicciones fundamentales de las relaciones de producción capitalistas.

Si bien esta posición es muy débil, meramente reformista e

incapaz de ofrecer una solución a los problemas de que se ocupa, sería un error identificarla con la que sostienen el capital monopolista internacional y las grandes potencias imperialistas. Estas rechazan parcialmente o al menos subestiman y ven con indiferencia el NOEI, o sólo aceptan de él aspectos que, lejos de perjudicarles, no riñen con sus intereses y aun pueden serles benéficos. La actitud adoptada por los principales países capitalistas en la IV reunión de la UNCTAD, celebrada en 1976 en Nairobi, y la resistencia para poner en práctica aun principios y mecanismos ya aprobados comprueban, sin lugar a dudas, lo antes dicho.

La estrategia trilateral del imperialismo

La posición de las grandes potencias no es solamente defensiva ni se limita a oponerse al NOEI. A estas horas es bien claro que lo que buscan es preservar el viejo orden, y que, concretamente la Comisión Trilateral, de la que alguien ha dicho que “. . . constituye el comité ejecutivo del capital financiero internacional”³², contando con la activa participación de prominentes personalidades del mundo económico, político y aun académico y sindical de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, trabaja empeñosamente en torno a un “nuevo orden” que, preocupado sobre todo por afirmar la hegemonía de los países imperialistas y por cerrar el paso a la revolución y al socialismo, consiga al menos la adhesión de las capas más poderosas de las clases en el poder en los países subdesarrollados, y logre imponerse como la fórmula más realista, aparentemente menos ambiciosa y en el fondo más eficaz para impulsar el desarrollo de los países atrasados.

Lo esencial de esta estrategia sería coordinar la política de las grandes potencias imperialistas, impulsar la transnacionalización del capital hacer aceptar que las grandes empresas transnacionales son el eje y el elemento más dinámico del proceso capitalista, confiar en ellas como arietes del desarrollo, fomentar la “interdependencia” incluso a costa de lesionar la soberanía

32/ Jeff Frieden. *The trilateral commission: economics and politics in the 1970's*, en *Monthly Review*, diciembre de 1977. p. 10.

nacional, reorganizar el sistema monetario a partir del acuerdo de los países industriales, hacer del mercado y de la libertad de comercio el principal mecanismo regulador de las relaciones económicas internacionales, proyectar una política común en materia de energéticos, evitar la competencia ruinosa entre unos países y otros, asegurar el abastecimiento de productos básicos y hacer descansar la cooperación internacional en la confianza mutua, la adhesión a los principios reguladores de la nueva estrategia y la convicción de que, más que problemas políticos e ideológicos, el mundo de hoy se enfrenta a las complejas situaciones a que, por encima de los sistemas sociales, plantea el desarrollo tecnológico.

En cuanto a los problemas más concretos que el NOEI pretende resolver, la estrategia trilateral acepta la necesidad de reorganizar el sistema monetario pero desde luego a partir del FMI, y confiando en que “con el curso del tiempo las naciones industriales puedan desarrollar una política monetaria común para la comunidad global como un todo”,³³ en un sistema en que los objetivos nacionales se combienen con “una economía mundial abierta. . .”³⁴

En materia comercial se postula que “la meta debe ser una reducción de las barreras arancelarias al comercio internacional”, cuidándose además de regular y renegociar el comercio de productos agrícolas “en primer lugar entre los países industriales que responden normalmente por la mayor parte. . .” de él,³⁵ y lejos de proponerse una nueva organización se sugiere reforzar la existente.

En cuanto a los productos básicos se sostiene que los intereses de productores y compradores son esencialmente los mismos, que el marco para un mejor desarrollo es el de un comercio multilateral libre, sobre todo si se supera el obstáculo que

33/ Cit. por Carlos Rico. “*Interdependencia y trilateralismo: orígenes de una estrategia*”, en *La Comisión trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista*. México, CIDE, 1977-78. p. 60. (Cuadernos Semestrales, Nos 2-3).

34/ *Ibid.*, p. 62.

35/ *Ibid.*, p. 62.

entraña la existencia de un ambiente “inestable y poco atractivo para la inversión”;³⁶

Acaso lo más significativo de la estrategia trilateral, sin embargo, es la convicción de que vivimos en un mundo “crecientemente interdependiente”, en el que los “países trilaterales”, deberían “tener en mente una estrategia amplia para el manejo de la interdependencia”.³⁷ Bajo ésta, como se sabe, lo que realmente hay es una profunda y dentro del actual sistema social insuperable dependencia, que seguramente se acentuaría de ser “manejada” por las grandes potencias.

“El manejo de la interdependencia se ha vuelto indispensable para el orden mundial de los próximos años. . .” Aunque esta no es nueva “. . . el desarrollo de la tecnología y la evolución del sistema político internacional han aparejado un cambio cuantitativo y cualitativo”.

“En los aspectos económico y político, la interdependencia ha crecido hasta una escala sin precedentes. La gran cantidad de producción cuya propiedad y administración está compartida internacionalmente, produce un enlace transnacional particularmente importante, de la misma manera que lo hace la dependencia mutua respecto de importaciones vitales. . .”

“. . . la interacción intensiva entre sociedades a varios niveles es esencial para la eficiencia económica y el mejoramiento del nivel de vida. . . Por otro lado, produce una interferencia mutua a través de las fronteras nacionales que amenazan algunas de sus ventajas. Por esta causa requiere de mecanismos de conducción. . .”³⁸

“Los aranceles, los subsidios a las exportaciones, la política industrial, el tratamiento privilegiado, etc., son instrumentos. . . de una política social que amenaza inherentemente a los sistemas de la interacción y la interdependencia, los

36/ *Ibid.*, p. 71.

37/ *Hacia un sistema internacional renovado. Comisión trilateral. Cuadernos semestrales del CIDE, ya citados. p. 91.*

38/ *Ibid.*, p. 98.

cuales son una fuente de prosperidad en el mundo industrial y una precondition para satisfacer y sobrepasar las necesidades humanas mínimas en los países en desarrollo. . . La intervención nacional en nombre de una sociedad más justa, es inevitable, pero debería ser guiada a través de un acuerdo internacional y de una acción conjunta, de tal manera que preservara las ventajas de la interdependencia. . . . Para muchas naciones en desarrollo, la jerarquía de poder característica del mundo de postguerra ya no es aceptable. Rechazan el concepto central legitimador de la economía mundial liberal, o sea, la maximización del bienestar global a través del sistema de mercado. . .”³⁹

“Una estrategia realista de acción debe tomar en cuenta los principales obstáculos a un manejo cooperativo de la interdependencia. Obstáculos de importancia especial son, el deseo de autonomía nacional, el impacto de las políticas domésticas, las disparidades en las condiciones entre los países, las barreras políticas y el gran número de países. . .”⁴⁰

“El deseo de autonomía nacional y el concepto tradicional de soberanía agravan la tensión entre las políticas nacionales y la interacción transnacional. . .”

“. . . El impacto de las políticas (domésticas) en el manejo de la interdependencia es doble. . . el proceso político produce variados grados de localismo que descuidan el impacto de la acción nacional en el mundo exterior. . .”

El antagonismo entre Estados difícilmente conduce a una colaboración para el beneficio mutuo. . . El antagonismo en las relaciones Este-Oeste ilustra el problema. . . Los Estados comunistas aun persisten en la noción de que están comprometidos en una lucha revolucionaria con el mundo capitalista. . . Sus sistemas autocráticos son dirigidos centralmente y con un control relativamente completo de to-

39/ *Ibid.*, p. 100-101.

40/ *Ibid.*, p. 104.

da interacción con el mundo exterior; en contraste, en el Occidente pluralista, una multitud de individuos, grupos, instituciones y actores colectivos interactúa con el mundo exterior, de manera que los gobiernos. . . pueden controlarlos sólo parcialmente. . . Diferencias ideológicas de una naturaleza menos militante pueden, también, interponer obstáculos a un enfoque constructivo de los problemas globales. . .”⁴¹

A riesgo de subrayar innecesariamente algunos aspectos de la estrategia antes esbozada, conviene volver sobre los puntos centrales y tratar de descubrir su esencia. Para los voceros del imperialismo, éste, en primer lugar, no existe; de ahí que hablar de él sea “perder el tiempo. Según ellos, el mundo capitalista no consiste en un puñado de grandes potencias que oprimen a los demás países, sino en una comunidad de naciones interdependientes y libres, a las que el comercio internacional y el movimiento de capitales ha estrechado como nunca antes. La dependencia es secundaria y aun inexistente. El nuevo eufemismo con el que se la encubre es la “interdependencia”, ésta, al calor de la nueva tecnología y de un sistema político que nada tiene ya del viejo capitalismo, es la base del progreso y el marco en que se desenvuelven las relaciones internacionales. La estrecha y múltiple interconexión que caracteriza a la interdependencia resulta de la creciente transnacionalización de la producción y el capital, que a su vez se desarrolla conforme a las leyes del mercado y del sistema de precios, pues este es el único mecanismo capaz de maximizar la riqueza en bien de todos.

Las posiciones de los grandes consorcios de la RFA y desde luego de los norteamericanos, son especialmente claras y no dejan lugar a dudas:

“. . . países industrializados y países en desarrollo —sostiene por ejemplo la Sociedad Alemana para la Cooperación Económica LTDA— ya están entrelazados por los flujos internacionales de capital y comercio de tal manera que una producción de esta dependencia mutua, como la que el

41/ *Ibid.*, p. 104 a 107.

‘Nuevo Orden Económico Internacional’ necesariamente implicaría, causaría un gran daño especialmente a los países en desarrollo.’”

“Libertad para las mercancías y el capital.”

“Esta exigencia debería ser tanto más fácil de cumplir cuanto que entre los países pobres y los industrializados hay una situación inicial ideal: los unos necesitan para su desarrollo capital empresarial y tecnología moderna, los otros quieren sitios favorables de producción y materias primas; y los dos buscan mercados de venta para sus productos. . .

“por esto se invita a los países en desarrollo a conceder las libertades posibles al flujo internacional de capital. . .”⁴²

Mientras algunos defensores del NOEI como los países no alineados ven en el actual sistema de relaciones internacionales impuesto por el imperialismo el mayor obstáculo al desarrollo y al logro de una cabal independencia, los ideólogos de la Comisión Trilateral piensan que los principales escollos son de orden nacional, destacando “el deseo de autonomía” y “el concepto tradicional de la soberanía”, lo que significa que los pueblos no debieran luchar por su plena emancipación. Aunque es comprensible y aun inevitable que dicten ciertas medidas para tratar de resolver problemas internos, bajo el capitalismo monopolista de nuestros días ello resulta cada vez más inconveniente y debiera ser objeto de continua vigilancia. ¿Por quién? Por las grandes potencias y los mecanismos que ellas controlan. Lo que habría que asegurar es que el mercado funcione con la mayor libertad. Y el mercado ya no es la “mano invisible” de la fase premonopolista, sino en gran medida las empresas transnacionales y los poderosos Estados que las apoyan dentro y fuera de sus países de origen.

42/ Cit. por Urs Mueller-Plantenberg, “La República Federal de Alemania y el Nuevo Orden Económico Internacional”. Ponencia presentada en el Seminario sobre el Nuevo Orden Económico Internacional. Caracas, Venezuela, octubre de 1977.

Toda esta estrategia no se compadece, como podrá observarse, con las ideas que en otros tiempos defendió la burguesía. El principio de que la soberanía nacional reside en el pueblo, que acogieron sin reservas las Constituciones liberales clásicas, es ya inadmisibile y hasta peligroso para el capital monopolista. Si en el ejercicio de su soberanía todos los países podían, en otros tiempos, al menos formalmente imponer a su política exterior ciertas modalidades, ahora resulta que si éstas afectan a las empresas transnacionales o a las grandes potencias, tienen que ser reguladas por algún organismo internacional, pues la "interdependencia" y la transnacionalización en que ésta descansa no son los mayores obstáculos sino, según la oligarquía monopolista, los nuevos agentes históricos del progreso y el bienestar.

Todo lo cual revela que entre el programa de un "nuevo orden" y la estrategia trilateral de un viejo orden "renovado" o simplemente remozado para hacerlo aceptable a los países que hoy lo cuestionan, hay diferencias reales que es menester ponderar con cuidado. Aun si tales diferencias sólo expresaran las contradicciones generalmente secundarias y menores existentes entre las burguesías de los países capitalistas subdesarrollados y el capital internacional, serían ya dignas de tomarse en cuenta. Mas lo cierto es que, aunque no siempre se expresen con suficiente claridad o en las formas políticamente más adecuadas, el movimiento en favor de un nuevo orden revela y responde a contradicciones de mucho mayor alcance que las simplemente interburguesas.

El nuevo orden ¿una nueva ilusión?

Frente a las dos posiciones anteriores suele advertirse una tercera que fundamentalmente niega importancia y viabilidad a la búsqueda del "nuevo orden". Partiendo de una opinión parcial prefabricada y rígida, que además de desentenderse de los cambios en la correlación de las fuerzas en pugna, y de los hechos que explican el avance del movimiento antimperialista sólo en la medida en que hasta ahora se ha o no concedido a los países subdesarrollados lo que reclaman, tiende a asociarse

al NOEI a todo un vano intento por conseguir que cambie la estructura de las relaciones internacionales en el marco del actual sistema social.

Ya vimos que las posiciones más reaccionarias, o sea las propiamente imperialistas sobre el "nuevo orden" no ofrecen perspectiva alguna de resolver los graves problemas que, sobre todo bajo la actual crisis, aquejan a los países subdesarrollados. Lo que tales posiciones defienden es el orden existente, si acaso con los cambios en la división internacional del trabajo que fundamentalmente el propio capital monopolista internacional reclama. En efecto, a éste le interesa un adecuado suministro de materias primas, mano de obra barata, mercados a los que pueda penetrar sin interferencias, precios más o menos estables y una política que, en vez de rescatar los recursos propios y nacionalizar lo que hoy está en manos del capital extranjero, coopere y aun se subordine a éste sin reservas. Es obvio que si las cosas se desenvuelven en esta dirección y si en vez de que los países subdesarrollados obtengan un mínimo de garantías son ellos los que han de rodear de facilidades y estímulos a las empresas transnacionales, ni habrá un nuevo orden no podrán tales países superar los obstáculos y corregir las deformaciones estructurales propias del subdesarrollo.

Incluso si la búsqueda del nuevo orden económico no rebasa el marco en que la burguesía de los países subdesarrollados sitúa habitualmente el problema, tampoco podrán lograrse avances significativos. Si, como ha sucedido en gran parte hasta ahora, el desarrollo se concibe como un proceso de sustitución de importaciones —y aún de exportaciones— en que los cambios en la división internacional del trabajo sean fruto de la creciente concentración, la cada vez más alta composición, las contradicciones y los desplazamientos del capital monopolista en las propias metrópolis, y desde éstas hacia los países subdesarrollados, la dependencia cambiará —como por lo demás ya ha ocurrido— de forma y aun de contenido, pero no sólo no desaparecerá sino que incluso tenderá a acentuarse. Y ni qué decir si, como ha acontecido en años recientes en Corea del Sur, Singapur, México, Taiwan y otros países, las nuevas industrias resultan ser las llamadas empresas "maquilladoras", que

sólo se internen en las naciones subdesarrolladas en busca de una política complaciente que les permita explotar al máximo una fuerza de trabajo abundante, desorganizada y casi indefensa.⁴³

Aún suponiendo que, en parte porque les conviene para facilitar la expansión y la valorización del capital, y en parte porque en las condiciones actuales no les es fácil oponerse a todas las reivindicaciones de los países subdesarrollados, las grandes potencias capitalistas accedieran a algunos cambios para aligerar los desequilibrios de las balanzas de pagos —vías precios mejores a los productos primarios, facilidad a las exportaciones de manufacturas, mayores préstamos o inversiones privadas o cierta renegociación de las deudas—, es difícil pensar que las cosas se modifiquen sustancialmente en aquéllos. Lo más probable es que tras un pasajero alivio de las presiones más severas, dichos países se inserten aun más profundamente en la economía del imperialismo y que se reproduzcan las condiciones y las contradicciones que caracterizan al subdesarrollo. O en otras palabras: mientras en vez de atacar directa y resueltamente sus causas se pretenda resolver ciertos problemas a través de reformas palaciegas e inocuas, las cosas seguirán básicamente como hasta ahora. Y el reformismo de las burguesías de los países subdesarrollados, aunque suele entrar en conflicto con el capital monopolista internacional, no riñe esencialmente con éste.

“El imperialismo (inclusive) —como dice Fidel Castro— alienta el reformismo. Y en la medida en que su desprestigio crezca y su influencia se pierda, su esfuerzo será para desalentar revoluciones y alentar reformas, pero que mantengan su dominio en la medida de lo posible.

“... En América Latina somos partidarios de políticas revolucionarias. Porque sabemos que el reformismo no resuelve

43/ “... en todo este proceso de desplazamiento de una parte de la industria manufacturera con alto coeficiente de mano de obra desde el centro hacia la periferia, los que —en el mercado mundial— se apropian las sobreganancias obtenidas por las empresas... no son otros que los propietarios imperialistas...” Charles-André Udry, “¿Un nuevo orden económico?”. *Critica de la Economía Política*, No. 3, México, abril-junio de 1977, p. 82.

nada, que los problemas son muy serios y muy profundos, y que sólo verdaderas revoluciones los pueden resolver...⁴⁴

Y lo cierto es que aun las modestas reivindicaciones contenidas en el programa del NOEI, hasta hoy han sido, o bien abierta y hasta cínicamente rechazadas o bien sustituidas por mezquinas y demagógicas promesas de las potencias imperialistas. Lo que en parte se explica porque, como observa Harry Magdoff, "... en última instancia (cada una de esas demandas) afecta las ganancias que obtienen las naciones capitalistas avanzadas..."⁴⁵

El NOEI y los obstáculos fundamentales al desarrollo.

Ahora bien, ¿podría el cambio que se exige en las relaciones económicas internacionales, abrir a los países subdesarrollados la senda de un desarrollo independiente y basado fundamentalmente en los recursos propios?

En una primera aproximación, parece claro que aun si pudieran hacerse valer las principales demandas, los países subdesarrollados no podrían superar a los más serios obstáculos que traban su desenvolvimiento y deforman sus economías. Así por ejemplo: si bien la inestabilidad y desde luego los bajos precios de los productos primarios que exportan, contribuyen a mantenerlos en el atraso, es obvio que el solo problema agrícola desborda con mucho ese marco y que el desarrollo del capitalismo en el campo se expresa en contradicciones mucho más graves. Y aun cuando un mejoramiento en los precios y en los términos del intercambio podría impulsar el crecimiento de las fuerzas productivas —acaso sobre todo de los países industriales que hoy son también los principales abastecedores de productos primarios—, un mayor ingreso de divisas que a la postre quedaría sobre todo en poder de los más altos estratos de la burguesía nacional y extranjera, ni beneficia fundamen-

44/ Fidel Castro, *Granma*, 7 de mayo de 1972.

45/ Harry Magdoff, "The limits of international reform". *Monthly Review*, mayo de 1978, p. 4.

talmente a las masas campesinas ni libera al proceso agrícola de las trabas que lo frenan; antes bien contribuye a reforzarlas, al afirmar y reproducir las relaciones de producción de las que esencialmente surgen esas trabas.

Y ¿qué decir de las exportaciones de manufacturas? En principio, sin duda, éstas tienen ventajas sobre las de productos primarios. Pero en el marco en que se desenvuelve la industrialización de los países atrasados están muy lejos de ser lo que fueron para las naciones capitalistas más desarrolladas. Dicha exportación, en efecto, más que exhibir una capacidad industrial que permita colocar los excedentes en otros mercados, corresponde a una nueva y más compleja fase del capitalismo del subdesarrollo, y por tanto de la dependencia estructural que le es inherente.

A medida que avanza la sustitución de importaciones, en la que como es sabido suele jugar un papel de primer orden el capital extranjero, a la vez que se vuelve difícil extender el proceso a las industrias de bienes de capital, surgen ciertas posibilidades de exportación de manufacturas. Pero así como la sustitución de importaciones implica que el capital extranjero que antes proveía desde fuera ciertos bienes ahora los produce en los países subdesarrollados, la exportación de manufacturas que empieza a cobrar impulso en algunos países, procede también con frecuencia de dicho capital, y concretamente de las empresas transnacionales. Aun haciendo valer el trabajo barato, los recursos abundantes y de fácil explotación y los bajos impuestos para competir con los países industriales más avanzados, y aun obteniendo de éstos un trato preferente a esas manufacturas, es obvio que una industrialización así concebida tampoco puede corregir los desequilibrios y menos todavía fortalecer la independencia de los países subdesarrollados.

Una mayor afluencia de recursos financieros —como la que supondría lograr el traslado siquiera del 10/o del PNB de los países más avanzados —aligeraría seguramente las presiones sobre las balanzas de pagos. Pero de ahí a remover los obstáculos que impiden una acumulación de capital muy superior a la presente, hay una gran distancia. Aun en las difíciles condicio-

nes impuestas por la crisis, que en parte se expresan en bajas tasas de crecimiento económico, la acumulación en los países capitalistas subdesarrollados sólo absorbe una parte relativamente pequeña del excedente potencial e inclusive del real, lo que se explica porque si bien el sistema convierte con facilidad el capital en plusvalía, su creciente irracionalidad se expresa cada vez con mayores obstáculos para transformar esa plusvalía en capital, pues aparte la exacción constante de que son víctimas los países subdesarrollados por parte del capital extranjero, las burguesías nacionales son acaso el principal factor de dilapidación, empleo improductivo y drenaje del excedente hacia el exterior.

Por estas razones tampoco bastaría con renegociar y aun conseguir una moratoria de la deuda extranjera. El crecimiento en espiral de ésta no sólo exhibe graves desajustes comerciales y financieros. Corresponde a todo un sistema de relaciones y por tanto a un patrón de división internacional de trabajo desfavorable para los países subdesarrollados, y expresa sobre todo un orden socio-económico y político interno, cuyas contradicciones se intensifican a medida que el capital se concentra en poder de una nueva y poderosa oligarquía en la que se entrelazan el capital nacional y extranjero, que jamás estará dispuesta a admitir que ella es el principal obstáculo al desarrollo.

En fin, tampoco parece que la mera transferencia de tecnología, controlada hoy principalmente por los grandes consorcios trasnacionales, será suficiente para que cambie la suerte de los países atrasados. Al margen de que esa tecnología es muy onerosa e inadecuada para estos países lo cierto es que, además de su alto costo, usualmente va acompañada de condiciones más o menos inaceptables derivadas del propósito de obtener ventajas comerciales, financieras e incluso propiamente políticas. Por eso no sería exagerado afirmar que mientras subsista la actual dependencia tecnológica, será muy difícil y aun imposible lograr una mayor independencia económica.

El Desarrollo, el "nuevo orden" y la "autosuficiencia colectiva"

A partir, sobre todo, de los últimos años, los países no ali-

neados han insistido en que la base de su desarrollo debe ser la movilización de los recursos propios no sólo en cada país sino en el conjunto del llamado Tercer Mundo. El principio de la autosuficiencia, que en un momento dado pudo haber sugerido una tendencia a la autarquía o al menos a subestimar la cooperación internacional, más tarde se mitiga y vuelve la expresión de una confianza en que si los países subdesarrollados utilizan mejor y se ayudan mutuamente en el uso de sus recursos, esta sola estrategia puede abrirles un nuevo horizonte.

Lo primero que a este respecto debiera quedar claro es que, históricamente, la utilización de los recursos propios fue siempre la base del desarrollo. Lo que ocurre es que, hasta ahora, los recursos de los países subdesarrollados fueron en gran parte explotados en beneficio de otros, esto es, de las potencias coloniales y neocoloniales de las que han dependido. Lo nuevo sería poder por primera vez movilizar esos recursos en provecho propio, intercambiando todo aquello con que cuenta el Tercer Mundo, entre los países que lo forman. ¿Es esto viable?

Si se le concibe como un nuevo sistema o incluso como un nuevo patrón o "modelo" de desarrollo, en el sentido de una alternativa para los países subdesarrollados como si la expresión Tercer Mundo sugiriera la necesidad de abrir un tercer camino, creo que éste será inviable. O la menos lo fue hasta ahora.

No parece factible a nuestro juicio pensar en un proceso como el que algún autor describe, "hipotéticamente" como expresión del curso que podría seguir un país que, partiendo de una posición subordinada respecto al capital transnacional, tras un período de transición lograra gradualmente y por medios democráticos, arribar a un régimen de lo que podríamos llamar "utilización conjunta de los recursos propios" (Collective self-reliance).^{4 6}

46/ "Se supone implícitamente que en el tránsito hacia el nuevo estilo de desarrollo no se produce una modificación drástica e instantánea de la estructura económica y social. La viabilidad de esta 'fase inicial de tránsito pacífico' está condicionada por el contenido político del proyecto que se aspira a materializar y por la posición relativa, interna e internacional, de las fuerzas sociales que lo apoyan". Fernando Fajznzylber. "Las empresas transnacionales y el 'collective self-reliance'". *El trimestre económico*. No. 172. México, octubre-diciembre de 1976, p. 903.

¿En qué consistiría esencialmente este régimen o nuevo “estilo” de desarrollo? En que “. . . la actividad productiva estaría orientada a satisfacer las necesidades básicas de la población. . .”, pues “se supone que el Estado en cuestión representa los intereses de una fracción mayoritaria de la población y cuenta con un sólido respaldo político en el plano interno. . .” “Un segundo rasgo se refiere al hecho de apoyarse fundamentalmente en los recursos internos y a la voluntad de desarrollar plenamente los recursos y las potencialidades de que el país dispone. . .” Una tercera característica consiste en que “. . . se habría logrado articular esquemas estables de coordinación y cooperación con países similares. . .”, y un último rasgo sería el “drástico debilitamiento de las condiciones de subordinación respecto a los países desarrollados”⁴⁷

Según el propio autor,

“Los elementos señalados dejan en evidencia, por una parte, que es viable que existan vinculaciones entre el estado y las transnacionales en el marco del nuevo estilo de desarrollo y, por la otra, la modificación cualitativa que experimenta esta vinculación. . . La presencia de las ET se transformaría en un elemento marginal e irrelevante para efectos de orientación del modelo. . .

(Y) mientras mayor la cohesión interna en los países y la colaboración y coordinación entre ellos, más débiles las posibilidades de las ET de enfrentarse a los gobiernos que opten por el nuevo estilo de desarrollo.”⁴⁸

Sería exagerado, desde luego, pensar que las condiciones de los países subdesarrollados son un dato dado, que no cambiará a menos que se produzca una ruptura revolucionaria. El cambio es continuo y ciertas transformaciones se producirán aunque el imperialismo se empeñe en evitarlas. La nueva y más favorable correlación de fuerzas hace hoy posible que los países subdesarrollados y sobre todo los No Alineados se unifiquen y avancen en el trazo de una estrategia común frente al

47/ *Ibid.*, pp. 917, 918 y 919.

48/ *Ibid.*, pp. 920 y 921.

imperialismo. El triunfo de la OPEP al elevar los precios del petróleo en 1973 habría sido muy difícil y aun imposible cinco o diez años atrás. Mas si bien hay avances alentadores en ciertos esquemas de integración regional y en el intento de algunos países de apoyarse mutuamente y reducir la dependencia respecto al capital monopolista trasnacional, también hay desacuerdos y obstáculos difíciles de superar y no parece viable que, con tales métodos se llegue nada menos que a poder utilizar racionalmente los recursos. Aun repetir en estos momentos con otros productos la hazaña de la OPEP se antoja bien difícil, y a estas horas es además bien claro que no basta obtener más divisas para usarlas mejor y para movilizar otros recursos desde y hacia el Tercer Mundo.

Lo que quiere decir que para lograr la "autosuficiencia colectiva" de que hablan hoy muchos países de ese Tercer Mundo, no es suficiente modificar la relación con las empresas trasnacionales ni oponerse a las más graves fallas del sistema de relaciones internacionales. Sin planificación económica, sin poder determinar el uso que deba darse a los recursos, sin capacidad para hacerlos crecer con rapidez para impedir el drenaje que provoca no sólo el capital monopolista internacional sino también el nacional, es imposible hacer realidad el empleo conjunto de los recursos propios. Sólo con el pueblo en el poder y bajo una democracia popular que avance rápidamente hacia el socialismo como condición para asegurar su supervivencia frente a un enemigo aún tan poderoso como el imperialismo, puede pensarse en formas de cooperación del tipo de las que propone hoy el movimiento antimperialista, y que en rigor se asemejan a las que está poniendo en práctica un sistema de integración como el CAME.

Naturalmente, la posibilidad de seguir este camino no es fácil. Como ha dicho Fidel Castro:

"El conjunto de los países subdesarrollados no forma, desde luego, un todo homogéneo. Algunos se oponen al imperialismo y luchan contra él, otros en cambio están muy cer-

ca del imperialismo e incluso en muchos casos actúan como aliados suyos. . .”⁴⁹

En la medida en que los países subdesarrollados cobren mayor conciencia de sus intereses comunes, podrán sin embargo crear nuevas situaciones que contribuyan a reforzar su lucha. La práctica de la ayuda mutua, antes inexistente y menospreciada; la posibilidad de suscribir acuerdos comerciales que alivien los problemas de las balanzas de pagos; el avance en ciertas formas de integración regional que les permitan reducir la dependencia del imperialismo; la supresión de ciertos intermediarios; la defensa en común a través de una regulación conjunta de la oferta de precios y abastecimientos; la creación de asociaciones de productores, la cooperación tecnológica y financiera y la lucha contra el intercambio desigual y en favor de una diferente y menos desfavorable división internacional del trabajo, son sin duda campos de acción en los que se pueden lograr avances significativos. Lo que deberá entenderse, sin embargo, es que no es vendiendo más materias primas así sea a mejores precios, e importando manufacturas y aun muchos otros bienes más o menos innecesarios, como se avanzará en el camino del desarrollo independiente. “La desigual división internacional del trabajo —como recuerda Samir Amin— se basa en esta estrategia. De ahí que reducir la desigualdad en la división del trabajo implica sin duda reducir el flujo de la exportación de productos primarios.”⁵⁰

Frente al genuino nuevo orden que muchos países tratan de crear, las grandes potencias capitalistas, buscando preservar sus privilegios, se empeñan en realidad en crear, como dice el propio Amin, un “nuevo orden imperialista”. “Estas no son solamente dos cuestiones verbales, dos posibles alternativas teóricas. Son (dos líneas) que se enfrentan en estos momentos y

49/ Fidel Castro. “La actual crisis económica internacional y el movimiento de países no alineados.” *Economía y Desarrollo*, No. 30. La Habana, julio-agosto de 1975, p. 17.

50/ Samir Amin. “Self-reliance and the new international economic order”, *Monthly Review*, julio-agosto de 1977, p. 19.

que son objeto de diarios conflictos".⁵¹

Y en esta lucha, los países no alineados constituyen una fuerza que nadie puede ya menospreciar.

Pues bien estos últimos, desde luego, no tienen salida. Mientras actúen así tendrán que resignarse a que sus recursos sean en gran parte desaprovechados no sólo por el saqueo que provoca el imperialismo sino porque las profundas deformaciones internas de sus economías impedirán el empleo medianamente racional del potencial de recursos en el interior de cada país y con mayor razón en el conjunto de ellos.

En cuanto a los que luchan contra el imperialismo, la posibilidad de utilizar sus recursos de mejor manera dependerá, a la postre, de si son capaces de enfrentarse a él y derrotarlo. Esta es la cuestión decisiva. La posibilidad de un capitalismo independiente no existe en nuestros días para los países del Tercer Mundo. Capitalismo significa explotación y anarquía, desarrollo deforme y profundamente desigual aun en el seno de cada país, dependencia estructural y succión permanente de sus recursos en provecho del capital monopolista nacional y extranjero. Incluso la lucha contra el imperialismo no basta: es menester vencerlo, para remover la base capitalista en que descansa.

¿Significa todo esto que el movimiento en favor de un nuevo orden económico internacional carece de importancia, por no estar en condiciones de imponer tal orden de inmediato? De ninguna manera. Pese a ciertas ambigüedades y contradicciones que explicablemente siguen presentes, su influencia y prestigio en los foros internacionales, y tanto su contribución como la de movimientos afines al rechazo de las explicaciones burguesas del desarrollo, a la comprensión de las verdaderas causas del atraso, la reivindicación de ciertos principios, la correcta ubicación del papel del imperialismo y de la lucha antimperialista, el apoyo a la liberación nacional y la convicción cada vez más firme de que para lograr un nuevo orden económico internacional es preciso transformar la economía de cada país y superar los obstáculos internos que impiden su desarrollo,

51/ *Ibid.*, p. 20.

son signos de que los pueblos empiezan a comprender el alcance revolucionario de sus luchas. Y esta puede ser la clave definitiva del éxito.

Aun la presencia de elementos burgueses para los que el capitalismo sigue siendo "el mejor de los mundos posibles" y que nunca se enfrentarán resueltamente al imperialismo, tiene significación política: exhibe contradicciones reales, que aun no siendo generalmente antagónicas debieran ser aprovechadas por las fuerzas revolucionarias; pero lo que es aún más claro es que mientras la burguesía siga al frente de la lucha por la "segunda independencia", las reformas que de uno u otro modo se consigan no tendrán mayor importancia, los beneficios que se obtengan quedarán principalmente en manos de la oligarquía, el imperialismo no se verá seriamente afectado y el verdadero potencial antimperialista no podrá siquiera liberarse y ponerse en acción.

Mientras el reclamo del "nuevo orden" sea en muchos países un asunto solamente de los gobiernos, de gobiernos burgueses que a nada temen tanto como a la acción de sus pueblos, de gobiernos sometidos al capital monopolista y que de hecho suelen ser aliados del imperialismo podrán conseguirse cambios parciales y aun mejoras aquí y allá que aun no siendo delezna- bles tampoco remuevan los obstáculos fundamentales al desarrollo. Sin perjuicio de llevar adelante el movimiento antimperialista en el nivel gubernamental, con el concurso sobre todo de las naciones que estén dispuestas a enfrentarse con mayor decisión al enemigo, en los países capitalistas del Tercer Mundo es preciso incorporar a las grandes masas, a los trabajadores, a estudiantes e intelectuales, a numerosos pequeños productores del campo y la ciudad, y especialmente a la clase obrera a la lucha por un nuevo orden económico internacional. O en otras palabras: es necesario vincular estrechamente esa lucha a la causa de la revolución y el socialismo pues sólo los pueblos, no la burguesía, pueden vencer al imperialismo.

Los trabajadores comprenden que la obtención de mejores salarios y más amplias prestaciones y el ejercicio del derecho a organizarse y a emplear la huelga como medio de defensa son aspectos de la lucha de clases que no pueden menospreciarse.

Pero a menudo caen en posiciones sindicalistas y economicistas, en parte porque no tienen una comprensión análoga de aspectos ideológicos y políticos más complejos de la lucha de clases, o porque carecen de organización y de medios adecuados para rechazar con éxito las posiciones burguesas y concretamente la acción de la oligarquía nacional y extranjera. Fenómenos como la inflación, los desequilibrios comerciales y financieros internos, el desempleo, los desajustes de las balanzas de pagos, el endeudamiento externo, las devaluaciones, la inestabilidad de los precios, el intercambio desigual y en general la crisis del capitalismo, el subdesarrollo y la responsabilidad del imperialismo en el atraso de los países del llamado Tercer Mundo no son claramente comprendidos por los trabajadores y menos, todavía, incorporados sistemáticamente a su plataforma de lucha. Su apoyo conciente a la búsqueda de un nuevo orden económico internacional como una especie de programa mínimo contra el imperialismo, a llevarse adelante con independencia y no a la zaga de la burguesía, sobre todo en aspectos fundamentales en que insisten los países no alineados, enriquecería el movimiento obrero y reforzaría la lucha contra el imperialismo, tanto en el caso de lograrse avances significativos como de tropezarse con obstáculos infranqueables. Aun si esto ocurriera, los trabajadores comprenderían que incluso las más modestas y justas demandas resultan ya inviables bajo el capitalismo y reclaman luchas de mayor envergadura. Comprenderían mejor entonces que la reivindicación efectiva de ciertos principios y el logro de algunas metas meramente democráticas propias de un programa mínimo, dependen de que éste forme parte de una estrategia revolucionaria y se enlace con un programa máximo que plantee la necesidad de avanzar hacia el socialismo.

Para hacer realidad una "autosuficiencia colectiva" que libere y permita el mejor uso del potencial productivo de los países del Tercer Mundo, es menester que cada pueblo sea independiente, sea dueño de sí mismo, de sus recursos y de su destino. Y tal cosa no es posible bajo el imperialismo. Sobre todo en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado, capitalismo e independencia son términos incompatibles para

los países subdesarrollados incluso para muchas naciones que en otros tiempos fueron independientes. Tampoco es posible que la burguesía pueda enfrentarse con éxito al imperialismo, pues a diferencia de lo que ocurrió en la fase premonopolista, ahora es una clase comprometida, y sobre todo en sus fracciones oligárquicas, indisolublemente ligada y subordinada al capital monopolista internacional, hasta el punto de depender uno del otro —como hermanos siameses— para sobrevivir.

La posición burguesa y las ilusiones pequeñoburguesas que cifran la posibilidad de un desarrollo independiente en la capacidad de las clases en el poder en los países capitalistas subdesarrollados para hacer realidad las reformas democráticas que suelen defender de palabra, soslayan y aun ignoran las limitaciones irrebasables del capitalismo del subdesarrollo. Suponen a éste posibilidades que nunca tuvo y tienden mecánicamente a hacer creer que la revolución democrática burguesa podrá promover transformaciones similares a las que, en otro marco histórico fue capaz de realizar, sin reparar en que esa revolución se consumó desde hace mucho tiempo en numerosos países subdesarrollados —en otros es ya imposible— y en que la burguesía y en particular la oligarquía no sólo no pudo lograr tales cambios sino que hoy es, junto con el capital monopolista extranjero, el principal obstáculo que se opone a su realización.

La misión histórica de la burguesía latinoamericana no dió lugar, por cierto, a hazañas extraordinarias; no produjo figuras de gran relieve comparables a los que surgieron en otros países. Pero es ya una misión cumplida. Su rol no fue conquistar —como en otros países— la independencia económica sino contribuir a sumir a nuestros pueblos en el atraso y la dependencia del imperialismo.

La única fuerza capaz de conducir hoy hacia un desarrollo nacional independiente es el proletariado, tanto porque interna e internacionalmente es el eje de la lucha contra el capital monopolista como porque, bajo la dirección de una clase obrera debidamente organizada, y con la alianza del campesinado pobre y amplias fracciones de la pequeña burguesía urbana, puede asegurar la continuidad del proceso que libere a los pue-

blos atrasados de la explotación y la opresión característicos del capitalismo en la fase imperialista. Esa fuerza puede llevar al pueblo al poder, y a través de una democracia popular que destruya el viejo aparato estatal e impida al enemigo recuperarse y restablecer sus privilegios, realizar las transformaciones que bajo el capitalismo son ya inviables y crear el nuevo Estado revolucionario que haga posible la instauración del socialismo.

Para avanzar en esta lucha en el momento actual es necesario comprender el alcance de la crisis que sufre el capitalismo, pues además de un obstáculo en la búsqueda de un "nuevo orden", la crisis es en parte el resultado de las presiones que los pueblos ejercen sobre el viejo sistema, y a la vez la expresión de graves contradicciones que sólo pueden superarse si, en cada fase del proceso revolucionario, se sabe actuar sobre ellas.

La crisis del capitalismo y la búsqueda de un nuevo orden económico

Si el logro de un nuevo orden económico internacional depende, como se reitera a menudo, de la posibilidad de derrotar al imperialismo, la comprensión del alcance y los principales caracteres de la crisis que este sufre actualmente adquiere especial importancia teórica y aún estratégica y táctica, pues la crisis golpea a millones de trabajadores y, por tanto, luchar contra ella —que sin duda es un eslabón débil del sistema— puede ser la mejor manera de movilizar a las masas.

Pero, ¿se cuenta con una interpretación de la crisis sobre la que pueda fundarse una estrategia similar a la que empieza a tomar cuerpo en torno a la lucha por un nuevo orden económico internacional? Sin menospreciar los avances que se hacen en esa dirección, tanto en el diagnóstico del fenómeno como en lo que podría ser el punto de partida de un programa común frente a la crisis, hay todavía sensibles divergencias, por lo demás explicables tratándose de acuerdos que proceden de reuniones en que participan decenas de países con grados muy diversos de desarrollo y aun sistemas sociales diferentes, que fundamentalmente buscan ciertos comunes denominadores para defender principios de carácter general y emprender acciones

conjuntas tras objetivos muy concretos.

Sin intentar aquí volver sobre algunos documentos a los que se hizo ya mención en páginas previas, podría recordarse que a menudo se alude a la crisis como un fenómeno meramente económico, como una fase del ciclo, como un hecho externo que los países imperialistas trasladan o exportan al resto del mundo, como un reflejo de ciertas políticas internacionales y aun como un desajuste grave pero transitorio, que afecta el funcionamiento del sistema monetario, del mercado de materias primas y energéticos, del comercio exterior y las balanzas de pagos, del movimiento de capitales y de las finanzas internas e internacionales.

En otros trabajos he tratado de examinar los principales rasgos de la actual crisis del capitalismo y las causas que la determinan. En esta ocasión me limitaré a subrayar brevemente algunas cuestiones que parecen de especial interés en la perspectiva de la lucha por un nuevo orden económico internacional.

La presente crisis tiene sin duda, en primer lugar, un carácter cíclico. Es decir, es un fenómeno recurrente y una fase —incluso la principal— del ciclo económico a través del cual se desenvuelve la producción capitalista. Es una crisis de sobreproducción sobre todo de capital, en todas las formas que este adopta a lo largo del proceso de rotación; a saber: capital-dinero, capital-producto y capital-mercancías. Lejos de que el keynesismo acabara —como alguna vez lo anunciaba el profesor Samuelson— con la crisis, más bien parece que la última de éstas —que para algunos ha sido toda una revolución antikeynesiana— ha acabado con aquél y puesto de manifiesto su indigencia. La realidad ha vuelto a demostrar que la producción capitalista sólo puede darse cíclicamente, y que el período de ascenso de 1972-73, desenlazó en una crisis que a su vez fue el anuncio y el punto de partida del fuerte receso de 1974-75. El hecho, empero, de que en 1978 se siga hablando de la crisis aun en los países en que la recuperación ha cobrado mayor impulso, revela que ésta no es solamente una crisis de sobreproducción sino algo más profundo y complejo. Como señala Francisco Mieres, “. . . el asunto no consiste tanto en saber si se puede hablar de recesión o depresión, y de si ésta ha sido su-

perada, sino en la complejidad y durabilidad inasitados del síndrome crítico global, que rebasa e inutiliza cualquier enfoque economicista, incluso en sus más elegantes versiones econométricas".⁵²

Si bien la caída de la actividad económica en 1974-75 hizo admitir aun a los más reacios la presencia de la crisis. Lo cierto es que desde años atrás ésta venía incubándose y ya en 1968-71 exhibía signos inconfundibles. Después de 1976, por otra parte, en que los más optimistas pensaron que la crisis llegaba a su fin, ésta ha continuado, manifestándose principalmente en un sensible rezago de la inversión, un alto nivel de desempleo y una inflación que por sí sola bastaría para comprender porqué se ha acentuado la inestabilidad económica en los últimos años. Todavía a fines de 1977, *Business Week* recordaba que la inversión en los Estados Unidos seguía siendo inferior a la de 1974, y unas semanas después, *Fortune* advertía que la perspectiva de una mayor inversión estaba "lejos de ser alentadora".

En general parece haber amplio acuerdo en círculos marxistas acerca de que la perspectiva inmediata del capitalismo es angosta y precaria y de que la presente crisis es mucho más que una mera fluctuación cíclica de la actividad económica. Pero aun vista en esta perspectiva, se señala a menudo que la desigual y lenta recuperación que se inicia en 1975-76 empieza a debilitarse, en la mayor parte de los casos sin haber alcanzado y menos todavía superado los niveles medios anteriores del descenso económico de 1974, lo que sin duda es un rasgo nuevo del ciclo. Paul Sweezy hace notar al respecto, en un reciente artículo, que las consecuencias de tan peculiar recuperación son el insuficiente crecimiento del empleo y el mantenimiento de un alto nivel de descoupción, un aumento de la capacidad de producción industrial ociosa —sobre todo en ramas como el acero, construcción naval, automóviles, productos químicos básicos, papel y muchas más— y un bajo nivel de las nuevas inversiones. E incluso observa que, en los Estados Unidos, la actual reactivación económica ha descansado más que en la inver-

52/ Francisco Mieres. *Estudio sobre la crisis del capitalismo* (inédito).

sión, en un rápido aumento del consumo gracias al volumen sin precedente de crédito a los consumidores, que de un incremento medio anual de 11 mil millones de dólares en 1970-75, pasó a uno de casi 31 mil millones en 1976.⁵³

A consecuencia de todo ello y de la flojedad que se advierte en la acumulación de capital, el autor antes citado estima que lo más probable es que se produzca una nueva depresión del tipo de la de los años treinta, y que, en todo caso "la crisis de los años 70 marca un punto de inflexión históricamente crucial, y que nada que no sean cambios muy importantes podrá ponernos sobre un nuevo camino."⁵⁴

Si bien la tendencia al estancamiento es propia del imperialismo y sobre todo del actual capitalismo monopolista de Estado, también lo es una competencia monopolista que simultáneamente se expresa en el crecimiento cada vez más desigual y anárquico de las fuerzas productivas y por tanto en una creciente inestabilidad.

Tanto los hechos anteriores como otros similares que podríamos recordar, demuestran que el ciclo y concretamente la crisis que en él se produce con cierta regularidad no son hoy idénticos a los de otros tiempos. Entre sus principales cambios está la menor duración de aquél determinada fundamentalmente por el empeño con que, a partir de altas tasas de depreciación y obsolescencia se logra acortar artificialmente la vida del capital fijo. Otro cambio es la mayor frecuencia de la crisis, el que ésta se acentúa respecto a las ocurridas hasta mediados de los años sesenta, y el que la recuperación pierde impulso antes de que se restablezcan las condiciones para iniciar un nuevo ciclo. Pero acaso lo más significativo es que la inflación y el desempleo, antes fundamentalmente cíclicos, que se agravaban, la primera cuando el nivel de acumulación llegaba a su punto más alto en la fase de auge, y el segundo cuando, a partir de la crisis se abría un período de reajustes y aun de severa depresión necesarios para restablecer la tasa de ganancia a través de una mayor explotación, y una caída de la inversión y del nivel

53/ Paul M. Sweezy, "The present global crisis of capitalism. *Monthly Review*, abril de 1978, pp. 3 a 7.

54/ *Ibid.*, p. 12.

de empleo, ahora se han vuelto fenómenos crónicos que sin duda exhiben la mayor intensidad de las contradicciones del capitalismo y la incapacidad para sortearlas con éxito a través de una política que al estimular la demanda a través de un enorme gasto en gran parte improductivo, sin ser capaz a la postre de acabar con el desempleo sí lo ha sido para contribuir a una inflación permanente.

Los cambios en el ciclo económico revelan sin duda contradicciones muy profundas. Aun en los casos en que los efectos de la crisis logran mitigarse, lo cierto es que la tendencia a la sobreproducción, sobre todo de capital, persiste y aun se intensifica y que el mantenimiento de altos niveles de demanda se asocia y aun descansa en una política inflacionaria que, empeñada en contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, acaba por ahondar la contradicción fundamental del capitalismo y se manifiesta en otros desajustes que acentúan la inestabilidad y dan a la crisis un nuevo carácter. A este respecto, a menudo se recuerda que la crisis actual tiene entre sus principales rasgos la aceleración de la inflación en los países capitalistas industrializados, la crisis monetaria internacional que se expresa en el resquebrajamiento del sistema de Bretton Woods los fuertes déficit financieros internos y el desequilibrio de las balanzas de pagos, la escasez de alimentos y el fracaso de las reformas agrarias y de la "revolución verde" para asegurar la modernización agrícola de los países subdesarrollados, la crisis de los energéticos y aun la llamada crisis ecológica, todo ello en medio del creciente enfrentamiento entre las empresas trasnacionales y los países subdesarrollados.⁵⁵

En todo esto hay bastante acuerdo. Mas no así cuando se trata de situar globalmente el fenómeno de la crisis. Aunque no podríamos examinar aquí las diversas explicaciones que se ofrecen de ella, mencionaremos al menos brevemente algunas de las más socorridas.

Una primera, tiende precisamente a caracterizar la actual crisis como un fenómeno complejo en el que se entrelazan los hechos anteriores. Lo que tiene de peculiar y distintivo, se dice,

55/ Véase el estudio ya citado de Francisco Mieres.

no es que se trate de una crisis cíclica, pues antes hubo muchas análogas, sino de que esta vez se produzca simultáneamente desde una crisis monetaria internacional, con los consiguientes desajustes comerciales y financieros, hasta una crisis agrícola, una profunda inestabilidad en todos los mercados, y muchos otros problemas que rebasan el marco propiamente económico.

Con frecuencia se presenta a la crisis como una de realización derivada del agravamiento de la contradicción producción-consumo. Se cae así en un enfoque subconsumista que no advierte que las crisis del capitalismo, y concretamente la actual, expresan contradicciones profundas que se dan en la esfera productiva, o sea que afectan las relaciones mismas de producción y no sólo el ámbito de la circulación, y en tal virtud no se reparan centralmente en la contradicción fundamental del sistema ni en el hecho de que los desajustes entre la producción y el consumo principalmente expresan de la contradicción entre el carácter social de las fuerzas productivas y el régimen privado, crecientemente monopolista, de apropiación.

Para algunos, la actual es una crisis cíclica de sobreproducción, pero que se produce en el marco de un ciclo u onda larga de declinación o depresión, del tipo de las sugeridas hace medio siglo por Kondratieff, y que según este autor serían, como el ciclo corto, recurrentes.

Para otros estamos frente a la crisis de un "modelo de acumulación", "modelo" que suele asociarse a ciertos caracteres del proceso de acumulación, a un patrón determinado de producción interna y división internacional del trabajo y aun a las bases sociales y políticas en que ha descansado el desarrollo capitalista en años recientes.

También hay quienes creen que la presente y difícil situación del sistema expresa principalmente la acción de fuerzas que se desenvuelven en el "centro" y que desde ahí influyen en forma decisiva tanto en los países de la "periferia" como en las relaciones entre unos y otros.

Reparando principalmente en los cambios que sufre el sistema de relaciones internacionales, mientras algunos consideran

que el agravamiento de la rivalidad interimperialista es la causa principal de la actual crisis y concretamente del resquebrajamiento del sistema monetario internacional y de los profundos desequilibrios de las balanzas de pagos, otros reparan sobre todo en los cambios en el patrón de relaciones entre las potencias imperialistas y los países atrasados y especialmente los recién liberados, y, o bien piensan que el fenómeno central es el tránsito del colonialismo al neocolonialismo o sea de la dominación política directa a la dominación económica, o bien distinguen entre el viejo y el nuevo imperialismo, o entre dos fases diferentes del neocolonialismo, que fundamentalmente expresarían ciertos cambios en la división internacional del trabajo. Otra variante de este tipo de explicaciones de la crisis es aquella que esencialmente repara en la creciente internacionalización del capital y en las nuevas formas que ésta adopta en los conglomerados transnacionales, cuyo desarrollo cobra particular impulso en los últimos 15 a 20 años.

A diferencia de las teorías propiamente burguesas de la crisis que en conjunto son incapaces de explicar a qué obedece ésta, las opiniones anteriores aluden, en general, a hechos ciertos que, aun siendo importantes, no bastan para explicar adecuadamente un fenómeno como la crisis por la que atraviesa el capitalismo.

Cuando se dice, por ejemplo, que la actual crisis tiene manifestaciones diferentes de las de otras, tanto económicas como políticas e ideológicas, se está, a nuestro juicio, en lo cierto. Pero lo que no queda claro es porqué ocurre tal cosa, cómo se interconectan esos diversos rasgos y qué fenómenos, de mayor profundidad los determinan. Cuando se subraya el creciente desajuste entre la producción y el consumo, ocurre algo similar; comprendiéndose que para que crezca el capital y se reproduzcan las relaciones capitalistas es preciso que la plusvalía y aun el producto total se realicen en el mercado, se dan en cierto modo por supuesta la fase del capital productivo y tiende a repararse sobre todo en las dos restantes del ciclo: capital-mercancías y capital-dinero, atribuyéndose las crecientes dificultades a la valorización del capital a la contradicción entre la producción cada vez mayor y a un consumo que, a consecuen-

cia de la explotación de que son víctimas los trabajadores, queda siempre a la zaga de aquella.⁵⁶ Lo que impide ver la relación de la crisis con el desarrollo del ciclo en su conjunto y la medida y las formas cambiantes en que la contradicción entre la producción y el consumo, sin duda existente, exhiben el comportamiento de la contradicción fundamental en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado.

Quienes esencialmente ubican la actual crisis, como crisis de sobreproducción, en el marco más amplio de un ciclo de larga duración cuyo signo es hoy depresivo, tampoco ofrecen un argumento convincente, acaso porque, en vez de descansar en el marxismo-leninismo para explicar la crisis actual del imperialismo, intentan en cierto modo una síntesis ecléctica —más que dialéctica— entre las posiciones clásicas, preleninistas del marxismo y la teoría de las ondas largas de Kondratieff.

La tendencia a explicar la presente crisis como expresión del desgaste de un “modelo de acumulación” o de “desarrollo” determinado no es más satisfactoria. Aparte del hecho de que el alcance y las características del “modelo” que se toma como centro del análisis no coinciden de un autor al siguiente, tal explicación sugiere —a la manera en que lo hacen aquellos que asocian la crisis latinoamericana a los problemas que acompañan el tránsito de una fase a otra más compleja de la industrialización: de la sustitución de importaciones de bienes de consumo a la de bienes de capital— que la crisis es un fenómeno no inherente al modo de producción capitalista y concretamente a la fase que hoy recorre el sistema sino más bien al desplazamiento de un “modelo” por otro. Lo que querría decir que tan pronto se configure el nuevo “modelo”, saldrá el capitalismo de la crisis y tendrá por delante una nueva perspectiva de desarrollo.

El uso del esquema “centro-periferia”, suscita, asimismo, múltiples dudas. Supone al capitalismo un sistema aislado, si no es que único; cae frecuentemente en cierto mecanismo al

56/ Véase, por ejemplo, la explicación que da Sweezy del capital como “un valor auto-expansivo” (“self-expansive value”), en el artículo ya citado sobre “The present global crisis of capitalism. . .”, pp. 9 y 10.

sugerir que lo que ocurre en gran parte del sistema y concretamente en la “periferia” es fruto de lo que sucede en el “centro”; sustituye en buena medida al estudio riguroso de las contradicciones internas del proceso capitalista en su conjunto por una suerte de funcionalismo y, finalmente, limita el análisis fundamentalmente a los aspectos económicos de la crisis, vista sobre todo como crisis de sobreproducción. Conforme a tal concepción —que como hemos visto está presente en algunos documentos del NOEI— es imposible entender la dialéctica del proceso social y de la lucha de clases en los países atrasados, y desde luego la creciente influencia que, especialmente aquellos en que avanza la lucha revolucionaria ejercen hoy sobre las potencias imperialistas y en general sobre el funcionamiento del sistema.

Por otra parte, si bien hay contradicciones interimperialistas que incluso vuelven muy difícil la aplicación de una estrategia trilateral, y sobre todo contradicciones entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados del sistema, ni unas ni otras, por separado, o aun consideradas conjuntamente pueden explicar una crisis como la actual. Y menos pueden hacerlo ciertos cambios en la división internacional del trabajo o el mero hecho de que el capital se internacionalice cada vez más y la forma de organización y funcionamiento de las grandes empresas transnacionales rompa los marcos previos y acuse modalidades antes desconocidas. Sin dejar de reconocer que la transnacionalización de la producción y el capital ha llegado a niveles sin precedente, creemos que aun las formas más complejas de organización del capital monopolista, como puede ser el conglomerado, son fundamentalmente eso: formas, métodos, esquemas de integración y funcionamiento que principalmente expresan el alto grado de socialización al que la producción capitalista ha llegado, así como la intensificación de la contradicción fundamental bajo el capitalismo monopolista de Estado, en su fase actual.⁵⁷

57/ *Jean-pierre Delilez considera inclusive que “todo lleva a considerar esta ‘multinacionalización’ como un aspecto del capitalismo monopolista de Estado”. La crise de l’Etat, autores varios, París, 1976, p. 162.*

Tras cada período de ascenso y una breve etapa de auge se produce una crisis capitalista. La actual no difiere, a este respecto, de las anteriores. Lo que tiene de específico se explica porque surge tras una de las más largas etapas de prosperidad conocidas por el sistema, y porque, como ya se señaló, se desenvuelve en un módulo cíclico diferente del tradicional. A principios de los años sesenta, ante el hecho insólito de un crecimiento que sólo se interrumpe brevemente y por varios recesos, llega a pensarse que la tendencia al descenso de la tasa de ganancia ha sido eficazmente contrarrestada.⁵⁸ Y si bien es cierto que nuevos factores en juego detienen su caída, hacia fines de la década se acepta en los más diversos círculos que no solamente está presente dicha tendencia sino que es ya un hecho insoslayable. Lo que no es extraño debido a que el largo proceso de crecimiento y acumulación de capital se sostiene en gran parte en un avance técnico-científico sin precedentes, que a su vez expresa y estimula el rápido aumento de la productividad del trabajo. O en otras palabras: pese al cada vez mayor parasitismo del sistema, al desempleo crónico de capacidad instalada y al fuerte impacto del gasto improductivo, la composición del capital se eleva y las altas tasas de explotación de la fuerza de trabajo no bastan para que el proceso de reproducción se desenvuelva en condiciones estables. Llegado un momento se produce el quiebre en la acumulación de capital y sobre todo en la inversión y la producción privadas, precedido de una dosis de desempleo que ahora está presente en todo el ciclo y por tanto, inclusive en la fase de mayor actividad.

Ahora bien, mientras más larga es ésta y mayor la influencia del capital monopolista mayor es también la presión sobre los precios, los que exceden con mucho no sólo a sus valores sino a los precios de producción. Y cuando el capital monopolista es fundamentalmente capital monopolista de Estado, sobre todo en sistemas monetarios inconvertibles como los actuales, el funcionamiento del mercado se perturba como nunca antes y la inflación se vuelve crónica; y a la complacencia del Estado frente a las prácticas de los grandes consorcios, se agrega el hecho de que siendo ahora imprescindible la participación directa

58/ Véase, por ejemplo, *Monopoly Capital*, de Paul Baran y Paul Sweezy.

e indirecta del Estado en el proceso de acumulación y caracterizándose su política por el estímulo a toda clase de gastos improductivos como condición para mantener altos niveles de demanda, ello se traduce en múltiples formas de dilapidación y desperdicio del excedente, desmedida capacidad de compra en poder de la oligarquía, un crecimiento artificial del capital-dinero y un financiamiento inflacionario, ya que ante la imposibilidad de que el Estado cubra sus crecientes gastos sustrayendo parte de excedente en poder del capital monopolista, vía aumento de los precios y de impuestos indirectos reduce los ingresos reales de los trabajadores y provoca transferencias adicionales de valor de éstos hacia la burguesía y la oligarquía.

La crisis actual del capitalismo sólo puede explicarse en el marco de la teoría marxista-leninista del imperialismo, es decir, comprendiendo no sólo la naturaleza del capital sino su desenvolvimiento y por tanto las contradicciones del sistema en su presente fase. El capital hoy dominante no es el capital industrial de la etapa premonopolista o siquiera el capital financiero del primero período del imperialismo: es capital monopolista de Estado, es decir, capital que corresponde al último "peldaño" del imperialismo, capital en un nivel tan alto y complejo de su desarrollo que, cuando incluso las grandes empresas monopolistas internacionales resultan ya insuficientes para sostener el proceso de acumulación y por tanto la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, el Estado, unido estrechamente a ellas y operando ahora en íntima relación con otros Estados, se convierte en el principal sostén del sistema y sobre todo de la oligarquía financiera.

El capitalismo de nuestros días, tanto en los países industriales más avanzados como incluso en muchos subdesarrollados sólo es posible como capitalismo monopolista de Estado. Sin éste hubiera sido imposible la reconstrucción de Europa Occidental y el crecimiento ocurrido desde la Segunda Guerra hasta los años sesenta; habrían sido imposibles la reorganización del sistema monetario, el impulso dado a la investigación científica y muchos de los avances técnicos de años recientes, los enormes presupuestos militares, el incremento de los gastos y de las inversiones del Estado, el uso del presupuesto como el

principal mecanismo de redistribución del ingreso, la programación económica, la integración regional, el control del mercado de trabajo, la educación y adiestramiento de millones de trabajadores, el mantenimiento de una política anticomunista que sin duda ha sido uno de los mejores negocios del imperialismo, y desde luego la formación de la OTAN y la cruenta y larga guerra de Vietnam.

Pero el capitalismo monopolista de Estado es también el principal responsable de los nuevos rasgos del ciclo, de la crisis y aun de que ésta no sea capaz de restablecer las condiciones más ventajosas para la oligarquía y la gran burguesía. Y no lo es porque el juego de contradicciones que exhibe y a la vez en cuyo marco se desenvuelve el CME, corresponde no a una nueva onda larga de depresión sino al agravamiento de la crisis general del sistema.

CME y Crisis General

La crisis general del capitalismo no es un rasgo propio de éste a lo largo de su desarrollo; no es siquiera un atributo del imperialismo sino, específicamente, del período histórico en que el capitalismo monopolista se convierte en CME y desenvuelve como tal. Uno y otro van siempre unidos. La primera etapa del imperialismo desenlaza en la primera guerra mundial y en la crisis más profunda vivida hasta entonces. Las contradicciones internas del capitalismo se intensifican a tal punto que, en lo que resulta ser el eslabón más débil del sistema, se produce una ruptura revolucionaria que hace posible el nacimiento del primer país socialista. A partir de entonces los problemas del capitalismo se agravarán y su contradicción fundamental no sólo tenderá a expresarse en un mayor antagonismo entre el capital y el trabajo sino, a escala internacional, en un enfrentamiento entre el capitalismo y el socialismo. O sea que la contradicción principal adopta un nuevo y más complejo carácter.

En términos generales, cada nueva etapa de la crisis general corresponde y en cierto modo determina el desarrollo de una nueva fase del CME, y en tanto que aquélla resulta del

agravamiento de las contradicciones capitalistas y del nuevo hecho histórico de que éstas son ahora agudizadas no sólo desde dentro sino desde fuera del sistema, por el socialismo, el CME es la respuesta de la burguesía, el intento de mitigar tales contradicciones y a la postre el factor que no pudiendo atacar sus causas más profundas contribuye también a agravarlas. Lo que se explica porque el CME no es sólo el marco en que hoy se desenvuelve el capitalismo, la categoría que articula al Estado y al capital monopolista cuando éste ha logrado su mayor desarrollo, el sostén de la acumulación capitalista, el estadio que recorre la crisis general y el cada vez más alto nivel de las contradicciones del sistema, sino también el principal obstáculo a un desarrollo racional y el factor fundamental de la crisis.

De una crisis, además, que desde luego no es solamente económica sino también política e ideológica. En efecto, si bien la crisis económica no se convierte automáticamente, sino a través de la lucha de clases y de la capacidad de acción de los trabajadores en una crisis política, es indudable que la tendencia al autoritarismo, la supresión de muchas libertades democráticas, la crisis del parlamentarismo, la proliferación de regímenes fascistas, el militarismo convertido en un rasgo permanente, el control del movimiento obrero y el crecimiento desmedido de las fuerzas policiacas y en general represivas y la intensificación de la lucha de clases en el seno del propio aparato estatal son todos signos de una crisis política.

La crisis ideológica es incluso más profunda. Si bien la burguesía disemina su ideología por todas partes y convierte los medios de comunicación en medios de confusión masiva, sus falsos valores empiezan a no ser vistos como verdades internas; empiezan a cuestionarse y aun a rechazarse abiertamente sobre todo entre los jóvenes, tanto en las universidades como en el movimiento obrero, incluso en las ciudades del imperialismo. Las ideas dominantes se divorcian cada vez más de los hechos, y éstos van haciendo comprender a los trabajadores que las cosas no son como pretenden quienes los explotan. La crisis actual contribuye sin duda a que los pueblos tomen conciencia de la gravedad de los problemas que los aquejan.

Las nuevas formas del CME y la medida, acaso sin precedente, en que concentra la riqueza y el ingreso en poder de unos cuantos, mientras las masas son explotadas dentro y fuera de las fábricas y los establecimientos en que trabajan, agudiza en particular el antagonismo entre la clase obrera y la oligarquía y entre ésta y grandes porciones de la población que, en mayor o menor medida se convierten también en víctimas del capital monopolista. Agrava las contradicciones interimperialistas, y como lo revela el programa del NOEI, las existentes entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados y en vías de desarrollo. Pero lo que sin duda pasa a un primer plano es la contradicción capitalismo-socialismo, que en rigor es una nueva forma histórica de la contradicción capital-trabajo.

En la primera etapa de la crisis general, el capitalismo hace todo lo que está a su alcance para impedir el triunfo de la primera revolución socialista. Más tarde, empeñado en demostrar la "inviabilidad" del socialismo en un solo país, sabotea una y otra vez el proceso soviético. Y cuando, después de vencer enormes dificultades la URSS empieza a planificar su desarrollo mientras el capitalismo se hunde en la crisis de 1929 y en la depresión de los años treinta, las contradicciones del viejo sistema se superan mediante el fascismo, la explotación desenfrenada de los trabajadores y la enorme destrucción de riquezas materiales y seres humanos que entraña la Segunda Guerra Mundial.

La derrota fascista cobra un alto precio al imperialismo. El socialismo no sólo sale triunfante sino que se consolida y extiende. Al triunfo de las democracias populares europeas sigue el de la revolución china. La estrategia de la guerra fría y de "contención del comunismo" no bastan ya para impedir la transformación de la sociedad. Antes al contrario, lo que se resquebraja y debilita es el viejo colonialismo y el imperialismo, mientras avanza el movimiento de liberación y el socialismo se convierte en un nuevo sistema al que rápidamente se agregan nuevas naciones.

La tercera etapa de la crisis general exhibe contradicciones cada vez más profundas del capitalismo. La desintegración del

sistema colonial, el triunfo de la revolución cubana y años más tarde la derrota imperialista en Vietnam, acusan un profundo cambio en la correlación de fuerzas. El capital monopolista de Estado socializa como nunca antes la producción y, tratando de detener la revolución y de no rezagarse frente al socialismo, impulsa el desarrollo tecnológico y científico; pero a fin de no intensificar la contradicción fundamental proyecta esos avances y destina buena parte del potencial productivo hacia la militarización de la economía y toda clase de gastos improductivos, lo que fomenta la inflación y la inestabilidad, sin poder lanzar su fuerza destructiva a la manera en que cuarenta años atrás lo hizo el nazismo. Aunque el peligro de guerra no ha desaparecido y las agresiones al imperialismo siguen al orden del día, el socialismo y en general los pueblos le imponen ahora una coexistencia pacífica que por sí sola agrava sus contradicciones y cierra el paso a la sombría ilusión de resolver los problemas de la crisis con una guerra termonuclear.

Incluso podría hablarse, a partir de los años setenta, de una cuarta etapa de la crisis general del capitalismo, cuyas principales características serían los nuevos rasgos del ciclo económico y en particular de la crisis, así como la incapacidad de ésta para promover grandes inversiones monopolistas, necesarias para abrir una nueva etapa de rápido crecimiento económico. Otros rasgos serían el debilitamiento de la hegemonía norteamericana frente a otras potencias imperialistas, la unificación sobre todo de los países no alineados, frente al imperialismo; el debilitamiento de éste a consecuencia de la crisis, ante los países socialistas que a pesar de todo siguen creciendo con rapidez en los años setenta; el fortalecimiento de la izquierda en Europa Occidental, la creciente internacionalización del capital, del trabajo y de la lucha de clases, y, no obstante el acercamiento de China a las posiciones del imperialismo, la reafirmación de una correlación de fuerzas favorable a la revolución y al socialismo, los que no obstante la nueva ofensiva anticomunista, empiezan a abrirse paso en Indochina y especialmente en Africa, que ahora parece ser el eslabón más débil de la cadena imperialista.

La crisis actual no anuncia la muerte del capitalismo sino

su decadencia y su cada vez más profunda descomposición. Y por ello descubre sus contradicciones más graves y por tanto sus flancos más débiles y vulnerables. Actuar sobre esas contradicciones y atacar esos flancos; entender que el imperialismo no es una mera política exterior lesiva a los países subdesarrollados sino una fase histórica inevitable en el desarrollo del capitalismo; comprender que el capitalismo monopolista de Estado, pese a todos los medios que sin duda tiene a su alcance, no puede resolver los cada vez más complejos problemas sino que incluso contribuye a agravarlos; comprender asimismo que dado el desarrollo del capital y su creciente internacionalización el imperialismo no es sólo un enemigo externo sino también interno, pues el CME supone el eslabonamiento y la unión del capital monopolista nacional y extranjero y de las oligarquías que en él se sustentan, y percatarse, sobre todo, de que la posibilidad de vencer al imperialismo, descansa hoy fundamentalmente en los avances del socialismo, en la nueva correlación de fuerzas y en la capacidad de los pueblos para llevar adelante una transformación revolucionaria, son cuestiones estratégicas que el movimiento antimperialista y los países no alineados que luchan por un nuevo orden económico internacional tendrán, seguramente, presentes.

POLITICA ECONOMICA Y ECONOMIA POLITICA

Pedro Vuskovic

LA URGENCIA DE UN ESFUERZO CRITICO

1. El violento giro de sello regresivo que han venido exhibiendo las tendencias económicas, sociales y políticas en América Latina, se expresa con particular crudeza en el plano de las políticas económicas que se han hecho predominantes en muchos de nuestros países.

El Fondo Monetario Internacional se ha instituido en rector implacable de ese proceso, complementado con la inspiración y asesoramiento que ofrecen portadores de una concepción económica, supuestamente técnica, que se asocian de modo general al nombre de Milton Friedman.

Al amparo de tales concepciones, viene favoreciéndose una rápida desnacionalización de las economías latinoamericanas, acelerados procesos de concentración monopólica interna, descenso en los salarios reales y modificaciones fuertemente regresivas en la distribución del ingreso, así como aumentos de la desocupación y el subempleo. En sus versiones extremas, la aplicación de tales políticas ha llevado en tiempos muy cortos a deterioros dramáticos de los niveles de vida de grandes masas

de población; y tienen que sustentarse en regímenes políticos de fuerza, caracterizadamente represivos, como condición para contener la reacción social que motivan sus consecuencias.

2. En ese cuadro de realidades, se hace insostenible el hermetismo tecnocrático que ha rodeado las cuestiones referentes a la política económica.

Más que en muchas otras áreas de las ciencias sociales, se ha reconocido implícita y erróneamente a la política económica un carácter esencialmente técnico e instrumental, accesible sólo a quienes han logrado en el curso de su formación profesional la capacidad de entendimiento de las expresiones matemáticas de los "modelos" en que supuestamente se apoya, la simbología mágica del "dinero" o la abstracción de las "ecuaciones" de comportamiento. El debate público ha debido rehuir así la discusión o denuncia de la concepción misma de determinada política económica, para centrarse sólo en sus consecuencias visibles; y para caracterizar en éstas el éxito o el fracaso de una política económica —o de un "equipo económico"—, independientemente de lo que sea su eficacia encubierta en relación a sus verdaderos objetivos.

Actitud más fácil de sostener en tanto tales políticas económicas se han desenvuelto en los marcos de unos sistemas económicos en expansión y de unos patrones de desarrollo capaces de diseminar en algún grado los frutos del crecimiento. Pero mucho más difícil cuando, como ocurre de modo general en la etapa actual del desarrollo latinoamericano, se enfrentan situaciones de crisis, se agotan aquellas potencialidades de crecimiento, la expansión se convierte en tendencias depresivas o al estancamiento, y se redefinen fundamentalmente los patrones tradicionales de desarrollo. Porque es entonces cuando se hace ostensible para todo el mundo la falacia de la supuesta "neutralidad técnica" de la política económica, y se devela nítidamente la correspondencia entre cada una de sus concepciones y los intereses particulares, de dentro y de fuera, a que en definitiva responden.

3. Hay que reconocer la cuota de responsabilidad que cabe,

en esa preservación de privilegio tecnocrático que ha rodeado a las discusiones sobre política económica, a quienes buscan profundizar en el análisis científico de la realidad latinoamericana desde posiciones no comprometidas con los intereses dominantes.

Volcados sus mayores empeños al “diagnóstico” y la denuncia del sistema vigente y sus limitaciones, la política económica ha estado lejos de constituir para ellos un campo de preocupación destacada. Se la identifica implícitamente como un área de atención principal para quienes están interesados más que nada en “administrar el sistema”, y no para los que están convencidos de la necesidad de cambiarlo.

De ahí las insuficiencias del esfuerzo crítico, y la diversidad de aspectos en que se expresan esas insuficiencias.

Sin embargo, es precisamente en el plano de la política económica y de las decisiones concretas en que se traduce, donde más directamente se entrelaza “lo económico” con los aspectos sociales y políticos; y donde más abiertamente se identifica la fuerza de los intereses objetivos, por encima de los enunciados ilusorios o demagógicos, de los encubrimientos ideológicos o las mistificaciones técnicas.

4. En ausencia del esfuerzo crítico necesario, se sostienen con aceptación generalizada incluso las propias definiciones de la política económica, expresadas de modo general como el ejercicio de las facultades de un poder público —el “ente sujeto”— para condicionar la conducta de los agentes económicos —los “entes objeto”: empresas, consumidores, asociaciones— en función de determinados fines u objetivos (estabilidad, crecimiento, distribución). Con lo cual, se está aceptando nada menos que una concepción idealista del Estado, como colocado por encima de las clases sociales y sus intereses contrapuestos; se están suponiendo conductas puramente pasivas de los “entes objeto”, e ignorando los condicionamientos políticos de todo orden que en definitiva se imponen sobre las definiciones de política económica. Y no sólo los condicionantes internos, también los externos, de los que las llamadas “políticas de de-

sestabilización” no son más que expresión ocasional y extrema de una intervención extranjera permanente.

Como son también esas mismas insuficiencias del esfuerzo crítico las que explican que en la formación profesional de los economistas latinoamericanos, las materias de política económica con frecuencia sigan siendo tratadas como construcciones lógicas que se desprenden de unos “supuestos” que no se confrontan con la realidad específica en que se vive, para desembocar en un arsenal de instrumentos —monetarios, fiscales, cambiarios— cuya manipulación estaría aparentemente guiada por criterios estrictamente técnicos. Y que en esa formación no esté igualmente presente la preocupación por el contenido esencial de clase y por todos aquellos condicionamientos fundamentales de la política económica; es decir, no está presente *la economía política de la política económica*.

5. Entretanto, en el curso de apenas poco más de una década se ha desmoronado la imagen, que animó a muchos dirigentes latinoamericanos, de que se disponía de una política general de desarrollo y unas políticas económicas correspondientes a áreas específicas, que supuestamente constituían respuestas idóneas a los problemas internos de las naciones de América Latina y a los que derivaban de sus relaciones con la economía mundial. Para ellos, a la sensación de seguridad y confianza ha seguido en corto tiempo una de perplejidad y desazón.

Cuestión que no importaría mucho si sus efectos se limitaran a la desautorización por los hechos de unas elaboraciones intelectuales y a la pérdida de prestigio de quienes las gestaron o preconizaron; pero ocurre que con ello no se atenuarían para nada sus consecuencias sobre los destinos nacionales de nuestros países y las condiciones generales de vida de nuestras poblaciones. Más aún cuando a partir del agotamiento de aquellas concepciones se abren paso otras que procuran legitimar formas extremas de dominación exterior y de explotación interior, al amparo de la fuerza de regímenes políticos represivos.

Y que surgen, además, como respuesta a requerimientos muy vitales del capitalismo internacional contemporáneo. En

una etapa en que éste busca redefinir sustantivamente sus patrones de acumulación en procesos muy rápidos de internacionalización del capital y la producción —con el instrumento dominante de las grandes corporaciones transnacionales—, de “redespliegue” industrial en los marcos de una nueva división internacional del trabajo, y de superexplotación directa del trabajo asalariado en los países menos desarrollados. Cuando se definen nuevos esquemas de alianza entre esos intereses externos y capas de las clases dominantes internas; se busca reconvertir estas economías en economías exportadoras con la sustentación de su mano de obra “barata”; y las modalidades del Estado “cooptador”, propio de la industrialización que procuraba descansar en la expansión de los mercados internos, cede lugar a las modalidades del Estado “autoritario”, capaz de asegurar los nuevos términos de la articulación subordinada a las grandes potencias del capitalismo mundial.

En ese cuadro se redefinen profundamente las políticas económicas, en la significación de sus condicionamientos externos y en su contenido propio. Caducan unas expresiones de las políticas económicas del pasado, aun del pasado reciente; y se reaniman otras, pero readecuadas en sus propósitos a los requerimientos del presente.

6. Inútil añorar a las que en otros momentos parecieron representar posiciones más progresistas, particularmente aquéllas en que se expresaron las concepciones “desarrollistas”. No sólo porque carecen de viabilidad en las nuevas condiciones del presente, sino también porque no obstante sus objetivos aparentes de mayor independencia económica y proyección social, esas concepciones del desarrollismo contribuyeron en definitiva, no menos que las “monetaristas”, a gestar y desarrollar las condiciones que desembocan en la situación actual.

La revisión crítica de esas experiencias pretéritas se constituye así en antecedente valioso para un mejor entendimiento de lo que ocurre hoy día, cuando perduran todavía muchos mitos generados entonces y continúan sosteniéndose fundamentos “teóricos” que no resistieron en modo alguno la prueba de la práctica.

Y no de una práctica ocasional o parcial. Porque en la evolución de América Latina en las últimas décadas se han puesto en práctica, en la diversidad de países y momentos, los más variados programas de política económica. Ha habido por lo tanto la oportunidad de evaluarlos en sus distintas dimensiones: el grado de correspondencia entre su respaldo técnico y la realidad a que se aplican; la viabilidad de su realización, en un medio caracterizado por contradicciones de intereses, fuerzas y conflictos sociales; el grado de compatibilidad de los objetivos que se han propuesto, o los costos económicos y sociales que supone el logro de sus propósitos; la medida en que los resultados han correspondido a los programas, y en que éstos representaban efectivamente respuestas idóneas a los problemas que los motivaron.

LA PRETENSION TECNOCRÁTICA DE LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS CONVENCIONALES

7. Una de las conclusiones más sobresalientes que deriva del recorrido de esas experiencias, y que viene a cuestionar en su base muchas de las concepciones “convencionales” de la política económica, tiene que ver con la no correspondencia entre todo un cuerpo de interpretación teórica a partir del cual se definen objetivos, modelos e instrumentos de política económica, y la realidad objetiva a que se aplican.

Las construcciones teóricas que caracterizan ese proceso de definiciones aún bajo términos del máximo rigor en el análisis deductivo, incorporan sucesivos “supuestos”, que se constituyen a su vez en la base para las elaboraciones siguientes. Tales supuestos representan, unas veces, la expresión de valores ideológicos, reflejo del carácter esencialmente apologético de la teoría económica burguesa; y otros, los requerimientos prácticos de “simplificación”, sin los cuales los “modelos” resultarían excesivamente complejos, independientemente de la medida en que van apartándose así de la realidad.

En particular, buena parte de toda esa elaboración teórica arranca de un supuesto básico —para ponerlo en los términos

más generales— de funcionamiento del sistema económico en condiciones de “libre competencia”, en cuyo marco se resolverían los problemas de acumulación y distribución, de asignación del excedente, de consumo, del nivel y sistema de precios, etc. Se ignoran, o al menos terminan por no considerarse debidamente, las consecuencias de los altos grados de organización monopólica y las rápidas tendencias de oligopolización que caracterizan a los sistemas económicos latinoamericanos.

Los mismos factores explican los rasgos de “globalidad”, de renuencia a la diferenciación y particularización, que exhiben las políticas económicas convencionales, desde sus conceptos y las categorías de análisis que incorporan hasta los instrumentos que seleccionan. Y que contrastan con la complejidad creciente de las estructuras económicas y sociales: muy distantes de los niveles y estructuras de los países capitalistas industrializados, pero adelantados relativamente en su desarrollo industrial, en la “modernización” de segmentos de sus estructuras productivas y en la asimilación por determinadas capas sociales de las formas de vida de las sociedades capitalistas más avanzadas, los sistemas económicos latinoamericanos comparten los problemas del subdesarrollo y los que derivan de su relativa complejidad en la diversificación estructural. Lo cual determina la presencia de una amplia gama de intereses diferenciados, y por tanto demandas y reacciones muy diferentes de distintos estratos sociales frente al contenido y la aplicación de la política económica; a lo que se superpone la condición de dependencia, con la alta ponderación que hay que reconocer a las variables externas y las restricciones que involucran en la capacidad de diseño y conducción autónomas de la política económica.

8. Ha sido manifiesta la incapacidad de la política económica —insuperable además en los marcos en que ha debido desenvolverse— para responder a las demandas distintas o contrapuestas que surgen de esas heterogeneidades estructurales. La propia identificación de los “entes objeto” no se satisface para fines prácticos en las categorías globales que suelen definirse.

Son claras, por ejemplo, las presiones contrapuestas que se ejercen desde distintos estratos del "sector empresarial". Las grandes empresas monopólicas, de fuerte integración vertical y horizontal y alta capacidad de dominio de los mercados, esperan más que nada el sostenimiento de condiciones generales de "libre funcionamiento del sistema", sin perjuicio de que reclamen la acción pública para que se las provea de la infraestructura básica que facilita su expansión; y en tanto estén articuladas con intereses extranjeros, demandarán igualmente el máximo de "liberalización" en las políticas cambiarias, de comercio exterior y de flujos de fondos. Otros estratos, sin el mismo poder monopólico, de dimensiones menores en el tamaño de las empresas y en condiciones desventajosas de productividad, buscan por su parte políticas de apoyo más activo, de reserva protegida de los mercados internos, de acción pública en materias de financiamiento y tecnología, etc. Y las múltiples unidades menores de producción y comercio expresan sus demandas contradictorias: de un lado, el rechazo a políticas activas y controles estatales que repriman o limiten la impunidad del ejercicio de acciones a través de las cuales buscan su supervivencia (prácticas especulativas, evasiones tributarias, incumplimiento de los derechos de los trabajadores); de otro, la presión por políticas que las protejan ante el proceso de creciente monopolización mediante medidas discriminatorias en su favor de franquicias especiales, de acceso al crédito, de exenciones tributarias, etc.

El sector de trabajadores, igualmente, dista mucho de constituir en su interior un conglomerado homogéneo y de intereses coincidentes. En los estratos más "modernos" de la economía, se conforma una capa asalariada de grandes concentraciones, ocupada en actividades de alta productividad que le permite acceder a niveles de salarios también relativamente más altos, y con un poder de negociación que lo lleva a privilegiar más la defensa del mecanismo de negociación colectiva directa que las disposiciones oficiales sobre salarios y condiciones de trabajo. Estas últimas, en cambio, resultan decisivas para los trabajadores ocupados en unidades productivas de tamaño menor, sin la misma fuerza negociadora, ya se trate de los salarios o de la ex-

tensión de servicios de seguridad social y otros que protejan su ingreso real. . . Y están las situaciones extremas del creciente contingente de población "marginal", sin acceso a ocupaciones estables, a la que no alcanzan las medidas directas de regulación o defensa de las remuneraciones, y cuya suerte a largo plazo está ligada más que nada a las políticas de empleo, en tanto sus demandas inmediatas se orientan a la resolución de su situación de vivienda y al acceso a los servicios públicos básicos.

Consideraciones que habría que complementar todavía con otros "cortes" que acrecientan la diferenciación de las demandas sociales que se ejercen sobre la política económica: entre la vida rural y la vida urbana, el sector agrícola y los otros sectores de actividad (incluidos sus precios relativos), o los desequilibrios del desarrollo regional.

9. Esas demandas diferenciadas de estratos distintos —en que a las contradicciones fundamentales de clase se agregan los elementos de mayor o menor proximidad a intereses extranjeros, de posición de la empresa correspondiente en el cuadro general de concentración monopólica, del grado de estabilidad en trabajo, de la productividad relativa de la actividad o empresa a que se tiene acceso— tienen poco que ver con el nivel de abstracción con que se definen las categorías de trabajo en las bases conceptuales de la política económica convencional. Mucho menos cuando, como ocurre con frecuencia, en las elaboraciones teóricas que la sustentan quedan al menos implícitos unos supuestos de "comunidad de intereses" —un pretendido interés superior— en que se busca oscurecer contradicciones y diferenciaciones que en cambio son las decisivas en el plano de la acción política.

Es verdad que ni el texto más ortodoxo de política económica dejará de reconocer que su ámbito excede en mucho el campo estrecho de "lo económico", y que necesariamente se sitúa en un terreno llamado a integrar los aspectos políticos, sociales, jurídicos y económicos, valores, conveniencias e ideologías; a combinar motivaciones individuales y colectivas de variada naturaleza; a buscar la atenuación de sus efectos sobre los sectores que afecta mediante la negociación y la armonización

aparente. Pero con ello ocurre lo que con los “supuestos” de sus elaboraciones teóricas: reconocido declarativamente el hecho, termina por dejarlo de lado en la formulación tecnocrática de las proposiciones finales; y en última instancia, es la imposición por la fuerza de unos intereses sobre otros, dependiendo de los condicionamientos políticos de la coyuntura.

Condicionamientos que, considerados desde otro ángulo, no tienen en la realidad una ponderación estable. Por lo general, su incidencia es menor en etapas expansivas, cuando al acceso siquiera a una fracción de los beneficios y frutos adicionales puede importar más que las cuotas relativas de participación en ellos; y mucho mayor en etapas de depresión o estancamiento, o en presencia de procesos inflacionarios, cuando se expresan con más fuerza los conflictos, encaminados a defender cuando menos las participaciones absolutas vigentes. Como dependen también de las situaciones propiamente políticas: en períodos de relativa “estabilidad” del sistema, las conductas tienden a aproximarse más a respuestas previsibles de “racionalidad” económicas (las “ecuaciones de comportamiento” de los modelos); pero en períodos de inestabilidad, de transformaciones del sistema, o de incertidumbres sobre los términos de resolución de las luchas por el poder político, la política económica se transforma en un escenario más de esa lucha, y las conductas económicas responden más a la posición que se asuma en ella que a criterios de racionalidad económica “pura”.

10. El reconocimiento de hechos como éstos tiene que ver no sólo con la eficacia previsible de la política económica, sino que viene a cuestionar la concepción misma de los “entes objeto” como receptores pasivos de disposiciones oficiales, con unos grados variables de acatamiento de los que dependería aquella eficacia. En la realidad, tienen y adquieren concientemente unas capacidades de acción económica autónoma, que los habilita para tomar iniciativa y para definir e imponer —por así decirlo— sus propias políticas económicas.

La concentración monopólica u oligopólica del capital, así como el entrelazamiento cada vez mayor de intereses empresariales situados en las diversas esferas de actividad económica, entrega a las grandes empresas privadas un amplio poder de decisión en variados campos capaces de afectar al sistema en su conjunto, no sólo como respuesta a decisiones oficiales sino también a partir de iniciativas propias; en el proceso general de acumulación y la conformación de la capacidad productiva, en los precios, las selecciones tecnológicas, el comercio exterior, las localizaciones y las regulaciones de los niveles de producción.

Por su parte, la penetración y el poder crecientes de las grandes corporaciones transnacionales refuerzan esa habilitación de los supuestos "entes objeto" de la política económica para transformarse en los hechos, ellos mismos, en "entes sujeto" de singular importancia. Basta recordar como ilustración la proporción del comercio mundial ya significativamente alta a que alcanzan las operaciones que se efectúan al interior de la casa matriz y las filiales de una misma transnacional. A lo que se agregan sus posiciones de poder e influencia suficientemente altas como para forzar adecuaciones de la política económica de los países en que se instalan en función de sus objetivos globales en la escala del capitalismo mundial.

Otras formas de condicionamientos externos de las políticas económicas nacionales vienen cobrando igualmente importancia decisiva. Los niveles de endeudamiento exterior a que se ha alcanzado y la necesidad de apelar permanentemente a nuevos recursos de financiamiento externo, enfrentan frecuentemente la condición de que se adopten determinadas decisiones de política económica interna, impuestas por gobiernos extranjeros u organismos internacionales dependientes de aquéllos. Su expresión más flagrante es la actividad del Fondo Monetario Internacional, en las operaciones del "stand-by" y otras, cuando se impone una concepción total de política económica; o la del Banco Mundial y otros organismos financieros como el Banco Interamericano de Desarrollo, que definen en los hechos unas políticas de desarrollo desde su propia perspectiva y en función de los intereses ajenos que representan.

11. Frente a esa variedad de fuerzas y poderes con capacidad de decisión autónoma en áreas que se las supone privativas de la política económica oficial, están las debilidades propias de los mecanismos responsables de éstas.

Es fácil advertir hasta qué punto el concepto de un "gobierno central" como fuente única y homogénea de tales decisiones, supone una organización y una eficacia administrativas que quedan muy lejos de los hechos. Es más: en muchos de nuestros países ni siquiera se identifica una instancia de responsabilidad centralizada por la conducción del conjunto de la política económica, como no sea —en términos más bien formales— a nivel del Presidente de la República. Los propios ministerios o secretarías de Estado suelen tener radios de autonomía relativamente amplios, y éstos son aún mayores respecto de organismos descentralizados como los bancos centrales o entidades de fomento y las mismas empresas estatales; a lo cual se agregan las autonomías relativas de los gobiernos regionales o locales, desde un nivel provincial o estadual hasta los municipios.

Es frecuente que se perfilen actitudes notoriamente diferenciadas respecto de los objetivos prioritarios y el contenido esencial de la política económica en esa variedad de componentes del sector público. Entre otras cosas, según se coloquen sus responsabilidades respectivas más próximas a la esfera financiera o a los factores reales del sistema económico: los primeros realzando más los aspectos relativos a la estabilidad, con conductas más cautelosas y restrictivas; los segundos, jerarquizando más los problemas del crecimiento, con proposiciones más expansivas.

Ni siquiera se trata sólo de la eficacia de la organización administrativa. Más decisivo resulta ser el hecho de que este "ente sujeto" de la política económica no es un árbitro neutral, que se coloque por encima de las diferenciaciones y conflictos de intereses sociales. En su naturaleza esencial, es la expresión de dominación y poder de unas clases y estratos determinados, sin que aún así ello asegure su homogeneidad absoluta más allá de los rasgos fundamentales que definen el sistema, en tanto no puede desconocer del todo las demandas que emergen des-

de otros grupos sociales. Estos últimos suelen estar representados también en otras instancias de decisión (por ejemplo, los parlamentos) o expresarse a través de determinados funcionarios de alta jerarquía, o tener la posibilidad de participar en las negociaciones en que se define la constitución de los equipos administrativos dirigentes.

La propia burocracia administrativa tiene sus intereses particulares y queda colocada en la posición simultánea de "ente sujeto" de la política económica (en tanto ejecuta las políticas que se deciden) y de "ente objeto" de la misma (en tanto la afectan, como individuos, las políticas de precios, de salarios, de servicios sociales, etc.) Y por lo tanto está en condiciones de favorecer o de obstaculizar el ritmo y la eficacia en la aplicación de las instrucciones que recibe; actitud que queda influída igualmente por consideraciones políticas más generales, especialmente si predominan en esa burocracia determinadas posiciones ideológicas.

Factores como los anotados explican, en parte, las incoherencias, insuficiente coordinación, cambios y rectificaciones, que suelen observarse en los enunciados de las políticas económicas oficiales. Y también la falta de correspondencia que suele registrarse entre las decisiones que se adoptan a nivel superior y la disposición a aplicarlas efectivamente por parte de los mecanismos (o personas) que se sitúan en los niveles de su aplicación concreta.

EL AGOTAMIENTO DE UNAS CONCEPCIONES TRADICIONALES

12. A menos que se tenga en cuenta un conjunto de consideraciones como las sugeridas, se corre el riesgo de quedar en el plano de la simple denuncia de los "fracasos" que vienen registrando los programas de política económica, de la "incapacidad" para armonizar en una política económica de conjunto los objetivos de estabilidad y de crecimiento, o de la "insuficiencia" de los instrumentos de que se hace uso y la relativa "ineficacia" que exhibe en su aplicación; dicho de modo más general, la "ausencia" de una política económica y de desarro-

llo, y las “frustraciones” de una alternación estéril de políticas desarrollistas y estabilizadoras.

Ciertamente, no podría referirse ese diagnóstico a una asimilación insuficiente de conceptos teóricos, o a falta de habilidad en el manejo de los instrumentos que privilegian sus concepciones. Después de todo, en la mayoría de los países latinoamericanos se han acumulado promociones sucesivas de profesionales con formación sistemática en esos cuerpos teóricos, capaces de manejar no sólo las proposiciones esenciales sino también las sutilezas llevadas a extremos de refinamiento y sofisticación; y que han contado además con la inspiración y el asesoramiento de los técnicos más calificados de organismos internacionales o centros académicos prestigiosos de los grandes países capitalistas.

Lo que fracasa hoy día en América Latina no es la política económica sino una concepción de política económica forjada como respuesta a requerimientos de unos patrones de acumulación y desarrollo que vienen perdiendo vigencia y son reemplazados progresivamente por nuevos esquemas.

13. La fase del subdesarrollo latinoamericano que se agota en las condiciones actuales, caracterizada en lo esencial por un esquema “industrializador sustitutivo”, buscaba elementos sociales “integradores” y requería de un Estado cooptador, crecientemente proteccionista, intervencionista y subsidiador. La política económica, en consecuencia, se desenvolvía en los marcos de unas alianzas de clases de relativa amplitud social, que procuraba transformaciones graduales de las estructuras económicas y sociales compatibles con una estrategia “participativa” y de extensión democrática. Representaba los propósitos de una gran negociación colectiva en escala nacional, orientada principalmente al replanteo de los términos tanto del carácter “independiente” del desarrollo como de la distribución del ingreso nacional y de los beneficios sociales.

En ese cuadro se definían los principales lineamientos de la política económica y sus campos de acción preferente, desde la aplicación de los instrumentos proteccionistas hasta la proclamación de las políticas de servicios sociales. Y se originaban

también sus contradicciones insalvables, en tanto se engendraban al interior de ese patrón de desarrollo las fuerzas contrapuestas que lo condicionaban y limitaban, expresadas en tendencias persistentes a la concentración, la extranjerización y la desigualdad.

Allí se identificaban las limitaciones de la política económica, correspondientes con la naturaleza esencial del patrón de acumulación y crecimiento en que se desenvolvía: el agotamiento sucesivo de los expedientes que le daba dinamismo temporal y la búsqueda de otros nuevos (por ejemplo, el paso del proteccionismo nacional a los esquemas de integración económica regional o subregional, o las políticas crediticias para el financiamiento del consumo); la creciente rigidez y la acumulación de problemas que amenazaban su continuidad, y los empeños por encontrar fórmulas de superación (por ejemplo, las proposiciones sobre planificación del desarrollo económico y social, o sobre los términos de la "cooperación económica internacional" bajo las formas que se simbolizaron en la Alianza para el Progreso); y la gestación incontenible de condiciones llamadas a cuestionar en su base esos mismos patrones esenciales, desbordando las capacidades de neutralización o compensación accesibles a la política económica como tal.

14. Ilustraciones de ese fenómeno se encuentran en los más variados planos de la política económica tradicional.

Es el caso bien palpable de la transitoriedad de los efectos positivos que ha tenido la expansión de los servicios sociales públicos como instrumento para atenuar las tendencias a una disparidad creciente en la distribución del ingreso, abrir camino de resolución a los problemas de la "extrema pobreza" y oportunidades de ascenso social y económico a las capas más desfavorecidas de nuestras poblaciones. Por su condicionamiento general, los esfuerzos orientados al mejoramiento de la salud, tras rápidos avances iniciales, han encontrado sus límites en factores que se sitúan más allá de los alcances propios de los servicios de salud: en la subalimentación, en las condiciones de la vivienda; y las políticas educacionales, concebidas

como instrumento privilegiado de ascenso social, terminan por transformar a la educación en un mecanismo de competencia de calificaciones formales para acceder a unos puestos de trabajo cada vez relativamente más insuficientes y para los que esas calificaciones resultan ser con frecuencia excesivas. Entretanto, aumentan el tamaño y las proporciones de unas poblaciones "marginales", cuya carencia de trabajo estable cierra en los hechos su acceso efectivo al aprovechamiento de los extendidos servicios sociales públicos.

En las políticas financieras —para mencionar otra área bien distinta de la política económica— es notoria la presencia cada vez mayor de mecanismos financieros que no sólo se sitúan en posición de cierto grado de autonomía respecto de los bancos centrales, sino más allá del campo de acción de las autoridades monetarias: principalmente, las "financieras" privadas, frecuentemente de propiedad extranjera. Se limitan así los alcances y eficacia de la política monetaria general, no obstante constituir ésta una de las áreas más privilegiadas en las concepciones de la política económica convencional. A lo que se suman otros factores que acrecientan su limitación: la reguiación de la tasa de interés tiene dudosa significación bajo condiciones inflacionarias agudas y persistentes; las medidas de encaje bancario no se muestran eficaces frente a una pronunciada concentración de recursos en unos pocos grandes bancos con exceso de liquidez al lado de muchos pequeños con escasos recursos y demandas superiores; las decisiones generales de restricción crediticia no siempre alcanzan a las empresas mayores, en tanto se ha venido tejiendo una estrecha interrelación entre ellas y las de intermediación financiera.

La incorporación paulatina de instrumentos "no convencionales" de política económica apenas ha atenuado ese debilitamiento relativo de los instrumentos más tradicionales. No obstante el sello progresivo, y hasta de cierta connotación "ideológica", que con frecuencia se ha buscado imprimir a la creación y desarrollo de empresas estatales, su influencia efectiva como mecanismo supuestamente rectificador de determinados rasgos del patrón general de crecimiento ha sido bien limitado. La "empresa pública" —ya sea en la provisión de infra-

estructura, en actividades directamente productivas o en la esfera financiera y de la distribución— por lo general no ha constituido en los hechos una alternativa neutralizadora a los procesos de monopolización y extranjerización; más bien, ha sido simple expresión de tendencias evolutivas hacia formas de capitalismo monopolista de Estado que, lejos de oponerse, han contribuido a fortalecer el mismo patrón esencial de desarrollo.

15. Las anotaciones anteriores resultarían equívocas si se las entendiera como sugerencia de que las políticas económicas que han predominado en América Latina en las últimas décadas se han visto sobrepasadas por fuerzas ajenas a las que ellas mismas han representado o desatado. De hecho, esas políticas económicas han contribuido a la gestación y desarrollo de las condiciones que terminan por hacerlas ineficaces en los marcos del tránsito a nuevos esquemas de acumulación que vienen abriéndose paso progresivamente.

y si se miran las cosas desde este ángulo, resultan erróneas y artificiales las apreciaciones muy extendidas sobre el supuesto antagonismo entre la “escuela monetarista” y las proposiciones estructuralistas o desarrollistas que se han dado al interior de las concepciones convencionales de la política económica, y que han animado por lo demás buena parte del debate latinoamericano sobre la materia. Con frecuencia, se ha identificado a unas y otras por sus efectos inmediatos en el marco general de una política que buscaba responder a demandas variadas y contradictorias de distintas capas sociales, atribuyendo a las políticas monetaristas y estabilizadoras un sello más “reaccionario”, frente a uno más “progresista” de las políticas estructuralistas y desarrollistas.

Sin embargo, en su referencia fundamental a una realidad económica de creciente monopolización y extranjerización, los efectos más duraderos de unas y otras terminan colocándolas en posiciones complementarias; el desarrollismo contribuye a generar y acelerar esos procesos de extranjerización y concentración monopólica, y las políticas estabilizadoras contribuyen a consolidar sus avances y a preparar las condiciones para avan-

ces posteriores.

Si el monetarismo aparece como más "reaccionario" es precisamente porque, al colocar a la estabilización como supuesto objetivo prioritario, preconiza la contención del gasto público, la congelación de los salarios, el aumento de la tasa de ganancias, y conduce a condiciones recesivas que disminuyen el ingreso real y acrecientan el desempleo, afectando no sólo a la clase obrera sino también a fracciones de la burguesía no monopolística. El desarrollismo, por su parte, adquiere imagen más "progresista" en sus proposiciones para expandir y dinamizar el gasto público, en su búsqueda de mayores oportunidades de realización de la plusvalía, y en sus efectos de corto plazo de reactivación económica y aumento de empleo; pero en sus efectos más permanentes se constituye en el esquema de política económica que mejor favorece las condiciones para el desarrollo del capitalismo monopolista, y los procesos consiguientes de extranjerización y marginalización.

Es por otra suerte de consideraciones que en la redefinición bastante brutal que ahora se enfrenta de los patrones de acumulación y crecimiento, y que esas mismas políticas económicas contribuyeron a gestar, las nuevas formulaciones de política económica rescatan mucho del instrumental monetarista, a la vez que descartan y condenan las concepciones desarrollistas buscando su reemplazo por otras formulaciones e instrumentos.

LA POLITICA ECONOMICA EN EL TRANSITO A NUEVOS PATRONES DE ACUMULACION

16. Si se tiene hoy la impresión de una crisis de lo que han sido concepciones preponderantes de la política económica, su explicación no radica pues sino muy parcialmente en problemas de eficacia y de idoneidad de instrumentos. La cuestión de fondo está en la adecuación de las políticas económicas a los requerimientos de un sistema que viene experimentando transformaciones muy profundas, en las que se comprometen los aparatos de dominación, las categorías sociales y hasta los valores ideológicos y las concepciones supuestamente técnicas.

Es un hecho que en las economías latinoamericanas viene definiéndose progresivamente un nuevo patrón de acumulación capitalista dentro del esquema de la dependencia, basado principalmente en la incorporación extendida de capitales transnacionales y en la sobreexplotación del trabajo asalariado. Respuesta, al mismo tiempo, a las necesidades de reestructuración de la economía mundial por parte del gran capital imperialista, y a la agudización extrema de las contradicciones en el plano interno que eran inherentes al modelo anterior de acumulación. Y con profundas consecuencias sobre la estructura económica y social de nuestros países.

Consecuencias económicas, en tanto agudiza al extremo los procesos de concentración, centralización y extranjerización del capital, así como de polarización estructural en favor de los sectores monopolizados; impone una orientación crecientemente exportadora de las economías; acentúa al máximo la regresividad en la distribución del ingreso y estrecha cada vez más la extensión de la demanda masiva de los mercados internos. Y consecuencias sociales, reflejadas en la diferenciación y dominio de una fracción burguesa monopólico-exportadora asociada al capital transnacional; la depredación de las fracciones burguesas vinculadas en sus intereses al mercado interno de bienes-salarios; el aumento de los desocupados y la masa de subproletarios, y la exacerbación de la competencia obrera por la venta de su fuerza de trabajo; y el empobrecimiento absoluto y relativo de la mayor parte de las capas medias.

17. En el proceso de implantación del nuevo modelo de acumulación, sus consecuencias de largo plazo aparecen, en unos casos, oscurecidas y, en otros, exacerbadas por los efectos de la situación de corto plazo y las medidas de política económica que se implantan.

Las medidas de reestructuración de los sistemas de precios y, simultáneamente, las políticas "estabilizadoras" que tienden a moderar su impacto inflacionario, cumplen la función de contraer brutalmente los salarios reales, condición para poner en marcha el modelo exportador. De ahí las profundas caídas de producción, que constituyen, en la mayor parte de los

casos, depresiones concientemente provocadas.

Al mismo tiempo, se favorece el funcionamiento especulativo del capital, con el fin de lograr su centralización más acelerada, y la violenta traslación de capitales a la especulación financiera. Con lo cual, generalmente, cae drásticamente la tasa de inversión real.

En algunos casos, y con la justificación aparente de un principio de "subsidiariedad" del Estado, se desmantela el aparato administrativo y se reduce drásticamente el campo de acción económica directa del Estado.

18. Tales fuerzas y tendencias llevan insoslayablemente a la crisis del Estado "cooptador", característico de la fase anterior del subdesarrollo latinoamericano y expresión de las alianzas de clase de relativa amplitud social que los sustentaban. Su ideología no es más una "democrático-reivindicacionista"; y se agota la estrategia "participativa" en el carácter excluyente que es propio del nuevo esquema.

No es de extrañar que en condiciones como éstas, las luchas de clases que preceden al inicio pleno del nuevo modelo de acumulación lleven a la descomposición de los aparatos de dominación o categorías sociales pluriclasistas —iglesias, universidades, fuerzas armadas—, cuyos componentes tienden a polarizarse en una lucha por poner el conjunto de la influencia del aparato respectivo en apoyo decidido a las nuevas tendencias o en oposición abierta a ellas. Lo cual, visto desde el ángulo particular de la política económica, quiere decir que ésta pierde buena parte de su capacidad negociadora y restringe severamente los ámbitos de armonización posible de los intereses diferenciados o contrapuestos.

Cambian incluso los actores directos de la política económica al interior del "ente-sujeto". El personal del Estado y la representación ideológica de los intereses de la fracción granburguesía dominante, pasa a reclutarse y sostenerse sobre la base del bloque tecnocrático, civil y militar, perteneciente al sector "moderno" de la pequeña burguesía, al que se agregan en algunos casos los antiguos representantes ideológicos conservadores de la burguesía agraria "tradicional".

19. Aún más, la acrecentada dominación exterior y la tendencia a la resolución de las luchas inter-burguesas en favor de las fracciones monopólicas orientadas hacia el consumo exterior e interno de privilegio, anula o reduce significativamente el carácter "nacional" de los Estados.

La extensión del nuevo modelo de acumulación contrae sustancialmente la capacidad desde nuestras naciones para definir políticas autónomas e independientes, y hasta para mantener o desarrollar sus relaciones económicas recíprocas.

Se modifican los términos de inserción de las economías nacionales en la economía capitalista mundial, en los marcos del "redespliegue" industrial y los nuevos esquemas de división internacional del trabajo. Y a ese proceso se acomodan y acondicionan las políticas de comercio exterior, de inversiones extranjeras y flujos de fondos externos, de transferencias tecnológicas y de "remuneración" de los capitales extranjeros.

Proposiciones destacadas del desarrollismo, como fueron los esquemas de integración económica regional o sub-regional (la ALALC, el Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino y otros), llamados supuestamente a proyectar los esfuerzos nacionales de industrialización sustitutiva a marcos regionales más amplios, se constituyen, por el contrario, en instrumentos privilegiados para facilitar y acelerar la penetración de las grandes corporaciones transnacionales y profundizar la dominación exterior. En ese sentido, su función actual ha pasado a ser la opuesta de su motivación original.

20. Ese proceso obliga también a cambiar el signo de apreciaciones tradicionales acerca de las relaciones entre el carácter de la política económica y el marco político general que le es consecuente.

Por mucho tiempo, ha sido común la identificación de una política económica que reduce tanto como sea posible sus fines y sus medios, con la que mejor preserva los valores de la libertad y la democracia. Lo que estamos constatando recientemente en muchos países latinoamericanos, resulta ser exactamente lo contrario. El agotamiento de la política económica

convencional —con sus componentes “intervencionistas” y su diversidad de objetivos sociales y participativos— cede lugar a nuevas formulaciones más “simples” y globales; pero que suponen el predominio sin negociación del capital monopolista y los intereses extranjeros, y por lo mismo sólo pueden desenvolverse bajo regímenes políticos autoritarios y represivos.

No hay lugar, sin embargo, a las añoranzas del desarrollismo. Como se dijo, pretender reeditarlos no pasa de ser una aspiración nostálgica; en parte porque no se corresponde ya con las nuevas realidades objetivas, y también —preciso es recalcarlo— porque fueron precisamente sus impotencias las que condujeron a la crisis en que se han gestado los nuevos patrones de acumulación.

21. La polarización extrema de las opciones sociales que pasa así a caracterizar el cuadro actual de América Latina, se expresa igualmente en una polarización comparable de las opciones de la política económica y las concepciones correspondientes.

Una, de vigencia actual, que busca acondicionarla de la manera más plena y eficaz a los objetivos de preservación del capitalismo dependiente en las nuevas condiciones, con todo lo que supone de regresión social, desnacionalización y autoritarismo político. Milton Friedman, en el plano “teórico”, y el Fondo Monetario Internacional, en su traducción concreta, se constituyen en sus símbolos más destacados.

Y otra, que apunta al desenlace inevitable de la agudización de la lucha de clases que es consecuencia de la imposición de los nuevos patrones de acumulación en la perspectiva de transformaciones extraordinariamente profundas de los sistemas económicos y la propia organización social. Aspiración más que realidad inmediata, no deja por ello de constituirse desde ahora en un desafío de reflexión y creación anticipada sobre lo que ha de ser esa política económica en las fases de transición, no ya a otros patrones de acumulación capitalista, sino a la nueva sociedad latinoamericana como destino histórico próximo.

* REFLEXIONES SOBRE LAS POLITICAS ECONOMICAS EN LATINOAMERICA

*José Dávalos H.
Mario Zepeda M.*

“Básicamente, hay dos formas de conducir la política económica de un país. Para decirlo de un modo grueso: la primera consiste en favorecer a los grandes empresarios, descargando todo el peso sobre los trabajadores; . . . La segunda consiste en favorecer a los intereses de los trabajadores, con consecuencias sobre una minoría de empresarios poderosos.”

“. . . Hacer lo primero requiere desarrollar el aparato represivo para hacer frente a los trabajadores, a la mayoría de la población que defenderá sus derechos elementales. Hacer lo segundo requiere al conjunto del pueblo trabajador, desarrollar su poder, para hacer frente a la poderosa minoría que se alzarán en defensa de sus privilegios.”

Pedro Vuskovic¹

La evaluación de las políticas económicas en América Latina hacen indispensable colocar en el primer plano del análisis el hecho de que se trata de medir los resultados alcanzados

1/ *Una Sola Lucha*, Editorial Nuestro Tiempo, México 1978, p. 85.

y las perspectivas abiertas en una región en la que, con la sola y muy significativa excepción de Cuba, las economías son capitalistas, subdesarrolladas y estructuralmente dependientes y, por ende, se encuentran conformadas por clases sociales cuyos intereses son inevitablemente antagónicos entre sí. Es evidente, pues, que la valoración de las medidas aplicadas —como lo pretende hacer la primera aproximación que intentamos en este documento— no puede hacerse *en abstracto*, sino que, debe partir de establecer con precisión los criterios fundamentales que servirán para medir los resultados alcanzados y las perspectivas abiertas por ellas. Esto obliga a considerar en el análisis a los intereses y fuerzas de clase que definen su orientación, lo que de hecho equivale a responder la pregunta: resultados y perspectivas ¿para qué y para quiénes? Las respuestas, como se verá toman colores radicalmente diferentes según la óptica de los intereses desde la que se les mire.

Las políticas económicas aplicadas en la región durante las dos últimas décadas, sus resultados y perspectivas, registran, reflejan y, a la vez inciden en los profundos cambios ocurridos en Latinoamérica y el mundo durante estos años. Por un lado, en las economías de la zona en que aún prevalecen las relaciones de producción capitalistas tenemos un conjunto de medidas de política económica puestas en práctica en circunstancias en que, hacia los últimos años, se transita —con las naturales desigualdades entre las diversas economías— de la fase de auge a la profunda crisis cíclica por la que atraviesa el sistema capitalista en su conjunto, a nivel mundial. Asimismo, en parte contribuyendo al desarrollo de la crisis y en parte siendo resultado de ella misma, encontramos otros cambios de la mayor importancia que incluyen: sustanciales reajustes en la división del trabajo y las relaciones de producción (tanto a nivel nacional como a nivel internacional); reajustes en las áreas de influencia de las potencias imperialistas tanto con las economías subdesarrolladas como entre ellas mismas; la descomposición del sistema colonial —recuérdese por ejemplo lo que sucede recientemente en Africa—; la expansión y creciente influencia en todos los órdenes de la existencia de la humanidad del conjunto de economías socialistas, etc.

Fenómenos determinantes en el curso que han tomado los hechos mencionados anteriormente los constituyen la expansión casi ya a nivel de la totalidad del sistema, del capitalismo monopolista de Estado —como fase particular del imperialismo— la mayor internacionalización de la acumulación capitalista, lo que en las economías capitalistas de la región se ha traducido en la dramática profundización de la dependencia y el subdesarrollo —paradójicamente cuando se alcanzan los mayores grados de desarrollo de las fuerzas productivas— teniendo como uno de sus pivotes fundamentales la creciente —cuantitativa y cualitativamente hablando— participación de los estados en las economías. (Deben tomarse en cuenta, nuevamente, las particularidades y diferencias de cada caso que, aún cuando no dejan de tener importancia, no contrapesan la tendencia general).

En el otro lado tenemos la esforzada política económica instrumentada por Cuba que, no sin tropiezos y dificultades, ha logrado impresionantes metas y abierto luminosas perspectivas en todos los órdenes de la vida económico-social de la isla e incluso inaugurado un horizonte nuevo más en la historia de nuestro continente, al poner en marcha en 1975 su primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico con lo que instala la primera experiencia de planificación científica en latinoamérica —sólo posible, como se sabe, en las economías socialistas.

Una tercera experiencia de política económica —sin duda importante por sus ricas enseñanzas e implicaciones para el conjunto de los pueblos latinoamericanos— es la seguida por el gobierno de la Unidad Popular encabezado en Chile durante los años 1970 a 1973 por el asesinado Presidente Constitucional Dr. Salvador Allende. Este esfuerzo representa el más consistente intento por variar radicalmente el rumbo y la orientación de la acumulación de capital en función de los intereses del pueblo trabajador, partiendo dentro y desde los marcos de las instituciones burguesas establecidas y que hubo de enfrentarse a todo el peso del capital monopolista nacional e internacional y a su política económica.²

2/ *Vuskovic explica el enfrentamiento entre las dos políticas económicas en Chile con las siguientes palabras: "(. . .) Una política económica que favorece a los*

Entremos pues a exponer un poco más de cerca, cuáles y cómo han sido las tendencias económicas más generales del capitalismo de la región.

Capitalismo monopolista de Estado (CME) y creciente dependencia.

En un estudio sobre las tendencias recientes del “desarrollo económico” en América Latina, CEPAL destaca como “hechos de gran significación” a: a) la participación del estado en las economías; b) el enorme peso de las empresas transnacionales en ellas y c) la sustancial expansión del crédito internacional “contratado” por la región y su desempeño básico en el “dinamismo económico” de la misma. Textualmente tenemos:

“Cualquiera que sea el contexto en que se desee situar el análisis, resulta innegable que el estado y la empresa transnacional fueron los agentes productores más dinámicos, y demostraron una capacidad de movilización de recursos en actividades de gran envergadura que debe anotarse como uno de los hechos de gran significación del período”.

Asimismo, respecto al creciente endeudamiento externo,

grandes empresarios enfrenta, es cierto, la respuesta de los trabajadores; pero estos no tienen el poder económico suficiente para imponer, por sobre esa política, una contrapolítica que responda a sus intereses.

Lo contrario ocurre cuando se lleva a cabo una política económica que favorece al conjunto del pueblo: en la medida en que los grandes empresarios siguen controlando los resortes decisivos del poder económico, pueden no solo oponerse a la política económica que el gobierno intenta llevar a cabo, sino además aplicar, de hecho, una contrapolítica que responda a sus intereses. (. . .) Hay que entenderlo así para comprender debidamente lo que ocurrió con la política económica del Gobierno Popular. Pasado el primer año, en el que la movilización del pueblo mantuvo a raya, con éxito, una reacción atomizada y dispersa del gran capital, no fuimos capaces de elevar el poder de los trabajadores a niveles cualitativamente superiores; no supimos entender el cambio que se produjo en la reacción de la minoría poderosa, ni sus alcances. Como resultado, esta minoría dotada luego de un sólo comando de dirección unificada, fue capaz de imponer en los hechos su contrapolítica de desquiciamiento. En la práctica, comenzó a imperar la política económica de la gran burguesía. Y fue frente a esa política económica, y no frente a la política del gobierno, que reaccionaron, sin tener conciencia clara de ello, sectores importantes de las capas medias y algunos sectores de trabajadores”. Idem., p. 87.

sus nuevas características y funciones, se nos dice:

“Con posterioridad (a la década de los cincuentas y la primera mitad de los sesentas) la situación cambió significativamente. Hubo abundancia de fondos y parte importante del financiamiento tendió cada vez más a originarse en la banca privada interna. La capacidad de la región para captar este financiamiento, y el papel que el desempeñó en el dinamismo económico, constituyeron características básicas de la evolución reciente.”³

Nosotros pensamos que estas tendencias advertidas por la CEPAL, entre otras, expresan —a diferencia de lo que concluye la citada institución— precisamente el grado de desarrollo que ha alcanzado el capitalismo monopolista de Estado en la región y la tremenda profundización de la dependencia y el subdesarrollo de las economías capitalistas latinoamericanas.

Este curso tomado por el capitalismo latinoamericano, entre otros muchos efectos fundamentales, ha determinado también el curso seguido por las políticas económicas en la región: de hecho lo que ha ocurrido es que las líneas seguidas por estas políticas se orientan cada vez más en función de los intereses de las oligarquías nacionales de la zona que devienen crecientemente dominantes, poderosas y minoritarias al interior y, progresivamente dominadas al exterior. Las políticas económicas expresan pues, inevitablemente, la progresiva agudización de la contradicción fundamental del capitalismo hoy: producción cada vez más social/apropiación crecientemente privada de las riquezas resultantes (esto vale tanto para cada economía nacional como para el conglomerado internacional): de hecho lo que tenemos es un profundo entrelazamiento de los capitales monopolistas privados —tanto nacionales como extranjeros— con el capital monopolista estatal lo que, entre otras múltiples consecuencias, se traduce en cambios importantes en la composición y poder de la oligarquía: primero, se reduce el número de sus miembros (en términos relativos) y se hace más compleja, mientras que el poder que concentran se aumenta considera-

3/ *Tendencias y Proyecciones a Largo Plazo del Desarrollo de América Latina, Cuadernos de la CEPAL No. 20, Santiago de Chile, 1978, págs. 3 y 15.*

blemente y, consiguientemente, su influencia en la orientación y radio de acción de la política económica. Esta, podemos concluir, a la vez que es aplicada mediante los recursos técnicos e institucionales más complejos y extensos que se han utilizado nunca en la región, acordes con el más alto grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y el aparato estatal; a la vez que es respaldada por la concentración de fuerza económica y políticas que jamás había alcanzado sector alguno de las burguesías de la zona, se muestra como nunca incapaz de comprender y resolver las profundas contradicciones estructurales que afectan al capitalismo, lo que es tanto como decir que, ahora más que nunca, la política económica burguesa ha sido inepta para evitar la anarquía y el despilfarro en la producción, para sacar de la desnutrición crónica y aguda, la ignorancia y el analfabetismo, la insalubridad, la promiscuidad y la desocupación total o parcial y, en fin, todo lo que significa la miseria, a millones de trabajadores latinoamericanos; para evitar la inflación y los desequilibrios en todos los órdenes de la economía y, en fin, para conducir los procesos económicos aprovechando y desarrollando científicamente y racionalmente los recursos humanos, naturales y técnico-científicos de la región por una vía independiente, de acuerdo con los intereses de las mayorías nacionales y no los de una cada vez más minoritaria y dominante y dominada burguesía, como es a todas luces claro que ha sucedido.

Como resultado de este hecho tenemos que: el 50o/o de la población del subcontinente tiene acceso apenas al 13.9o/o del ingreso de la región; mientras de otro lado, el 5o/o se apropia del 30o/o de ese ingreso; y, el país que ostenta la divisa de “más industrializado”, el Brasil, exhibe cifras que ponen de manifiesto la rabiosa polarización de la distribución del ingreso que engendra el capitalismo: el 50o/o de la población apenas si tiene acceso al 10.8o/o del ingreso, cuando el 10o/o acapara el 57.1o/o. Sobre esta estructura del ingreso se erige el drama latinoamericano donde en 1975, existían 134.5 millones de habitantes que se encuentran en “estado de grave pobreza” —como sutilmente los clasifica CEPAL— y, de éstos, 85 millones “vi-

ven" en completo estado de indigencia. Sólo así se explica cómo el 35o/o de la población latinoamericana apenas si tiene ingresos "inferiores al costo de la alimentación mínima equilibrada". Y, producto del desenfrenado pero al cabo normal apetito de acumulación de los propietarios de los medios de producción en contubernio con el capital imperial, —apetito acicateado por la política económica de los estados— los ingresos así distribuidos, se han visto dramáticamente disminuidos por el proceso inflacionario que asola a las clases populares del continente. En efecto, de 1970-72 a 1976, el promedio de la tasa de inflación anual creció en 43.2o/o, llegando a constituirse en 1976 un crecimiento anual de 63.5o/o. Desde luego, los diferentes matices de la política económica se traducen en desigualdades entre las variaciones de los precios en los diferentes países (en 1976 en Argentina llegó a 347.5o/o; en Chile al 174.3o/o y en Uruguay al 39.9o/o) pues el "molino del diablo" que constituye la "economía social del mercado" que sangrientamente imponen los regímenes fascistas del Cono Sur a esos pueblos, hunde en la más espantosa miseria a la clase trabajadora: toda la política "antinflacionaria" se ha reducido a manipulaciones monetaristas y epidérmicas que han tenido efectos nefastos sobre el poder adquisitivo de las grandes mayorías. Ello lo verifica la misma CEPAL:

"Para enfrentar la inflación se han utilizado varios instrumentos combinados en diversas formas. Sin embargo, el control de los salarios aparece invariablemente, aunque con diferencias de grado, en la gran mayoría de las terapéuticas.

. . . Así, los asalariados no sólo han experimentado pérdidas cuando la inflación ha arreciado, sino que también las han sufrido cuando esta ha sido combatida a través de las políticas ortodoxas de estabilización."⁴

Haciendo gala del más fino humor negro, se declara que "el objetivo último del desarrollo debe ser la consecución de mejoras constantes de bienestar individual y la aportación de

4/ CEPAL, *Estudio Económico de América Latina, 1976, Santiago de Chile, págs. 23 y 24.*

ventajas para todos". (CEPAL: Evaluación de Quito), cuando en la búsqueda de ese estilo de desarrollo capitalista, América muestra que la esperanza promedio de vida al nacer es de 61 años en la región (en Cuba llega a 72 años; en Haití y Bolivia a 50 años; en Honduras a 53; Guatemala a 54, Ecuador 59 y México y Brasil 63 y 61 años respectivamente); el consumo promedio de calorías en la mayoría de países es menor a 2.350 (Cuba más de 2.900 calorías); el analfabetismo es superior al 22o/o en la mayoría de países (Cuba lo ha extirpado); menos del 40o/o de la población de la mayoría de países dispone de luz eléctrica; etc.

Otras referencias revelan que tanto, por ejemplo, la inversión extranjera directa y el endeudamiento contratado con el capital financiero internacional —sobre todo por parte de los estados latinoamericanos—, lejos de haberse constituido en agentes dinamizadores del crecimiento económico, más bien lo minan y lo subordinan crecientemente a la órbita e intereses del capital monopolista internacional: la deuda externa de la región se multiplica poco más de tres veces entre 1969-70 y 1976, pasando de 23.000 millones de dólares anuales en la primera fecha, a 79.000 millones en la segunda. Por otro lado, en 1975, las ventas latinoamericanas de empresas transnacionales ascendieron a 80.000 millones de dólares (57.000 corresponden a empresas norteamericanas), "cantidad que representa un valor similar al doble de las exportaciones de la región en ese mismo año".⁵

Respecto a las repercusiones de la presencia de las transnacionales y del creciente endeudamiento externo de las economías latinoamericanas en las políticas económicas, la propia CEPAL señala:

"... la empresa extranjera adquirió el carácter de transnacional, lo que le dió a su actuación una naturaleza más compleja. Así, por ejemplo, las relaciones con las matrices produjeron efectos de importancia en la balanza de pagos, determinando corrientes de importaciones y exportaciones

5/ "La Economía de América Latina en 1976", Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., Revista Comercio Exterior, Mayo 1977, Vol. 27, No. 5, México página 563.

que obedecieron más a los intereses de las empresas que a políticas nacionales explícitas. Asimismo, la propiedad que estas empresas tienen sobre innovaciones tecnológicas, su acceso al crédito internacional privado y público, su captación de crédito interno y la utilización de insumos básicos de origen nacional e importado, hacen difícil para los países definir políticas adecuadas de control y orientación”.

y respecto al endeudamiento creciente:

“El endeudamiento que hoy encara la región como consecuencia del sistema de financiamiento empleado, condiciona la evolución de la balanza de pagos en forma diferente a la de comienzos de período, pues el monto de los servicios compromete parte importante de los actuales recursos de exportación. Este compromiso obliga a América Latina a fomentar intensamente las exportaciones, a readecuar nuevamente la estructura productiva para reducir las importaciones, y a crear, por tanto, nuevas formas de inserción en la economía y el comercio mundiales”.

finalmente se nos dice que

“Los gobiernos han debido desarrollar un nuevo sistema de relaciones y negociación, que en muchos aspectos está íntimamente ligado con las empresas transnacionales.”⁶

El desarrollo del subdesarrollo de la estructura productiva.

La política económica en América Latina ha estado marcada por el sello del constante fracaso para llegar a un capitalismo desarrollado. No solamente la naturaleza de los instrumentos aplicados (que abarcan una amplia gama de estereotipos del pensamiento burgués anglosajón) y la imbricación teórica (clasicismo, neoclasicismo, keynesismo, etc.) que inspira tales políticas, sino las propias limitaciones que impone la dependencia estructural de estas economías al capitalismo mundial, consti-

6/ *Tendencias y proyecciones a Largo Plazo del Desarrollo Económico de América Latina, Cuadernos de la CEPAL, No. 20, Santiago de Chile, 1978, págs. 15 y 16.*

tuyen el principal obstáculo para que la burguesía nativa pueda impulsar sus proyectos que la conviertan en una burguesía *american style*, que es —lo demuestra su mimetismo— su aspiración más acariciada. Desde luego, en la actual crisis, la incapacidad para lograr sus objetivos se torna palmaria. No sólo que es una incapacidad para afrontar la coyuntura actual, sino aún para entenderla.

Desde el inicio de su formación como estados independientes, los países latinoamericanos han marchado al ritmo impuesto por el desarrollo del capitalismo mundial a través de una división internacional del trabajo cuyas características han impregnado al curso de las economías del subcontinente. Así, de una larga instancia de sustento de la economía en el sector “primario-exportador”, las modificaciones en las modalidades de acumulación en escala mundial, por un lado, y las alteraciones que en el patrón de acumulación interno se han ido produciendo lentamente, por otro, se ha pasado a una “nueva” y mayor dependencia estructural. En efecto, las alteraciones que se han producido en la estructura productiva al interior de los países, se evidencia en los lentos, unas veces, y dinámicos otras, desplazamientos en el eje de la acumulación de capital, originalmente basado en una producción agraria hacia la actividad manufacturera:

	1950	1960	1970	1976
S. Agropecuario	20.1	18.2	14.9	13.0
S. Manufacturero	17.9	20.3	23.4	24.1

Este desplazamiento que ha estado subordinado al proceso de acumulación de capital en escala mundial habla del reordenamiento de las relaciones sociales de producción (que cada vez devienen más las del CME en toda la región) y de la división internacional del trabajo (creciente socialización interna e internacional de la producción) y son, a nuestro entender, el punto nodal que habrá de explicar la actual problemática del continente, por las características que van asumiendo los sectores productivos y el rol del estado.

Aunque aparece como una deliberada política de desarrollo de los países latinoamericanos, esta reordenación de la estructura productiva es, más bien, fruto de los cambios en las relaciones de producción internacionales que se traducen en la redefinición de la división internacional del trabajo. Con todo, el proceso de sustitución de importaciones que, constituyendo el *leit motiv* de la industrialización, ha buscado sanear la estrangulación endémica de las balanzas de pagos, devendrá, por la propia dinámica de la dependencia, el elemento clave de la descapitalización secular que sufren las famélicas economías latinoamericanas, pues siendo la ruta que en unos países más temprano que en otros impone el capitalismo mundial, la industria sustitutiva está atada subordinadamente a los designios de la internacionalización del capital.

Desde su origen, tanto el volumen de inversión extranjera cuanto el tipo y condiciones de la tecnología impuesta e incorporada al proceso, determinarán serios desajustes en la balanza de pagos y desarticulaciones insalvables en la estructura productiva, agudizando de esta forma el *mal* que aparentemente se trataba de remediar: más nociva ha sido, pues, la medicina que la enfermedad. La creciente necesidad de importaciones de medios de producción; la expatriación de utilidades e intereses; el pago por el uso de tecnologías, patentes, etc.; la incorporación de técnicas y escalas de producción desarrolladas para los países capitalistas imperiales e incorporadas apresuradamente al proceso de industrialización nacional, provocarán la permanente descapitalización, problemas de no utilización de la capacidad instalada (con la consecuente elevación de costos) y problemas en la acumulación de capital. Por otro lado, la funcionalización del "sector" agrícola a este proceso de desarrollo del capitalismo en su conjunto (que entraña —manteniendo en esencia la estructura de propiedad— modificar y actualizar la fisonomía de las relaciones sociales de producción en el sector), provocará no solo contracciones en la producción agrícola (de bienes de consumo especialmente), sino un desempleo masivo, cuyo incierto destino será la emigración, donde la industria será incapaz, por definición de absorber.

Entonces, el proceso de reproducción de capital estaría centrándose en la vigorización de una industria que, condicionada por las características histórico-concretas de cada país, se orienta hacia: a) producción de bienes salario; b) producción de medios de producción (básicamente materias primas, insumos y herramientas ligeras); y, c) producción de bienes de consumo inmediato —especialmente suntuarios— y durables. Desde luego, la intensidad e importancia de cada uno de estos sectores productivos en el conjunto de la producción manufacturera varía de un país a otro. Lo cierto es que hay una marcada tendencia a vigorizar estas actividades. De otro lado, un hecho fundamental homogeniza en gran medida al proceso: la dependencia subordinada del mismo al capital imperialista. Esto no sólo que ejerce su hegemonía al interior de las ramas en las que actúa, sino que irradia su influencia perniciosa sobre toda la economía, insidiosa y limita las políticas económicas de la región.

Sin embargo, para la burguesía latinoamericana, esta forma de control y actuación del capital imperialista, constituye una forma de “complementar el ahorro nacional” que es el argumento para dar una apertura benevolente al capital, arguyendo discriminación y control, como si ello fuera posible.

Ahora bien, el proceso de industrialización orientado en tal sentido ha exigido un proteccionismo *in extremis* por parte del estado, mismo que, proporcionando una vida artificial al proceso, adecúa el camino y la escena para la acción del capital transnacional que, en estas inmejorables condiciones, pasa a ejercer el dominio y control sobre la orientación a imprimirse, imponiendo condiciones sobre tipos de bienes a producir; formas de realización de la producción; origen, volumen, precio y calidad de materias primas a importarse y de las que hay que producir en el país; tipo de tecnología a implantar; contratación de créditos; etc. Al mismo tiempo, se impone al estado su intervención en la creación de la infraestructura necesaria para el “normal” desarrollo de las actividades de la industria que, sometida al poder imperial, constituirá en gran medida, el eje de la acumulación. De esta suerte, el estado se convertirá en un poderoso componente de la demanda importada de medios de

producción y en el agente principal en la contratación de crédito externo que le permita cumplir las exigencias que impone este proceso.

Así, la industrialización sustitutiva que originalmente aparecía como un elemento decisivo para saldar los problemas de la dependencia, se convertirá, al abrigo de la omnipresencia del poder del imperialismo, en una pírrica victoria. Sin embargo, la burguesía latinoamericana (que en algún momento hizo gala de un nacionalismo demagógico) tendrá una enorme fuente de extracción de plusvalía. Y es que a la burguesía la tiene sin cuidado que el país se someta de a o b manera al imperialismo, si por este mismo sometimiento puede acaparar más y mejor. Es justamente esta sumisión del proceso a los designios del capital y esta creciente extranjerización de la economía, la que explicará en buena medida el atosigante curso de descapitalización que asfixia a las economías latinoamericanas y cuyo peso es trasladado despiadadamente a la clase trabajadora de la región.

La evolución reciente de la deuda externa de los países latinoamericanos confirma este criterio, pues, son tales los volúmenes y características que adquiere aquella que se convierte en un "mal necesario" para mantener en pie las vulnerables economías latinoamericanas. A nuestro juicio, la persistente y redoblada descapitalización, que necesita y vuelve a necesitar crédito externo para poder saldarse, se explicaría por:

a) el creciente deterioro de las relaciones de intercambio (en 1974 97.8 con respecto a 1973; 89.4 en 1975 y en 1976, 91.2) provocado no solamente por el crecimiento persistente del precio de las importaciones (mayor que el de las exportaciones), sino por el incremento irreversible de las importaciones que requiere la marcha del proceso de industrialización sustitutivo y la importación de bienes suntuarios que demanda la burguesía. En efecto, y en relación al período 65-69 (100), mientras las exportaciones llegaron apenas a ser 352.20/o mayores que las de ese período, las importaciones se incrementaron en el 407.10/o. Estos hechos han provocado un deterioro de la balanza de bienes, misma que en los últimos años ha llegado a niveles inéditos:

*BALANZA DE BIENES DE LOS PALNEP**

—Miles de millones de dólares—

	1973	1974	1975	1976
EXPORTACIONES	18.8	25.0	25.1	29.4
IMPORTACIONES	19.2	33.0	34.0	32.8
SALDO:	-0.4	-8.0	-8.9	-3.4

**/ Países de América Latina no Exportadores de Petróleo. Fuente: Comercio Exterior, Banco de Comercio Exterior, S.A., Vol. 27, No. 11, noviembre 1977, México. Págs. 1308 y 1309.*

b) El pago progresivamente mayor y más importante de “servicios” por fletes, seguros, tecnología, etc., que obviamente se realizan a empresas transnacionales y conforman los conglomerados cuyos cuerpos actúan en los países latinoamericanos.

A este implacable drenaje de capital hacia la metrópoli, cuyo ritmo de crecimiento es mucho mayor que el Producto Interno Bruto de la región, se añade el pago de utilidades e intereses al capital extranjero, calificado por la burguesía nacional como elemento “complementario del ahorro nacional”:

*PAGOS REALIZADOS POR LOS PALNEP POR SERVICIOS
Y POR UTILIDADES E INTERESES*

—Millones de dólares—

AÑOS	SERVICIOS	INCRE- MENTO	UTILIDADES	INCRE- MENTO	TOTAL	INCRE- MENTO
1973	886	100	3.366	100	4.252	100
1974	1.794	202	3.857	115	5.651	133
1975	2.242	253	5.544	165	7.786	183
1976	2.091	236	6.631	197	8.722	205

FUENTE: Idem.

El modelo de desarrollo impulsado por la burguesía nacional constituye, entonces, un factor definitivamente determinante en la descapitalización que agobia a los países latinoamericanos, y de ahí que las necesidades de mantener el proceso de

reproducción se orienten hacia la búsqueda de financiamiento en la metrópoli. Esta medida no es, desde luego, coyuntural. Responde más bien, como se ha visto, a la dependencia histórico-estructural de las economías latinoamericanas al capitalismo imperialista.

En este sentido, el flujo de capitales hacia el continente, habrá de sufrir modificaciones en los últimos años. Cambios estos, que no sólo son cuantitativos, sino, de manera relevante, son de índole cualitativo. Así por ejemplo, "de los 14.000 millones de dólares que fluyeron hacia los PALNEP, tanto en 1975 como en 1976, sólo aproximadamente 2.000 millones correspondieron a inversiones directas; el resto fue endeudamiento externo".⁷ Cabe resaltar que en el mismo período, las utilidades e intereses alcanzaron a 12.175 millones de dólares.

De este modo, parece estarse afirmando el hecho de que, el capital monopolista internacional, una vez que ha sentado sus reales, no requiere para ejercer el control sobre las actividades nacionales, de la misma intensidad y volumen de inversión directa: ahora, un mecanismo más sutil y más efectivo se hace presente: el crédito (lobo con piel de oveja) cumplirá con mayor eficiencia el papel depredador. Efectivamente, el volumen de deuda externa de los países latinoamericanos (ya al principio de este trabajo dábamos un adelanto del hecho) crece vertiginosamente: en 1976 el valor de esta se duplicó con respecto a 1973 y constituye casi tres veces el valor de las exportaciones de ese mismo año:

EVOLUCION DE LA DEUDA EXTERNA DE LOS PALNEP
—Miles de millones de dólares—

<i>AÑO</i>	<i>DEUDA EXTERNA</i>	<i>DEUDA/EXPORTACIONES</i>
1973	40.00	2.1
1974	52.65	2.11
1975	67.72	2.7
1976	79.24	2.7

FUENTE: Idem.

7/ *Mato Daniel. "La Deuda Externa de América Latina", en Comercio Exterior, Vol. 27, No. 11, México, noviembre de 1977, p. 1310.*

Esta situación significa que las exportaciones de los últimos años apenas tuvieron una capacidad de 0.41 dólares para pagar cada unidad de deuda contraída o, lo que es lo mismo, por cada dólar exportado se imponen 2.44 dólares de deuda.

Conjuntamente con la disminución del ritmo de la inversión extranjera se produce un cambio determinante en el origen del crédito externo, pues aquél estará compuesto en medida creciente por el financiamiento que otorgan los bancos privados de los países imperialistas, con el consecuente endurecimiento en las condiciones contractuales impuestas: disminución de plazos y elevación del tipo de interés. Las crecientes dificultades del capitalismo contemporáneo para funcionar encuentran paliativos en medidas que, si bien alivian algunos de los dolores más intensos que padece, en el fondo no se ataca —ni mucho menos— la raíz de los problemas e incluso los “auxilios” prestados por la política económica a los mencionados males, a la larga acaban agudizando las contradicciones que los generan y empeorando la salud del sistema: tal sucede con la profusión de crédito en el capitalismo contemporáneo: la abundancia de medios de pago monetarios y bancarios si bien le permiten profundizar los niveles de monopolización del capital —en buena medida apoyados en la centralización de ‘capital ficticio’ que sin embargo en ciertos momentos de la circulación del capital social cumple funciones de capital real— conduce a las personas, a las empresas y a las economías a un constante caminar sobre la cuerda floja de la insolvencia potencial generalizada que está incubada en los niveles de endeudamiento prevalecientes en la actualidad. Tal situación no hace sino reforzar el parasitismo del sistema, su tremenda irracionalidad, la explotación, la especulación, etc. En latinoamérica la situación ha tomado tintes dramáticos que en parte hemos tratado de dibujar ya. Un aspecto de la ‘salud financiera’ de la región lo revela el siguiente cuadro:

**POSICION FINANCIERA DE LOS PALNEP FRENTE A LOS
BANCOS PRIVADOS DEL EXTERIOR**

—Miles de millones de dólares—

AÑOS	ACTIVOS	PASIVOS	SALDOS	PASIVOS/ACTIVOS
1974	12.80	32.02	-19.22	250 o/o
1975	14.89	42.33	-27.44	284 o/o
1976	15.74	50.40	-34.66	320 o/o

FUENTE: *Comercio Exterior, Op. Cit., p. 1313.*

La enorme presión de los pasivos sobre los activos es incuestionable, y de ello se deriva a su vez, la ingerencia directa del capital transnacional en las actividades de los países, orientando el curso de la economía. Demuestra asimismo, el persistente deterioro financiero del subcontinente, pues para poder cancelar los créditos requiere, indudablemente, de más crédito.

Esta situación se torna explosiva para países como México y Brasil que juntos, en 1976, absorbieron el 680/o de la deuda externa de los PALNEP; y si el continente tuvo una mermada capacidad de activos para satisfacer pasivos que en conjunto apenas si llegaba en 1976 a 0.31 dólares, en México “ascendía” a sólo 0.22 y en el Brasil a 0.26.

Otros aspectos de la política económica burguesa en Latinoamérica.

En seguida queremos hacer una serie de consideraciones generales sobre las políticas económicas burguesas en latinoamérica que vienen a complementar lo hasta ahora expuesto y que, aunque son bien conocidas, suelen ser “olvidadas” por los personeros de los intereses del capital:

a) La política económica es parte de la política más global a través de la cual la burguesía ejerce su poder en las sociedades capitalistas.

Siendo la parte de la política de las clases dominantes-dominadas que atañen más directamente a las cuestiones relacionadas con sus intereses materiales y la base de su poder y privi-

legios, se constituye una de las áreas de mayor importancia estratégica. De hecho, la política económica es a la vez un *programa de acción económico, social y político* para la burguesía en su conjunto, atendiendo, claro, las orientaciones básicas emanadas de los intereses del capital monopolista y que los estados burgueses son encargados de enarbolar y aplicar en lo fundamental. Las políticas económicas, sin embargo, no lo son todo. Su aplicación y las condiciones particulares en que esta se logre dependen de manera importante de la correlación de fuerzas entre las clases explotadas y la burguesía. Así pues, su concreción implica el concurso de todas las fuerzas con las que cuentan las burguesías latinoamericanas y sus estados, y aún de las fuerzas todas del imperialismo (los casos de Chile, Nicaragua, Brasil, Argentina, etc., ilustrarían ampliamente lo que queremos resaltar). Una de las conclusiones políticas que se pueden derivar del anterior planteamiento, consiste en que toda variación de la política económica en contra de los intereses del capital deberá ser necesariamente producto de acciones de fuerza de las clases explotadas, puesto que ello significa afectar directamente sus intereses materiales y el sustento de su poder. Vista desde este ángulo, la política económica tiende las directrices generales por las que marcha la explotación o la liberación de ella.

b) La política económica no sólo constituye un frente de lucha en el plano meramente económico. De hecho involucra además del ejercicio del poder material de las burguesías (incluyendo las posibilidades de reformismo y de represión físicas), el despliegue de la lucha en los frentes teórico e ideológico. En efecto, la justificación teórica e ideológica de la situación prevaleciente y de las medidas adoptadas por las burguesías frente a ella encuentra su sustento en la teoría económica burguesa. Más adelante le dedicamos especial atención al asunto.

c) Las posibilidades reales y alcances verdaderos tanto de la teoría como de la política económica burguesas, encuentran su límite 'en sí mismas', en su carácter clasista. Efectivamente, la política económica burguesa *ni aspira* a resolver los más agudos problemas que pesan sobre las economías capitalistas de la re-

gión —en particular sobre las masas explotadas—, *ni en verdad pueden remediarlos.*

La política económica burguesa sigue ciegamente los intereses del capital y para satisfacerlos ajusta las directrices que de ellos surgen, en las direcciones que el proceso objetivo de acumulación capitalista lo va requiriendo. Así pues, la política económica va modificándose en sus alcances y características con el propio desarrollo del sistema capitalista; las formas de su existencia —lejos de ser producto de la conciencia burguesa— responden a las formas históricas de existencia del capitalismo: lógicamente, en la fase del capitalismo monopolista de estado la política económica extenderá necesariamente sus alcances buscando paliar los problemas resultantes de la agudización de la contradicción fundamental del sistema (producción cada vez más social / apropiación crecientemente monopolizada); lógicamente en el capitalismo del subdesarrollo y estructuralmente dependiente, la influencia de las oligarquías centrales, que al final de cuentas dirigen y se aprovechan del proceso mundial de acumulación de capital, es determinante.

d) La crisis por la que atraviesa actualmente el sistema capitalista en su conjunto y que tiene dramáticas expresiones en la región, le imponen a las burguesías dominante-dominadas echar el peso de la situación sobre las espaldas de los trabajadores. El deterioro en las condiciones de vida y trabajo de las masas explotadas en latinoamérica, *necesario* para que el capital, sobre todo el monopolista, pueda seguir manteniendo tasas “satisfactorias” de ganancias y *necesario* también para paliar los obstáculos y contradicciones crecientes del proceso de acumulación de capital que la propia dinámica del capitalismo ha agudizado, a veces es tal que hace necesario un cambio violento hacia abajo —no gradual como habitualmente ocurre— y que no puede sino ser impuesto por la fuerza de los trabajadores, requiriéndose del concurso de todos los mecanismos de poder y fuerza de la burguesía. Tal situación extrema, determinada por las necesidades de la acumulación de capital, moldea las políticas económicas que expresan más crudamente los alcances y limitaciones del capitalismo latinoamericano y toda su barbarie.

Ilusiones, matices y “logros”

Intentaríamos ahora una primera evaluación y proponemos concretamente tres criterios para llevarla a cabo: a) de los resultados obtenidos en función a los objetivos que las propias políticas económicas se trazaron; b) análisis de los resultados no en función de los objetivos planteados explícitamente por estas políticas, sino atendiendo los objetivos reales —generalmente no explicitados en todo lo que significan— que las políticas perseguían y, c) en función de los intereses de los trabajadores latinoamericanos, es decir, de la inmensa mayoría de la población.

a) **Las ilusiones:** en un afán de generalizar los “anhelos” explícitos más visibles de la política económica en las economías capitalistas latinoamericanas se podría establecer que la consigna más favorecida era la de: industrialización por la vía de sustitución de importaciones para alcanzar el bienestar y la modernidad a un creciente número de latinoamericanos, siempre en el espíritu de redistribuir los “beneficios” del “dinamismo económico” y los ingresos. Asimismo, la progresiva industrialización de la región iría ampliando y fortaleciendo la soberanía e independencias económicas de las naciones: todo iría mejor, se eliminarían progresivamente la anarquía y el despilfarro, se “planificarían” las economías utilizando los métodos “indicativos” (propios de las economías de “libre empresa”), se eliminarían las diferencias sociales, sectoriales y regionales, etc. En el plano internacional se establecerían vigorosos planes de integración regional que bajo la divisa de “la unión hace la fuerza” permitiría a los países de la región enfrentarse con los colosos de la economía occidental. ¿Qué tanto de ésto se ha logrado? La industrialización en efecto ocurrió —subdesarrollada, desintegrada crecientemente con un esquema de producción nacional, atrasada y con altos índices de desaprovechamiento, etc.— pero ésta no logró sustituir la necesidad de importar ni fincó las bases para romper con la dependencia: antes al contrario, la agudizó; los efectos de la industrialización “suntuaria” sustitutiva —que por cierto ha llegado a la audacia de sustituir también exportaciones— no fueron minando las

profundas desigualdades sociales sino que las acentuaron; las economías latinoamericanas crecieron —incluso con tasas relativamente altas— pero sus incrementos no eliminaron o disminuyeron el desempleo, más bien lo agudizaron; para las mayorías populares el crecimiento no se tradujo en mejores niveles de vida sino en mayor explotación —trabajo para beneficio ajeno y contrastes cada vez más ominosos entre la miseria en que se encuentran sumidos y la opulencia de aquéllos pocos nacionales y extranjeros que lo disfrutaban: el resultado general es mayor dependencia, miseria contrastada con opulencia insultante, cientos de planes y programas económicos que nunca alcanzan siquiera los objetivos que ellos mismos se trazan, desintegración entre los países latinoamericanos, creciente poder económico, político social de las oligarquías regionales, crisis, anarquía, irracionalidad, etc. La propia CEPAL —una de las instituciones que con más entusiasmo y supuesta neutralidad técnico-científica ha impulsado la creación y difusión de las ilusiones desarrollistas no ha tenido sino que reconocer que:

“La evaluación del desarrollo económico y social latinoamericano en la posguerra demuestra que la concepción global que prevalecía dos décadas atrás acerca de la interrelación entre el dinamismo económico y la transformación social *fue desvirtuada por los hechos en un sentido inesperado*. El dinamismo económico alcanzó niveles que se habían considerado para aquel entonces muy ambiciosos, y se produjo íntimamente asociado a una transformación social que *se distanció del mayor grado de consenso y de las metas más igualitarias que las ideologías del desarrollo de comienzos del período suponían inherentes a las altas tasas de crecimiento económico*”.⁸

Asimismo, esta institución acepta que “cuando se ha intentado dar prioridad a los objetivos distributivos o tan sólo equilibrarlos con otros fines, se han generado crisis que han afectado seriamente el funcionamiento del sistema.”⁹

8/ *Tendencias y Proyecciones. . . , página 1.*

9/ *Ibid., página 2.*

En sus mismos análisis, sin embargo, la propia CEPAL acaba reviviendo las ilusiones propiciadas precisamente por las mismas “ideologías del desarrollo” que tan estrepitosamente fracasaron en su intento de explicar y “desarrollar” las economías latinoamericanas al no descubrir las verdaderas causas de la situación que hemos intentado dibujar.

b) Los matices: ¿Cuántos “modelos” de desarrollo existen en latinoamérica? El consenso entre cierto tipo de economistas parece ubicar tres tipos diferentes de esquemas: i) el de las democracias tipo México —que tan dudoso “milagro” aportara al mundo; ii) el de las dictaduras del tipo de la chilena-argentina-uruguay-brasileña, etc. y, iii) el de los países exportadores de petróleo de los que hubo un momento en que se llegó a decir que “estaban más allá del bien y del mal”. Tales “modelos” adoptan su particular estilo de existir según el tamaño del país, sus recursos naturales, su población, su historia, etc., todo lo cual, en cierta forma, constituye el conjunto de elementos que determinan la particular forma de inserción de cada economía al mercado imperialista. Pero, ¿en verdad conforman varios “esquemas” de desarrollo esencialmente diferentes entre sí? Nosotros pensamos que en lo fundamental constituyen un solo proyecto que tiene una sola dirección: “una estrategia de más largo plazo encaminada a actualizar, redefinir y reforzar los cauces del capitalismo del subdesarrollo. . . tanto en lo que hace a la reproducción de sus relaciones sociales de producción internas como de las externas. Estos y no otros son, para el régimen burgués, los ‘verdaderos objetivos de desarrollo’. . .”¹⁰

Respecto a la importancia de los matices entre las diversas políticas económicas de los diversos regímenes no cabe sino aceptar que existen diferencias tácticas, de recursos e instrumentos, de necesidades concretas y, sobre todo, la posibilidad de jugar con una amplia gama de posibilidades *de grado* entre emitir más o menos circulante; entre financiar el gasto público de tal o cual manera; entre permitir —dentro de los márgenes impuestos por las condiciones estructurales— una mayor o me-

10/ Carmona Fernando, “La Política Económica, Congruencia Burguesa”. *Revista Estrategia*, Mayo-Junio 1978, No. 21, México, p. 4.

nor participación del Estado en la economía en tal o cual rama o sector, y aún globalmente entre proteccionismo y liberalismo; entre pérdidas de poder adquisitivo de los salarios y poco menores —o incluso sensiblemente menores— en esta o aquella economía (los precios siempre crecen más —mucho o poco pero siempre más que los salarios—); entre tales aranceles, impuestos, tarifas, etc. En el fondo siempre encontramos lo mismo: el respeto a la propiedad privada de los bienes de producción, que es decir, el respeto a la explotación, al subdesarrollo, a la dependencia, al dominio de los monopolios, etc. La comparación entre las diversas modalidades de política económica burguesas en la región admiten perfectamente la frase lograda por el joven compositor cubano que en una de sus trovas dice: “no es lo mismo, pero es igual. . .”

Los matices, pues, palidecen frente a las similitudes en lo fundamental, mismas que se traducen en resultados enormemente parecidos. Coincidimos con el investigador mexicano —de quien tomamos también la anterior frase— que señala:

“En el marco de la crisis capitalista mundial y nacional, de las necesidades objetivas que aquélla impone según el nivel de desarrollo y las especificidades de nuestra estructura social, de la lucha de clases, de la correlación de fuerzas políticas y de las concretas posibilidades de acción del Estado mexicano en las diversas instancias y planos, es una política económica de indudable prosapia burguesa ortodoxa. Tan conservadoramente burguesa que es semejante, *en esencia*, a la de muchos países —en especial Brasil, Argentina, Colombia, Chile y otros latinoamericanos—, incorporados de lleno a la fase en que el capital monopolista de Estado es determinante del desarrollo, si bien en la condición de dependencia. . . gira en torno a la agrandada intervención del Estado con el propósito de reducir desequilibrios financieros internos y externos, atenuar —que nunca suprimir— la inflación, mejorar la tasa de ganancias y reconstituir el proceso de acumulación, todo ello a costa de una explotación creciente de los trabajadores, fortalecimiento de los monopolios privados y estatales —extranjeros, nacionales y ‘mixtos’—, la profundización de la de-

pendencia estructural y el agravamiento de las desigualdades del desarrollo.”¹¹

Pedro Vuskovic parece compartir esa misma opinión cuando expresa, comparando a los regímenes de Frei y de Pinochet en Chile, lo siguiente:

“Es verdad que se reconocen en el plano de la política económica, muchos elementos que diferencian al gobierno de Frei de la dictadura actual, sin que dejen de ser uno y otros hijos de los mismos intereses. Gran parte de tales diferencias no se explican, sin embargo, porque algún factor intrínseco a su identidad los separe: se explican, más bien, por los cambios operados en un factor externo —la diferencia entre las formas de acción actual y pasada del gran capital internacional— y el modo cómo el sector al que representan se vincula a los intereses transnacionales.

Pero la raíz de su fracaso común en desarrollar al país no se encuentra en lo que los diferencia sino, en lo que los hermana (a la inversa). No son dos fracasos: es un mismo fracaso, que se produce dos veces. Hermanados por los intereses que representan, en el intento vano de encontrar el desarrollo acentuando la dependencia, de desarrollar la economía dando las espaldas al pueblo. . . tratando de avanzar en su perjuicio. Eso es lo que fracasa.”¹²

c) Los logros: Hemos esbozado ya una serie de elementos que dibujan el alcance y los “logros” de la política económica burguesa. Vuskovic los sintetiza adecuadamente en tres aspectos centrales:

“ . . . la producción se destina, o bien a las minorías de altos ingresos, o bien a su venta en el extranjero. . . ”

“ . . . la creciente pobreza de la mayoría. . . paralelamente a la concentración del poder económico en manos de pocos. . . ”

11/ *Ibid.*

12/ *Pedro Vuskovic, Op. Cit., p. 84.*

“... la entrega del país al capital foráneo, que explica en gran medida las dos realidades anteriores y en parte es explicada por ellas. . .”¹³

Bien se presta para concluir este apartado recoger la frase del mismo Vuskovic cuando señala: “los trabajadores no cuentan como consumidores, sino sólo como productores”.

La ideología burguesa

A pesar de la aparente bancarrota de la teoría económica burguesa, ésta sigue (al menos así lo demuestran los hechos) siendo utilizada, no sólo en el mundo académico, sino que se constituye en el ropaje ideológico de la política económica de los estados capitalistas y como instrumento que justifica la explotación. Tal como señalaran Magdoff y Sweezy, toda la ideología de nuestro tiempo sigue impregnada de la creencia de que los gobiernos de las sociedades capitalistas tienen el conocimiento y la habilidad para eliminar las fluctuaciones y las crisis. En todo caso, como en la sociedad capitalista la ideología de la clase dominante aparece como ideología de la sociedad, tal creencia es más bien típica de la burguesía y, particularmente de sus ideólogos y tecnócratas; pues para ellos, desde siempre, esta sociedad ha sido el mejor de los mundos posibles, y por tanto, las perturbaciones y las crisis, si no obedecen a los designios de Dios, constituyen por lo menos, fruto de la mala administración que del mundo hacen los hombres, y siendo así, son apenas epifenómenos de carácter coyuntural, y, por tanto, transitorios. De ahí los permanentes esfuerzos que, desde sus inicios ha hecho la teoría económica burguesa por apuntalar al sistema, buscando eliminar contradicciones que, siendo intrínsecas al sistema, mal pueden ser *eliminadas* por el solo arbitrio de medidas que emanan del estado burgués.

La aparente eficiencia de la política económica burguesa es un mito, pues, cuando logra poner a flote el sistema, a más del carácter transitorio de su logro, éste es posible con la sumisión

13/ *Ibid.*, p. 82.

de la mayoría de la población a condiciones de vida calamitosas, que son disfrazadas con una infinidad de índices promedios que agregan indiferenciadamente la opulencia y la miseria.

El carácter apologético de la teoría económica burguesa permite a ésta inferir que el todo social (cuya irracionalidad es explícita) tuviera un carácter armónico y gradual, de crecimiento por etapas: una sociedad donde, de existir clases sociales, éstas no son contradictorias y antagónicas, sino *complementarias*. Por ello, las categorías económicas son aprehendidas como *cosas*, y sus relaciones, las relaciones sociales, son también tomadas como relaciones entre objetos o, en el mejor de los casos entre objetos y hombres, pero nunca entre éstos, cuya posición y comportamiento están históricamente condicionados.

En efecto, tanto el carácter histórico (transitorio) como específicamente social de la economía, son eliminados por el pensamiento burgués, a pesar de que la realidad de los hechos cotidianos ponen un permanente mentís a tal concepción. Este procedimiento permite a los economistas burgueses hacer abstracción de los efectos sociales de las medidas que proponen en el contexto de la política económica de la burguesía, y aún a justificar la explotación y la miseria:

“Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos, dirá Keynes, son su incapacidad para procurar el pleno empleo y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos. . . (pero) hay justificación social y psicológica de grandes desigualdades en los ingresos y la riqueza, pero no para tan grandes disparidades como existen en la actualidad”.

Sobre este tipo de apreciaciones ideológicas se levanta todo el andamiaje de la política económica del estado capitalista, para la cual, por ejemplo, el manejo formalizado de “variables”, constituye una premisa fundamental para su funcionamiento. La dependencia o independencia de las “variables” están clasificadas en función de esta aprehensión acientífica, de ahí que en la realidad, tales “variables”, formando parte de la totalidad

social pierden las cualidades que les otorgó el pensamiento burgués. Sin embargo, ya puesto en escena, el arte de gestión así concebido, conduce a esquemas lineales y mecánicos, fríos instrumentos de manipulación económica que devienen mecanismos de explotación de la clase trabajadora. De ahí el carácter pragmático de la concepción burguesa de la economía, a la que ha convertido en un arsenal de recetas para “las investigaciones y pronósticos gubernamentales sobre la coyuntura económica y, en creciente medida, a las investigaciones y pronósticos de los grupos y firmas privados”, como lo señala el profesor G. Akley.

Por esto mismo, la política económica fundada en la concepción subjetiva y vulgar del mundo, hace abstracción del espacio y del carácter diferente del grado de desarrollo de las diferentes formaciones sociales que tienen las economías capitalistas. En efecto, dirá Friedman:

“... teóricamente, el problema económico es el mismo en una economía de Robinson Crusoe que en una economía agrícola atrasada, en una sociedad industrial contemporánea regida por principios comunistas o en una organizada sobre bases capitalistas”.

Esta profesión de fe, será recogida por los expertos en política económica de nuestros países y, en la práctica, impulsarán las medidas que emanan de tales concepciones. Por esta vía, se busca afanosamente una asepsia *in vitro* para la ciencia económica y, por ende, para la política económica en la que, todo lo que no es susceptible de cuantificación no es economía, especialmente aquellos elementos que tienen que ver con las instancias superestructurales de la formación social.

La crisis permanente del sistema capitalista, que adquiere ribetes explosivos periódicamente, se encarga de echar al suelo los mitos de la economía burguesa y crea la necesidad de revisarla. Así sucedió cuando la crisis de los años 29-33 puso en evidencia la inutilidad del pensamiento ortodoxo (para el cual el sistema tiene una tendencia inherente al equilibrio) y emergió hieráticamente la Teoría general de Keynes, misma que poniendo en evidencia las escilas del sistema, nunca dejó de tener

un trasfondo psicológico y subjetivo (*propensión* a consumir, *expectativas* de beneficios, etc.), pero que se habrá de convertir —hasta ahora— en el instrumental próximo al ideal en la política económica burguesa. La nueva modalidad del pensamiento burgués servirá, en adelante, de base teórica en gran parte de los países capitalistas; y, en Latinoamérica será aceptada sumisamente por parte de la burguesía dominante-dominada, y donde, transgrediendo la realidad, se *aplica* tal concepción, sin atenerse a definir las características de la formación social. Bajo esta modalidad de pensamiento, aparece la idea de que el Estado, convertido en una especie de *Deus ex machina*, pueda disolver el drama de la sociedad capitalista; y el papel asignado a este demiurgo desclasado y ahistórico, se circunscribe a garantizar la “tasa de remuneración básica” a los propietarios de los medios de producción. En este sentido, la política económica del estado se encaminará a cumplir este fin, antes que cualquier otro: “Si éste (el Estado) —dirá Keynes— es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar. . . la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde.”

Entonces, para la teoría económica burguesa el estado será, desde ahora, el que en *cooperación* con la iniciativa privada, trate de impulsar el curso de la economía, y con su acción posibilitará que la acumulación del capital se materialice adecuadamente en medio de la anarquía en la producción y en los precios.

Desde luego, la necesidad de intervención del estado en la economía no constituye ningún invento de los teóricos de la burguesía, sino que es fruto del mismo desarrollo capitalista. Lo que los pensadores burgueses han hecho es simplemente evidenciar, *a posteriori*, esta necesidad, pues en los momentos de agudización de la caída de la cuota de ganancia, uno de los elementos fundamentales para contrarrestarla es, justamente, la intervención del estado burgués, para asegurar el proceso de acumulación capitalista.

Los diferentes matices que adquiere la política económica en las sociedades latinoamericanas, no significa que sean alternativas de solución a la problemática de estos pueblos, pues,

si algo las puede homogenizar es el hecho de estar inmersas en el modo de producción capitalista y de manera subordinada al desarrollo del sistema capitalista mundial. Este hecho no puede ser explicado científicamente por la burguesía, peor aún resuelto en la práctica (sea reformista o desarrollista) de una política económica que sumida en el fango del interés del capitalismo “nacional” y del imperialista, se convierte en la negación de una “salida” para las mayorías de este continente. A pesar de estas aparentes incongruencias, la burguesía sabe a dónde quiere ir, pues la instrumentalización que practica busca actualizar el sistema, modernizarlo y ajustarlo a las necesidades del capital; no importa cómo, pero, en última instancia, defendiendo el establecimiento.

Entonces, toda la constelación de instancias e instituciones que conforman el universo de la política económica persiguen, dentro del sistema, arribar a “etapas superiores” de desarrollo, pero al hacerlo, no consigue otra cosa que agudizar la dependencia, una mayor monopolización de la economía; y —este es el precio— una mayor explotación de la clase trabajadora. Esto lo comprobarán, socarronamente sorprendidos, los expertos de la CEPAL:

“La naturaleza de los instrumentos de política a disposición del Estado, las concepciones económicas que rigen el uso de esos instrumentos, las condiciones establecidas por las fuentes externas de financiamiento y las enormes diferencias en cuanto a la capacidad de autodefensa de grandes grupos de la población determinan que el mayor peso de las medidas adoptadas para hacer frente a la crisis continúen afectando a estratos cada vez mayores de la población nacional, a través del estancamiento o disminución del ingreso real y de sus perspectivas de empleo.¹⁴

Frente a este panorama y a estas perspectivas de los pueblos sojuzgados del continente, se abre el horizonte amplio y esperanzador de la sociedad socialista que se construye en Cuba y cuyo proceso, en Chile, fuera detenido a sangre y fuego por el fascismo carnicero de Pinochet. Así, a diferencia del pa-

14/ CEPAL: *Tendencia y proyecciones*, . . . *Ibid.*

norama del resto de América Latina, el Comandante Fidel Castro, describirá a la Cuba de hoy (antítesis de lo que ocurre en nuestros pueblos):

“Hoy podemos proclamar con orgullo que somos un país sin desempleo, sin discriminación racial, sin hambrientos, sin mendigos, sin juego, sin prostitución, sin drogas, sin analfabetismo, sin niños descalzos y carentes de escuelas, sin barrios de indigentes y sin enfermos abandonados a su suerte. Nuestra educación y nuestra salud pública son modelos de éxitos sociales que causan la admiración de muchos del mundo”.¹⁵

En consecuencia, las alternativas a escoger no plantean términos medios: seguir inmersos en el tobogán del capitalismo que erige su existencia y desarrollo sobre la explotación despiadada de la clase trabajadora del continente, o buscar la alternativa socialista. A fin de cuentas, socialismo o barbarie: tal es la alternativa.

^{15/} *Balace de la Revolución, Discursos en el Primer Congreso, Fidel Castro, Ediciones Cultura Popular, 1976, México, página 55.*

FILOSOFIA DE LA SEGUNDA REFORMA UNIVERSITARIA

Manuel Agustín Aguirre

Luego de agradecer la invitación que se me hiciera a participar en este III Encuentro de Filosofía, deseo expresar que me limitaré, dada la extensión del tema, a unas cuantas notas que permitan la reflexión y discusión, que considero es el objetivo de este encuentro.

I. ANTECEDENTES

Asumí el Rectorado de la Universidad Central después de una larga lucha que amplios sectores universitarios, lleváramos adelante valerosamente contra la Dictadura militar de 1963-1966 y la aplicación del conocido modelo modernizante que, bajo la dirección de la Universidad norteamericana de Pittsburgh y financiado con préstamos del BID, se intentara imponer a nuestra Institución. Se trataba de la Universidad departamentalizada, empresarial, "elitista", limitada y a tiempo completo,

**/ Conferencia pronunciada por el Dr. Manuel Agustín Aguirre, el 23 de junio de 1978, en el III Encuentro Ecuatoriano de Filosofía, realizado en la Universidad Católica de Quito.*

“eficiente”, “racionalizada”, “tecnológica” y sobre todo “despolitizada”, que debía formar los cuadros tecnocráticos que requerían las empresas multinacionales, que habían penetrado y dominaban los sectores industriales claves de América Latina y el Ecuador, reduciendo a las llamadas burguesías nacionales, donde existían y aspiraban realizar proyectos de desarrollo industrial autónomo, en menudos socios de aquellos complejos supranacionales, en una nueva división internacional del trabajo.

El inspirador de esta integración o sometimiento de nuestras Universidades a los modelos de las norteamericanas, fue el señor Kennedy, con la cooperación de la OEA, el Departamento de Estado, a través de la Secretaría de Educación y Cultura y más Organismos especializados como AID, USAID, el BID, el Banco Mundial, etc. y fundaciones como la Rockefeller, la Ford, la Keller, la Carnegie y muchas otras, bajo las consignas de la Ley de Educación Internacional y la acción de teóricos como los Kerr, los Atcon y otros de igual condición. Su filosofía, el neocapitalismo, tecnocratismo, empirismo, pragmatismo, positivismo y neopositivismo.

Este proceso de modernización universitaria, no era otra cosa que un ajuste de la Universidad tradicional a las nuevas condiciones de un capitalismo neocolonial; a los requerimientos de un sector industrial en desarrollo; una adecuación del contenido de la enseñanza a las normas de la ciencia y la técnica internacionales y una vinculación, cada vez más estrecha, con los centros de dominación mundial, especialmente los Estados Unidos de Norteamérica.

Nuestra Segunda Reforma Universitaria,¹ recogía y profundizaba algunos postulados democratizantes de la de Córdoba del 18 y proyectaba ciertas transformaciones significativas, no porque creyéramos que la Universidad por sí sola pudiera ha-

1/ *El nombre, que ha sido discutido o suprimido como un medio de ignorar o atacar la Reforma, se debió a que considerábamos que la Reforma de Córdoba, constituyó la primera que tuviera un carácter latinoamericano, antimperialista y de unidad con los trabajadores. Una de sus consignas: “Obremos y estudiantes unidos y adelante”, todavía es coreado por los estudiantes de nuestras Universidades.*

cer la revolución, ya que eso es una utopía, sino en el sentido de que debía proyectarse hacia afuera y permanecer en contacto con las fuerzas motrices de esa revolución, como el proletariado y sus aliados; porque aspirábamos a que las nuevas fuerzas universitarias, desarrollando una conciencia crítica, pudieran incorporarse a las fuerzas liberadoras; que la Universidad en vez de ser un simple altavoz de reproducción y difusión de dudosos conocimientos ideológicos provenientes de aquellos Organismos Internacionales, se transformara en una Institución ligada a los problemas e intereses de las masas trabajadoras ecuatorianas.

Pero apenas iniciábamos nuestra acción, las fuerzas reaccionarias de dentro y fuera de la Universidad, que comprendieran los propósitos de la Reforma, su filosofía, mejor y más claramente que ciertos sectores de una llamada "izquierda", emprendieron una lucha en todos los frentes, hasta producir la clausura de la Universidad Central y otras Universidades del país, por la quinta dictadura de Velasco Ibarra, (ya que todos sus efímeros gobiernos fueron dictaduras, constitucionales o no) dejando nuestra tarea apenas iniciada. Nos proponemos hacer algunas consideraciones sobre este noble propósito, que ha sido deformado, desvirtuado, malinterpretado, saqueado cuando se ha creído conveniente, sin que se presentara ninguna alternativa digna de mención, por aquellos sectores que luego de la apertura de la Universidad se apoderaron de ella para hundirla en una de sus más graves crisis.

Por eso es necesario no confundir lo que quiso ser y hacer la Segunda Reforma Universitaria, con la situación actual de la Universidad, ya que con la clausura, la apenas iniciada Reforma quedó inconclusa y lo que se hiciera posteriormente no fue una aplicación consecuente de la misma, sino mejor su negación.

II. LA UNIVERSIDAD COMO APARATO IDEOLOGICO DEL ESTADO

Desde que Marx y Engels formularan la tesis de que las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante en cada

época, que la clase que ejerce el poder material ejerce también el poder espiritual y que las ideas dominantes son la expresión de las relaciones materiales dominantes,² no se habían hecho estudios sobre las formas concretas o sea de los aparatos que realizaban esta función ideológica. Han de ser Gramsci y luego Althusser los que se preocupan ya no sólo de los aparatos de represión del Estado (leyes, tribunales, cárceles, policía, ejército), sino de aquellos otros aparatos que no utilizan directamente la violencia sino el convencimiento, la persuasión, a los que se ha llamado aparatos ideológicos del Estado, entre los que se distinguen, en los tiempos modernos, los organismos escolares o sea el sistema educativo de las diferentes escuelas públicas y privadas, que se halla coronado por la Universidad.³

Al tratarse de la Universidad latinoamericana y ecuatoriana, nosotros creemos que aceptando en términos generales las tesis enunciadas por Althusser, que requieren un mejor estudio y afinamiento, deben hacerse algunas connotaciones, en razón de que nuestras Universidades, debido a la estructura económico social especialmente compleja en la que se hallan insertas, se diferencian de las europeas, ya que entre nosotros el Estado utiliza mucho más el aparato de represión que el de convicción o ideológico, como lo demuestra toda la historia de la Universidad latinoamericana. La conquista de la autonomía universitaria, aunque bastante artificial, ya que el verdadero poder se ejerce desde fuera de la Universidad y mucho menos desde dentro, donde no puede hablarse de gobierno sino quizás de simple administración, de todas maneras ha significado una lucha constante del estudiantado contra el control directo del Estado, que generalmente ha considerado a la Universidad como su enemigo político fundamental, al que hay que aplastar por todos los medios.

Esta situación objetiva de la Universidad, que le ha permitido generar a la sombra de dicha autonomía, posiciones ideológicas muchas veces contrarias a la oficial, se ha expresado últi-

2/ *La Ideología Alemana. Ed. Pavlov. Pág. 231.*

3/ *Véase Louis Althusser, Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado. Ed. Oveja Negra.*

mamente en la violencia sanguinaria que los Estados neofascistas del Cono Sur, por ejemplo, han desencadenado contra numerosas universidades con el fin de someterlas, llegando al asesinato de profesores y estudiantes y borrando del mapa universitario Facultades enteras y materias que eran calificadas y consideradas como subversivas. La historia de la Universidad ecuatoriana no ha sido menos conflictiva.⁴ Por ello, absolutizar la afirmación de que las universidades son aparatos ideológicos del Estado, conlleva el riesgo de cometer ciertos errores que pudieran paralizar la lucha por su transformación.

La Universidad no es un todo homogéneo ni aislado de la sociedad y nuestra Universidad se halla inscrita en una compleja formación económico social en la que coexisten diversos modos de producción, debido a su desarrollo desigual y combinado y en la que predomina un capitalismo poco desarrollado y neocolonial. Por eso la lucha de clases y sobre todo la ideológica, no sólo se produce en el seno de la Universidad sino que ésta refleja las que se realizan en su contorno social. De allí que en la Universidad encontremos coexistiendo y en lucha, diversas corrientes filosóficas, ideológicas, desde el escolasticismo dogmático, autoritario, jerárquico y verbalista, que aún supervive desde la época colonial; el liberalismo de la "bella época" que hace del individuo una realidad esencial, basada en una espontánea y optimista armonía entre la razón individual y universal, entre el individuo y la sociedad, entre el interés individual y social, que utiliza el materialismo en su ascenso y el idealismo en su tramonto, hasta las corrientes irracionalistas, positivismo, neopositivismo, pragmatismo, vitalismo, etc., filosofías del imperialismo, a las que me he referido otras veces.

Frente a todas estas filosofías e ideologías, que calificamos como idealistas y metafísicas, la Segunda Reforma Universitaria trata de oponer la concepción materialista y dialéctica del mundo, que rechaza la ideología tradicionalista; que no se encierra en la conciencia aislada del individuo; que descubre la in-

4/ Véanse los trabajos que sobre estos aspectos hemos presentado en los Encuentros de las Universidades Latinoamericanas realizadas en Bogotá y Caracas y publicados en los números 30 y 34 de la Revista "Desarrollo Indoeuropeo".

terrelación y contradicción entre el hombre y la naturaleza, a la que hay que humanizar por medio del trabajo, la ciencia y la técnica, al mismo tiempo que el hombre se humaniza a sí mismo; la contradicción entre el interés privado y el social; la lucha de clases y grupos sociales basada en la división del trabajo, la propiedad privada y la explotación, que niega la falsa e interesada armonía social; que pone al descubierto un mundo en permanente movimiento y transformación que se produce a través de las contradicciones, sin las cuales no puede comprenderse al universo, la sociedad ni el pensamiento; contradicciones que están conduciendo al sistema capitalista a su destrucción para la necesaria construcción del socialismo. Esta lucha filosófica, ideológica, había que llevarla en todos los frentes y en el terreno mismo de la ciencia, ya que no existe ciencia ni arte neutral y puro, que no tenga su ideología, así como en el fondo de toda ideología hay una filosofía, inclusive cuando se la niega.

III. EL PROBLEMA DEL INGRESO A LA UNIVERSIDAD Y LOS CURSOS PROPEDEUTICOS DE CULTURA GENERAL

Los enemigos de la Reforma de dentro y fuera de la Universidad, han empleado ese viejo método de deformar una cosa para combatirla mejor, al reducir dicha Reforma a la simple supresión de los exámenes de ingreso, aislando este hecho de toda la estructura y contenido de la Reforma y constituyéndolo absurdamente en la única causa de la crisis que vive la Universidad. Y aún los que defendieran dicha apertura democrática, lo han hecho únicamente desde un punto de vista unilateral.

No trataremos de justificar la supresión de dichos exámenes, invocando las circunstancias que viviera por entonces la Universidad, ya que no hay que olvidar que pocos días antes de que el H. Consejo Universitario dictara la resolución correspondiente, se asesinaran a 20 estudiantes en la Universidad de Guayaquil, que solicitaban el libre ingreso a los claustros universitarios. Y nosotros no podíamos permitir que se produjera otro episodio sangriento. Para justificar tal supre-

sión, nos bastaría colocarnos simplemente en el punto de vista pedagógico y analizar lo que significaban tales pruebas. Los exámenes se reducían a responder por escrito unas cuantas preguntas que en el mejor de los casos servían para valorar la memoria repetitiva de los estudiantes, pero de ninguna manera para demostrar su capacidad intelectual ni la asimilación de conocimientos, constituyendo las respuestas verdaderos golpes de suerte, de "lotería", decían los postulantes. Estas falsas pruebas, por lo demás, eran iguales para todos los alumnos que en su mayoría eran desiguales por su origen de clase, su posición económica y cultural, el nivel didáctico del colegio del cual egresaban, ya que no sólo existen diferencias considerables entre los colegios, bien o mal equipados, de la Capital, sino grandes abismos cuando se los compara con los de las provincias, a veces carentes de casi todo medio didáctico. A esto se agregaba una verdadera red de recomendaciones de personas influyentes en todos los campos, que constituían la puerta falsa por la que ingresaban una buena parte de los estudiantes. En síntesis, recogiendo la frase de los pedagogos Bourdieu y Passeron, se trataba de "la elección de los elegidos".⁵ En esta forma se marginaban además, muchos talentos, entre los discriminados.

Por otra parte, al preparar al bachiller, mal o bien, para el único camino que podía tomar, el ingreso a la Universidad, los no "elegidos" se hallaban condenados a llenar los intersticios de la burocracia o a la vagancia crónica, con perjuicio para sí mismos, su familia y el país. Podríamos también agregar que esta medida dio un golpe de gracia a la Universidad elitista, para transformarla en Universidad abierta, que si desgraciadamente, no llegó a beneficiar a la clase proletaria, cuyos hijos apenas si pueden terminar la enseñanza primaria, permitió el ingreso de jóvenes pertenecientes a estratos populares que no hubieran podido hacerlo en la Universidad anterior a la Reforma.

Sin embargo hay que decir, en honor a la verdad, que el pensamiento de la Reforma no fue el de suprimir toda prueba sino el de reemplazar esta modalidad antipedagógica por una valorización más confiable y eficiente. Se trataba de la organi-

5/ *Los estudiantes y la cultura. La nueva colección Labor. Pág. 25.*

zación de un curso de orientación general que cubriera el primer año y al mismo tiempo que elevara el nivel cultural del estudiante, tan descuidado en la enseñanza secundaria, sirviera para poder valorar pedagógicamente sus capacidades a través de un año de trabajo escolar, al final del cual podría ser calificado como apto para adoptar una carrera profesional o profesiones intermedias de pocos años, que abrían numerosas posibilidades a los alumnos. Este primer año de cultura general no estaba organizado sobre la base tradicional de las humanidades clásicas, sino con materias de carácter social, que hoy constituyen el centro de la cultura, ya que nosotros rechazamos el arcaico concepto que la limita a las llamadas "nobles actividades del espíritu", concepto clasista, e incluimos en ella todo lo que el hombre ha creado y levantado sobre la naturaleza.

El mencionado curso se componía de las siguientes materias: Teoría del Conocimiento y Métodos de Investigación y con ello el estudio de la verdadera filosofía científica, la Dialéctica Materialista y el Materialismo Histórico, como una introducción necesaria al conocimiento de las ciencias. Problemas del mundo contemporáneo, que debía proveer al alumno de una comprensión, lo más amplia posible, de la contradictoria problemática de los grandes acontecimientos mundiales, dentro de cuya cadena estamos insertos, sin tener a veces una clara conciencia de ello. Problemas del Ecuador y América Latina, a fin de que el estudiante desde que llega a la Universidad se encuentre en permanente contacto con dichos problemas y conociéndolos, no sólo aprenda a interpretarlos sino que sienta la necesidad de transformar la dolorosa y desgarradora realidad que vive América Latina y el Ecuador. Castellano en un nivel superior, que elevara la capacidad de expresión oral y escrita de la que generalmente carecen los estudiantes para el discurso científico, político, etc. Y por último, una cátedra de Orientación Vocacional y Profesional, que les permitiera situarse, con acierto, en la Facultad correspondiente, a fin de evitar las contínuas evasiones que alcanzan un porcentaje sumamente elevado.⁶

6/ *El problema de la orientación vocacional y profesional es complejo ya que en la actual sociedad el estudiante se halla limitado por sus condiciones econó-*

Naturalmente este curso introductorio de cultura general, que cumplía el doble propósito de realizar la misión cultural que le corresponde a la Universidad y constituía un nuevo método racional de selección, implicaba numerosas dificultades: en primer lugar, el alto nivel pedagógico y de conocimientos de los profesores que debían cumplir tan alta misión. Estábamos conscientes de no contar con el número necesario para ello, pero esperar que se formaran, significaba la postergación indefinida de nuestro empeño. Se volvía indispensable prepararlos sobre la marcha y fue con tal fin, entre otros, que se proyectó la creación de un Instituto de Pedagogía Superior, que contribuyera a la formación de profesores cada vez más capacitados en el campo pedagógico porque es aberrante que mientras se forman profesores primarios y secundarios, jamás se haya pensado en la preparación del profesor universitario, que generalmente y en el mejor de los casos, es seleccionado con criterio profesional, sin cuidarse de las aptitudes pedagógicas de quienes deben aspirar a ser maestros de juventudes. Otro riesgo era el de que se pudiera vaciar el contenido de tales asignaturas convirtiéndolas de fuerzas formadoras y transformadoras, en un simple formalismo academicista, o en un oportunista manipuleo politiquero. Y por último, que los estudiantes, especialmente aquellos orientados hacia profesiones técnicas, no le dieran la importancia que mereciera este curso introductorio. No hemos podido obtener los datos necesarios para una conveniente valoración del resultado de estos cursos, cuya creación fue adoptada por casi todas las universidades ecuatorianas.

IV. EL MATERIALISMO DIALECTICO Y LA CIENCIA

Apenas si es necesario anotar las mutuas relaciones existentes entre la filosofía y la ciencia en cuanto a su objeto y su método. Comencemos por recordar que en la antigüedad la filosofía lleva en su seno a las ciencias, que se van desprendiendo de

micas; el peligro de error en la apreciación de sus facultades, etc.; pero este es un punto que no podemos desarrollar ahora. Véase Antonio Gramsci, "Los Intelectuales y la Organización de la Cultura, Ed. Lautaro, pág. 134.

su matriz de acuerdo con el desarrollo de las fuerzas productivas, al tiempo que la filosofía se vuelve cada vez más científica al analizar y sintetizar los resultados de la ciencia. Las dos se hermanan en la búsqueda de la verdad, aunque su ámbito sea diferente; mientras la filosofía tiene por objeto el universo entero (la naturaleza, la sociedad y el pensamiento), las ciencias tienen como objetivo parcelas determinadas de ese todo, que las constituyen en ciencias particulares. La filosofía, debido a sus principios postulativos universales se adelanta hacia los campos todavía no conocidos por la ciencia, que luego, al ser conquistados por ésta, ha de servir de confirmación o no a las tesis de aquélla, en una mutua interrelación dialéctica.

La definición generalmente aceptada de la ciencia como un conjunto de conocimientos con una base lógica, un método propio y un objeto determinado que permite la previsión, nos está hablando de la unidad y diferencia de estas dos disciplinas, ya que ha de ser la filosofía, la que a través de la lógica y la dialéctica, ha de proporcionar la línea metodológica general a la ciencia; y en cuanto al objeto, si la filosofía se refiere y constata la unidad material del mundo, la ciencia se enfrenta a las diferencias dentro de la unidad, ya que el mundo es diferencia y unidad al mismo tiempo.

Al hacer estas reflexiones me estoy refiriendo al materialismo dialéctico, cuyos componentes fundamentales, que sólo por razones didácticas pueden separarse, son: el materialismo filosófico o teoría materialista, que sostiene la primacía de lo material, del ser, sobre lo ideal, la conciencia; el método dialéctico materialista, que estudia la concatenación del universo y las leyes del movimiento y desarrollo del mundo objetivo y su reflejo en el pensamiento; la teoría del conocimiento, basada en la unidad y diferencia de la teoría y la práctica, y la filosofía del hombre, o sea de la liberación del hombre, que actualmente está siendo la gran preocupación de los filósofos.

El materialismo dialéctico se opone a la concepción metafísica (no dialéctica) del mundo en sus diversas manifestaciones, ya que mientras ésta lo considera y estudia como una cosa inmóvil en el espacio y el tiempo, aquél lo hace en sus interrelaciones y movimientos permanentes, ya que no puede exis-

tir materia sin movimiento y movimiento sin materia, puesto que el movimiento como el espacio y el tiempo, son propiedades esenciales de la materia y además eternos como ella, según lo han demostrado las ciencias.

El nuevo método constituye una contradicción frente a los métodos abstracto deductivo e inductivo experimental, en cuanto éstos, más o menos, aunque en forma inversa, hacen un uso abstracto de la razón y se complementan como los dos lados de una misma moneda; mientras que la dialéctica materialista parte de la razón dialéctica. Por ello la dialéctica materialista no excluye a la razón analítica, pero la critica y la niega dialécticamente, al considerarla como una parte del todo que es la razón dialéctica. En otros términos, si el pensamiento analítico se da en forma relativa y en determinados momentos, como identidad y no contradicción, lo absoluto es que el pensamiento es contradictorio. La misma contradicción reclama una relativa y momentánea identidad en los términos que se oponen contradictoriamente. Así, la razón dialéctica supera a la razón analítica pero no la suprime, mantienen una relación que se ha considerado análoga a la que existe entre las matemáticas inferiores y las superiores.

Nadie puede negar que la utilización del materialismo dialéctico se ha vuelto indispensable, dado el nivel alcanzado por la ciencia y la técnica. El conocimiento y el método científico se han desarrollado históricamente en correlación con el desenvolvimiento social y el avance de la ciencia. En la antigüedad, el desarrollo de las fuerzas productivas en la formación esclavista, nos dio el *Organon*, la Lógica formal parmenídico aristotélica y el método abstracto deductivo del conocimiento, que se expresa en el desarrollo de los Elementos de Geometría de Euclides y en las Matemáticas; método que en la Edad Media se vicia de un deductivismo apriorístico que degenera en el escolasticismo teológico. La época moderna y el ascenso del capitalismo nos trae con el Nuevo Organon de Bacon, la mecánica de Galileo y los principios de Newton, el método inductivo experimental. Más tarde con el desarrollo del capitalismo, sus profundas contradicciones y el ascenso del proletariado, surge la dialéctica, que teniendo sus antecedentes en Heráclito, Pla-

tón, Leibniz y sobre todo en Hegel, adquiere su máxima expresión en Marx.

“El salto impuesto por las ciencias en el dominio de la objetividad (las prácticas socio-históricas) han impreso su huella en los campos teóricos de la racionalidad. Ha quedado a un lado la vieja noción abstracto-formal de la razón. Esta razón quedó delimitada histórica y teóricamente en sus justos contornos. Su pretendida validez autónoma, producto del desarrollo de la filosofía, las matemáticas y la ciencia natural moderna, se desvaneció. Los nuevos estratos de la realidad —la historia, el mundo microfísico, el megalocosmos, lo biológico y lo psíquico, etc.— plantearon la necesidad de un nuevo método científico que rebasase los aldeanos límites de los métodos anteriores. Llegamos así al nudo histórico en que surge el nuevo método de investigación y exposición científica, que nace aparejado al materialismo histórico y demás ciencias sociales, en particular a su ciencia modelo, la economía política del capitalismo. No es por casualidad que el nuevo método incorporado por el marxismo, el método dialéctico-histórico, asuma sus proporciones propias de realización a nivel de la economía política del capitalismo, tal como el de Aristóteles se estructuró a nivel de la geometría euclidiana y el de Galileo en la mecánica de Newton. No podía ser de otro modo. La evolución actual de la ciencia, prácticamente en todos los dominios de la investigación, elaboración y exposición científicas, lo que hace es patentizar la fuerza y validez de este nuevo método. Marx aparece así como un Aristóteles/Euclides, como un Galileo/Newton.”⁷

Basta echar una mirada a la revolución científico-técnica que constituye un verdadero salto cualitativo en el conocimiento de las leyes del mundo objetivo, motivo de la ciencia, y la creación de los medios de producción, materia de la técnica, así como su integración al sistema productivo, que es lo que les da un carácter social, para confirmar nuestro aserto.

Si la revolución industrial (siglos XVIII-XIX) tiene como base la mecánica que impregna a todas las demás ciencias, inclusive a la filosofía, la revolución científico-técnica actual se basa en la cibernética y la automatización. Si la primera trata de reemplazar la fuerza física del hombre por medio de la utili-

7/ Núñez Tenorio. *Introducción a la Ciencia*. Vadell Editores. Pág. 166.

zación de la máquina, la segunda se empeña hacerlo en lo que se refiere a sus procesos mentales. Pero si esto puede realizarlo a nivel del razonamiento lógico formal, que constituye un nivel elemental del pensamiento, nos parece difícil, por no decir imposible, como se ha dicho, que se inventen ordenadores que reemplacen a la razón dialéctica, que es un razonamiento profundo y contradictorio, que sólo puede realizar el hombre.

La revolución científico-técnica ha traído, como ya lo anotara Engels en su tiempo, pero ahora con mayor intensidad, la interrelación de unas ciencias con otras, de manera que han comenzado a borrarse sus objetos propios y sus métodos, a penetrar las unas en las otras, salvando sus delimitaciones y fronteras como acontece con la físico-química, la bioquímica, etc. Pero esto se realiza en un proceso contradictorio que produce al mismo tiempo que una división y especialización, que crea nuevas ramas de la ciencia, un proceso de integración que las complementa, todo lo cual no hace sino confirmar las leyes de la dialéctica. Y este desarrollo científico-técnico que produce los efectos contrarios, división e integración, no sólo se realiza entre las ciencias naturales sino aún entre éstas y las sociales, ya que siendo la producción el impulso de ese desarrollo, allí se entrelazan, constituyendo una totalidad.

Durante el siglo XIX, con el fin de penetrar en los elementos que componen el universo y acumular conocimientos, hubo necesidad de desarticularlos y aislarlos, haciendo abstracción de su desarrollo y de sus relaciones, interrelaciones y contradicciones, lo que nos dio un conocimiento metafísico del mundo y la formación de numerosas ciencias, aisladas, separadas en departamentos estancos, que vigilan agresivamente sus fronteras y sus métodos. Esto repercutió y se mantiene en las Universidades y en su organización en Facultades y Escuelas, que viven ese aislamiento en lo científico y que forman un archipiélago en vez de una unidad. La Segunda Reforma Universitaria trató de renovar esta estructura aislante y estéril, estableciendo inicialmente unos centros de coordinación docente que, en realidad, no constituían sino el inicio de la solución al problema, pero que tendían hacia una organización que se

hallara de acuerdo con el proceso de integración que vive la ciencia. Es absurdo que se sigan enseñando las ciencias sociales, por ejemplo, en forma compartimentada, fragmentada, sin embargo de confluir todas hacia el conocimiento de la sociedad, que constituye una totalidad.

V. EL MATERIALISMO HISTORICO Y LAS CIENCIAS SOCIALES

La llamada ciencia burguesa no ha sido capaz de crear una verdadera ciencia de la sociedad. Comte con su sociología, como todos lo reconocen, nos dio con el término un programa o algo parecido, pero nada científico. Se limitó a trasladar, mecánicamente, las ciencias naturales como la Física, al conocimiento de la sociedad y al tratar de expulsar la filosofía de las ciencias, no hizo otra cosa que introducir de contrabando su filosofía positiva, el positivismo. Lo que intentó sacar por la puerta se le entró por la ventana. Y tras de él Spencer, Durkheim, Weber, Pareto. Pero mientras los positivistas, socialdarwinistas, energetistas, parificaban la naturaleza y la sociedad, los neokantianos como Rickert, Wildelband (escuela de Baden) divorciaban a la naturaleza de la sociedad y sostenían que si bien existía una ciencia de la naturaleza no podía existir una ciencia de la sociedad, ya que si en la primera se da la repetición de los hechos que hacen posible la generalización y la existencia de leyes, en la segunda sólo existe lo particular, que permite únicamente un conocimiento simplemente descriptivo, lo que constituye un aferramiento al empirismo con menosprecio de la teoría.

De allí proviene la sociología empírica, amontonamiento de datos que forman los "bancos de datos", que por útiles que fueran no pueden ser explicados por una teoría que rechazan, sobre todo si se trata del materialismo histórico. El reconocimiento de esta esterilidad ha llevado a los llamados científicos sociales burgueses como Marton y Parsons, a la formación de una *escuela estructural funcionalista*, cuya inconsistencia apologética ha sido puesta en solfa inclusive por algunos científicos sociales latinoamericanos.

Pero la verdad es que en las Universidades del Ecuador y me refiero concretamente a la Universidad Central, los profesores, con alguna rara excepción, nunca dieron otra enseñanza en las ciencias sociales, que no fuera la emanada de estas corrientes burguesas positivistas y más tarde neopositivistas, seudo-científicas, ideológicas, apologéticas, hasta la introducción que hace la Segunda Reforma Universitaria del estudio del materialismo histórico, ciencia y método, que constituye la verdadera ciencia de la sociedad.

En realidad, Marx y Engels descubren por primera vez y sobre una base materialista, las leyes de la estructura y desarrollo de la sociedad como una totalidad. Si el materialismo dialéctico se refiere a las leyes más generales de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, el materialismo histórico lo hace respecto a las leyes más generales de la sociedad, la humanidad. Marx y Engels no parifican ni divorcian a la naturaleza de la sociedad, sino que consideran a ésta como una prolongación de aquélla en una etapa superior, constituyendo una unidad y una contradicción dialéctica. El hombre es naturaleza pero también historia, sociedad; emerge de la naturaleza y se le contrapone al actuar sobre ella utilizándola como objeto y medio de trabajo para producir lo que requiere para subsistir; pero al transformar a la naturaleza y humanizarla, se transforma y humaniza a sí mismo. La sociedad hace al hombre y el hombre a la sociedad. El hombre aislado, el Robinson y las robinsonadas son productos de la imaginación. Los órganos sensitivos del hombre, su conciencia, el lenguaje, son fundamentalmente sociales. "La pretendida historia universal sólo es la producción del hombre por el trabajo humano". (Marx)

Si bien el materialismo dialéctico actúa como fundamento metodológico de todas las ciencias naturales y sociales y está presente como método del materialismo histórico, éste levanta sus propias categorías científicas y, a su vez, constituye una ciencia y método de las ciencias sociales particulares, la economía política, la historia, la política, la sociología, etc., cuyos resultados enriquecen sus principios, que dada su generalidad pueden ser considerados como filosóficos-sociológicos y que

en síntesis son: el ser social determina la conciencia social; el modo de producción, unidad contradictoria de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, es el determinante en último término, de la vida social; entre la estructura (base económica) y la superestructura (jurídica, política, ideológica, etc.) existe una correlación dialéctica compleja y multiforme.

El desarrollo objetivo de las formaciones económico sociales (comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo-comunismo) constituye la historia de la sociedad, de la humanidad, de acuerdo con el avance de la producción, que determina no sólo la estructura de cada formación social sino su desarrollo y transformación revolucionaria, cuando en su seno entran en contradicción las fuerzas productivas con las relaciones de producción, que se expresan en el capitalismo en la contradicción fundamental entre una producción que ha devenido social y la apropiación privada de sus productos y que agudiza la lucha de clases que ha de llevarlo a su transformación socialista. Esta es la lógica objetiva del desarrollo del proceso histórico general, de la historia universal de la humanidad que marcha de lo inferior a lo superior.

Conviene anotar que este esquema de fases lógico naturales no es inmóvil y puede ser alterado; ni que hemos de encontrar la verdad en el simple conocimiento de esta ciencia y su método, sino en la aplicación inteligente y creativa en cada sociedad concreta, que es mucho más compleja y viva que todos los esquemas. Y así como el método abstracto deductivo, se encarna en la geometría euclidiana y el inductivo experimental en la mecánica de Galileo y los principios de Newton, la dialéctica materialista y el materialismo histórico se encarnan en la obra modelo, "El Capital", en la que Marx estudia el modo de producción capitalista. No es la oportunidad de hacer un estudio de esta obra maestra, pero si deseamos consignar que en ella se encuentran las grandes creaciones y aportes, de la ciencia y la filosofía marxista; allí están los conceptos, las leyes y categorías que constituyen, según la expresión de Bachelard, una "ruptura epistemológica" respecto a las leyes y categorías de la antigua problemática económica de Smith Ricardo, por ejemplo, a las que se considera como permanentes e inmutables y

que Marx somete a una crítica implacable al situarlas en su contexto histórico. Su nuevo concepto de ley no es de carácter lineal de causa a efecto sino una relación estructural interna, necesaria y objetiva de los procesos.

Basándose en una reelaborada teoría del valor y con sólo agregar la palabra "fuerza" al concepto de trabajo, nos da la categoría de "fuerza de trabajo" que le permite penetrar en la esencia de la plusvalía, ya que lo que vende el obrero no es su trabajo sino su fuerza de trabajo, cuyo valor de uso produce un valor mayor que su valor de cambio, que es lo que recibe el obrero como salario, creando un excedente del que se apodera el capitalista. Se revela así lo que existe en la esencia de las relaciones capitalistas entre el trabajador y el empresario, que aparecen a simple vista, con un contrato libre entre dos mercaderes. Igualmente el análisis científico y no la especulación ideológica, pone en claro la falsedad de la fórmula trinitaria de la economía vulgar de los Say y Bastiat, que relaciona los pares, capital-interés, tierra-renta, trabajo-salario, relaciones superficiales y falsas (como las que hubieran entre los aranceles, las zanahorias y la música) que intentan presentar a los tres llamados factores de la producción como los creadores de sus respectivos ingresos, ocultando con la magia de una hechicería, las verdaderas relaciones con la plusvalía, que es la única fuente del interés, el beneficio y la renta. No deben pues confundirse los lazos fortuitos con los necesarios, los interiores con los aparentes y exteriores.

Y como lo que se estudia no son hechos, fenómenos o elementos inconexos y aislados sino procesos, relaciones, la dinámica que los mueve es la contradicción: comenzando con la mercancía como valor de uso y valor; trabajo concreto y abstracto, privado y social, intelectual y manual; explotadores y explotados, capitalistas y proletarios, lucha de clases, abundancia y miseria; organización en la fábrica y desorganización de la economía como un todo social; entre la máquina y el trabajador; las fuerzas productivas y las relaciones de producción y la contradicción fundamental entre una producción cada vez más social y el carácter privado de la apropiación, que

ha de llevar, a través de la revolución socialista, a la construcción de una nueva sociedad.

Marx, en sus investigaciones utiliza, con gran acierto, la abstracción que, como expresa, reemplaza al microscopio y los análisis de laboratorio, categoría que la usa ya en su propio sentido de abstraer, separar, apartar, dejando a un lado mentalmente las propiedades o los nexos que no son esenciales sino secundarios, que dificultan el examen del objeto de investigación, y que tanto sirve para la formación de los conceptos, categorías, teorías, como también para expresar lo exageradamente unilateral, lo mental, lo conceptual, como opuesto a la percepción sensorial, a lo empírico. La unilateralidad de la abstracción se supera con la ascensión a lo concreto, que para Marx tiene dos sentidos: como objeto que se estudia, que nos es dado por la sensación y la percepción sensoriales, que es el punto de partida de nuestra investigación y que como si dijéramos volatilizamos y esfumamos por medio de las abstracciones, para profundizar mejor su conocimiento, y que nos da como resultado el análisis científico, que descubre todos sus aspectos, lo concreto en el pensamiento, con todas sus múltiples nociones y determinaciones; de manera que lo concreto-abstracto resulta más rico que lo concreto inicial. De ahí que partiendo de lo concreto real se asciende a lo abstracto y luego a lo concreto, que refleja la naturaleza en forma más profunda y compleja. Lo concreto es el punto de partida y de llegada. Como dijera Lenin: "De la percepción viva al pensamiento abstracto y de éste a la práctica: tal es el camino dialéctico del conocimiento de la verdad, del conocimiento de la realidad objetiva".⁸

VI. NECESIDAD DEL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA

Lo que deseamos acentuar es que con el saber que proporciona la filosofía marxista, que es la filosofía de la praxis, cuya esencia es la crítica de lo existente y el conocimiento de la rea-

8/ Cuadernos Filosóficos. Ed. Políticas. Pág. 165.

lidad con el fin de transformarla para la liberación del hombre, los métodos que venimos propugnando, así como la economía política del capitalismo, se profundiza la capacidad del hombre en el conocimiento de la realidad como historia; que sin la categoría de la formación económico social no puede existir la ciencia social; que los llamados sociólogos estructural-funcionalistas, con sus sistemas sociales teóricos y sus bancos de datos prefabricados, no hacen otra cosa que levantar andamios para el mantenimiento y justificación del sistema; que en el Ecuador no podemos continuar viviendo de la hojarasca palabrera de los diluviales discursos políticos, ni de los informes prefabricados de los funcionarios de los grandes organismos económico financieros internacionales, con toda su carga de ideología neocapitalista y tecnocrática imperialista.

El materialismo dialéctico e histórico y la economía política del capitalismo, nos dan los medios idóneos para penetrar en la realidad sin quedarnos en la superficie de los fenómenos. Ni el método fenomenológico simplemente descriptivo, ni las concepciones especulativas abstractas, ni el empirismo rastreo, nos permiten llegar a la esencia (unidad entre lo particular y universal, lo abstracto y lo concreto) que se expresa a través de los fenómenos, utilizando el pensamiento teórico dialéctico que nos permite descubrir las verdaderas leyes que son las relaciones esenciales y necesarias que subyacen en el interior de los mismos. Si nos atuviéramos a los simples fenómenos sin penetrar en su esencia, la ciencia resultaría innecesaria. La ciencia no es una ancha calzada por la que podemos trajinar fácilmente sino el esfuerzo que requiere ascender por los pedregosos senderos que conducen a la cima de la montaña.

Sin el conocimiento del nivel de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sus correlaciones y las contradicciones que se encuentran en todos los procesos; sin el análisis de las clases sociales y sus luchas, con sus características específicas, etc.; no se puede conocer la verdadera formación económico social ecuatoriana, de extrema complejidad por su desarrollo desigual y combinado, en la que coexisten diversos modos de producción, y en la cual hay que asir la relación fundamental que articula y determina a todas las demás. Hay quie-

nes sostienen que el Ecuador es un país feudal o semifeudal y esperan la resurrección del gran caudillo Alfaro para llevar adelante su inconclusa revolución democrático burguesa o democrático nacional; habemos otros que sostenemos que las relaciones fundamentales son capitalistas y probada la imposibilidad de un desarrollo dentro del capitalismo, dadas las condiciones externas e internas, condenamos el reformismo y el desarrollismo, que son la misma cosa, y planteamos la necesidad de una revolución socialista. Esto nos demuestra la urgencia teórica de descubrir plenamente esta realidad para orientar con acierto la actividad práctica necesaria, ya que la práctica es el principio y el fin de la teoría. De ahí que consideráramos que la investigación, el estudio de la realidad y los fundamentales problemas del país y sus correspondientes soluciones, constituye una misión primordial de la Universidad.

Por ello nos satisface que las nuevas generaciones de científicos sociales, (economistas, sociólogos, historiadores, etc.) desde dentro o fuera de los Institutos de Investigaciones económico-sociales de la Universidad ecuatoriana, se hallen realizando serias investigaciones sobre estos temas que contribuirán enormemente a un mejor conocimiento de la realidad ecuatoriana, para su transformación. Y no creo que pecamos al decir que a todo este movimiento científico, que constituye una verdadera renovación cultural, ha contribuído en buena parte la Segunda Reforma Universitaria, que abrió el camino a tales estudios, pues antes de ella no sólo no constaban en ningún pensum ni texto de enseñanza alguno, sino que inclusive su mención estaba condenada por la ortodoxia académica.

Naturalmente, el simple conocimiento de estas ciencias y métodos no nos dan las verdades hechas, ya que estas provienen de una correcta aplicación a la realidad concreta y objetiva, cosa que no es fácil y requiere una seria y severa investigación, en la cual hay que evitar el dogmatismo, que constituye la aplicación mecánica de los principios y experiencias de otros países al nuestro, que tiene sus propias especificidades, sacrificando lo particular o singular a lo universal; ni tampoco caer en la excesiva acentuación de lo particular y especí-

fico, que conduce al revisionismo, al empirismo y la negación de la ciencia general.

Pero todo ello no debe quedarse en el simple conocimiento e interpretación de esa realidad; impone la necesidad imperiosa de transformarla; hay que unir la teoría a la práctica, el conocimiento a la acción, la sabiduría al quehacer revolucionario, como lo hicieron Marx, Engels, Lenin, para alcanzar la inaplazable transformación que requiere el Ecuador.

VII. LA TEORIA Y LA PRACTICA EN EL CONOCIMIENTO Y LA ENSEÑANZA

Quisiéramos simplemente anotar que, para los que profesamos el materialismo dialéctico, la unidad indestructible de la teoría y la práctica, la praxis, constituye el eje de la teoría del conocimiento y de la forma de transmitirlo.

En la primera etapa de la ciencia hay una práctica empírica, que es un conocimiento ideológico que aspira a ser ciencia. En la actividad productiva el hombre va descubriendo y comprendiendo los fenómenos, sus propiedades, sus relaciones, sus leyes, que han de crear la teoría, la misma que, a su vez, se afianza y comprueba con la práctica. “El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, —dice Marx— en la Segunda Tesis sobre Feuerbach, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir la realidad y el poderío y la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico”.⁹ Es claro que no existe sólo la práctica productiva empeñada en la transformación de la naturaleza, sino la práctica política, la lucha de clases, que busca la transformación revolucionaria de las estructuras sociales, de las relaciones de producción, el cambio del sistema, de la sociedad. Así como la práctica ideológica, empeñada en renovar la conciencia de los hombres. A éstas, algunos agregan lo que Althusser ha llamado la práctica teórica, que tiene como materia prima el conocimiento y trabaja con los

9/ Marx y Engels. *Obras Escogidas*. Tomo I, pág. 7.

conceptos, las representaciones, teorías y especialmente las prácticas ideológicas que, sometidas a una rigurosa elaboración, nos dan la teoría científica. Estamos de acuerdo con aquéllos que consideran que esta práctica teórica desborda y falsea la concepción de la praxis marxista.

Pero lo que deseo acentuar es que mientras los filósofos tratan de unir en sus conceptualizaciones la teoría y la práctica, la realidad capitalista con su división de clases, las escinde y polariza. Así tenemos que la división del trabajo en manual e intelectual, que para nosotros es una de las más graves contradicciones del sistema, se ahonda en la Universidad, al dedicarse a formar teóricos sin conexión con el trabajo productivo, con la práctica social correspondiente, y cuando ésta trata de realizarse, se lo hace en forma artificial, unilateral y falsa. Recuerdo, por ejemplo, la pertinaz queja de los estudiantes de Agronomía de la Universidad Central, cuando irónicamente denunciaban que se les enseñaba a ordeñar vacas en el pizarrón. Esto no sólo divide actividades tan íntimamente relacionadas como la teoría y la práctica, que han de nutrirse mutuamente, sino que confiere a los trabajadores intelectuales una categoría que los supervalora frente a los trabajadores manuales y abre la puerta al racionalismo abstracto o al empirismo subjetivo, que deforman la ciencia y el conocimiento.

Y aquí perdonen una pequeña digresión: no es que nosotros creyéramos, como alguien absurdamente ha supuesto, que con el acercamiento que, dada nuestra actividad sindical y universitaria, promoviéramos entre los trabajadores y estudiantes, los trabajadores intelectuales y manuales, íbamos a suprimir la división entre el trabajo manual e intelectual, entraña del capitalismo y que sólo puede desaparecer con el triunfo del socialismo, en el cual se combina el estudio con el trabajo y se adopta la enseñanza politécnica cuyo objetivo es desarrollar todas las facultades para hacer del hombre no un ente unilateral y parcelado por la división del trabajo, sino un ser integrado y completo, omnilateral. No es que cayéramos en las elucubraciones de filósofos como Garaudy, Fischer y otros, que invocando la revolución científico-técnica, que incrementa proporcionalmente el porcentaje de los trabajadores intelectuales en

relación con los manuales, confirieran a aquéllos el papel de vanguardia en la lucha social, con detrimento de la verdadera vanguardia revolucionaria que corresponde al proletariado, lo que hiciera igualmente Marcuse, que levantara la bandera del movimiento juvenil, los estudiantes, las minorías raciales o los desclasados. Ni tampoco hemos pensado como aquéllos que, invocando erróneamente a Marx y su concepción del “obrero colectivo”, el “trabajador colectivo”, sostienen que esto significa la fusión de los obreros y los trabajadores intelectuales y empleados, cuando aquél expresó concretamente que continuaban manteniendo su heterogeneidad social; que la división del trabajo manual e intelectual es inherente al capitalismo y que desde la división manufacturera del trabajo, el capital levanta frente al obrero como propiedad ajena y poder dominador, las potencias espirituales del proceso material de producción.

Y cuando promoviéramos la Universidad obrero-campesina, tampoco éramos tan ingenuos para considerar que con ello íbamos a saldar las diferencias entre el trabajo productivo y el intelectual (para los críticos sólo era abrir apetitos individuales de ascenso a los trabajadores, suposición que trata de denigrarlos), sino llenar una vieja aspiración que venía desde las masas sindicales y el deseo de dar una muestra palpable, aunque sea limitada, de esa unidad de trabajo y estudio que los trabajadores han de alcanzar cuando su lucha derroque un régimen basado en tan profundas contradicciones, como las existentes entre el trabajo manual e intelectual.

Pero lo que sí hemos creído y promovido continuamente, siguiendo a Lenin, es la alianza cada vez más estrecha de los obreros, campesinos y estudiantes, trabajadores manuales e intelectuales, acentuando el concepto de que existen cada día más científicos, técnicos, maestros, literatos, artistas, etc., que comprenden la necesidad ineludible de transformar el régimen capitalista en socialista. Y aquí es necesario mencionar también a “los filósofos que no han hecho más que *interpretar* de

diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo".¹⁰ "Así como la filosofía encuentra en el proletariado su arma *material*, así el proletariado halla en la filosofía su arma *espiritual*, y apenas la luz del pensamiento haya penetrado a fondo en este puro terreno popular, se cumplirá la emancipación del alemán en hombre. El cerebro de esta emancipación es la *filosofía* y su corazón es el proletariado: el proletariado no puede ser emancipado sin la realización de su filosofía".¹¹

Jamás había existido un mayor acercamiento entre los obreros, el pueblo trabajador y los estudiantes, que actuaron unidos, decidida y valerosamente frente a la agresión gubernamental, que llegara a colocar en la Editorial Universitaria, una bomba de alto poder explosivo, que la destruyera casi totalmente.¹² Esta solidaridad de los trabajadores con la Universidad, que más tarde rompiera deslealmente el grupo que se adueñara de la misma, se expresó en una serie de actos, como aquella Asamblea multitudinaria que se realizara como respaldo a nuestra Institución. Y hay quienes llaman a esta alianza obrero estudiantil, "populismo utópico".

Volviendo a la unidad y diferencia, al mismo tiempo, de estas dos importantes categorías, la teoría y la práctica, hay que reiterar que esta constituye la comprobación de la verdad. Muchas teorías han demostrado en la práctica que son verdades incompletas o erróneas y al ser ratificadas o rectificadas, ha podido distinguirse lo verídico o falso que había en ellas. La práctica es el crisol, la piedra de toque, que nos permite la verificación de la verdad.

La aplicación cada vez más amplia del materialismo dialéctico e histórico y el desarrollo, sobre todo en los últimos tiempos, de las ciencias sociales, ha impuesto como criterio determinante de verificación del conocimiento de lo verdadero, la objetividad (que no es lo mismo que objetivismo) y las prácti-

10/ Marx, *Obras Escogidas*. Ed. Progreso. Tomo I, pág. 11.

11/ Marx, *Prólogo a la Filosofía del Derecho de Hegel*. Ed. Claridad, pág. 22.

12/ Después se llegó a constatar que quién ordenó colocar la bomba destructora, fue el por entonces Ministro de Defensa, probado miembro de la CIA.

cas sociales. La verdad ya no es aquella simple concordancia abstracta, lógica, del pensamiento consigo mismo, ni la simple adecuación empírico-realista del pensamiento y el objeto, sino la unidad y contradicción dialéctica de la teoría y la práctica, que resuelve el intrincado problema idealista gnoseológico de las relaciones sujeto-objeto, que llena innumerables páginas de la historia de la filosofía.

VIII. LA UNIVERSIDAD Y LA INVESTIGACION

La introducción, ya en el primer año, del estudio de métodos de investigación, demuestra el interés de la Reforma por la investigación científica como propósito fundamental. No es del caso entrar en la discusión que ha ocupado a numerosos filósofos acerca de si la Universidad debe o no practicar esta tarea, pues mientras José Ortega y Gasset, Max Scheler, Maritain, por determinadas razones, niegan esta función universitaria, otros como Schelling, Fichte, Schleiermacher, Jasper, la consideran indispensable y necesaria.¹³ Nosotros como latinoamericanos y ecuatorianos creemos que investigar es una de las misiones primordiales de la Universidad, en países como los nuestros en los que todo está por redescubrirse y conocerse.

En América Latina y para referirnos a los recursos naturales, como los minerales, sólo el 50/o del área total ha sido mapeada geológicamente. Entre el 8 y 100/o de los suelos de la región en escala de reconocimientos; los mapas semidetallados en 4 o 50/o del área, y los detallados en un 10/o. Menos aún en el caso de los recursos forestales y las aguas subterráneas, que se refiere a la fase más primaria. El atraso tecnológico en la agricultura se refleja en los bajos rendimientos. No existe prácticamente investigación tecnológica en las empresas industriales que viven de la llamada transferencia tecnológica que constituye un vil mercado del conocimiento transformado en explotación y en el más pesado eslabón de la cadena de nuestra dependencia.

13/ Risieri Frondizi. *La Universidad en un Mundo de Tensiones*. Ed. Paidós. Págs. 133 y siguientes.

Al referirnos al Ecuador, las condiciones son mucho más lamentables ya que no existe ninguna política relacionada con un plan nacional de investigación científica y técnica, que relacione, coordine y centralice los diversos organismos desperdigados que la practican. Para referirnos al tema de transferencia de tecnología consignaremos unos pocos datos:

“El valor estimado de las remesas enviadas al exterior por 43 empresas, durante el año 1968, asciende a 21.5 millones de sucres (1.2 millones de dólares) y, ampliando esta estimación, se podría sostener lo que significa que el total de los pagos al exterior realizado por toda la industria nacional había alcanzado un monto de 6 millones de dólares, o sea el 0.37o/o del PIB generado en ese mismo año. Esta cifra, si se la compara con el 0.4o/o del PIB que paga Colombia, que posee una industria más desarrollada o con el 0.166 que paga México, permite colegir que el Ecuador abona un valor equivalente al de Colombia y 2.2 veces más que México, a pesar de tener una industria más liviana y menos compleja y sofisticada”.

“La mayor parte del conocimiento científico y técnico se halla amparado por procedimientos secretos de elaboración (know-how) o por patentes, de tal manera que su adquisición sólo es posible mediante la participación de las empresas extranjeras en la inversión de las empresas nacionales o por medio de la suscripción de convenios en los que se estipula la entrega del conocimiento. Otra forma de adquirir conocimiento, sin intervención de la Empresa foránea, es mediante la compra de patentes que amparan procesos o productos implicando, en cualquier caso, un costo para la empresa y el país. Se ha estimado que un grupo de empresas ecuatorianas ha debido pagar en el año de 1970 un valor equivalente al 0.38o/o del PIB, en concepto de regalías, porcentaje casi equivalente al que paga Colombia y 2.2 veces más que el que paga México, a pesar de que la tecnología de producción de la industria ecuatoriana es sin duda menos compleja y sofisticada que la de los países citados”.¹⁴

14/ Junta de Planificación. *Algunas características de la transferencia de Tecnología.*

Esto demuestra el nivel de dependencia científica y tecnológica a que estamos sometidos, en el proceso de integración continental que, en lo económico, político, científico, cultural y militar nos imponen los Estados Unidos, integración para el sometimiento y la servidumbre; porque existe otro tipo de integración que nosotros propugnamos, la integración de los países latinoamericanos en la gran nación, la patria grande que soñara Bolívar y que sólo será posible con la unidad de los Estados Socialistas de América Latina.

La Segunda Reforma Universitaria planteó la necesidad de que la Universidad propugne el cultivo de una ciencia y una técnica en lo posible autónomas, a base de una investigación coordinada y convenientemente planificada no sólo dentro de la Universidad Central sino en colaboración con todas las demás Universidades del país, para lo cual se creó un Centro de Investigación Científica e Institutos de alto nivel que pudieran llevar adelante tal tarea. No se trataba de la invención de una ciencia nueva, nacional, ecuatoriana, porque la ciencia es universal; pero eso mismo no impide sino que impone a la Universidad su misión de investigación y creación de ciencia y cultura. Tampoco se trataba de cerrar la puerta a la ciencia y la técnica que nos viene de fuera, pero sí de asimilarlas críticamente y aplicarlas de acuerdo con las necesidades y conveniencias de la realidad de nuestro país.

Alguien, que no llegara a comprender el verdadero sentido de este propósito, ha señalado que este planteamiento en la actual fase del capitalismo y la internacionalización del capital, significa "objetivamente el absurdo de retroceder la historia". No queremos calificar esta actitud que parece soldar nuestro progreso al desarrollo de la "big science" empresarial y multimillonaria; constituyendo a nuestros científicos, técnicos e investigadores, en cumplidos servidores de la explotación y el espionaje científico. Preferimos creer, para no sacar las necesarias consecuencias de aquella posición entreguista, que se confunde autonomía con autosuficiencia, porque como dice Amílcar O. Herrera: "Autonomía no significa, por supuesto autosu-

ficiencia, porque ningún país del mundo es autosuficiente en el terreno científico. Significa simplemente la capacidad de tomar decisiones basadas en las propias necesidades y objetivos en todos los campos de la actividad social, utilizando la creación científica generada dentro o fuera de la región. En suma, supone alcanzar el grado de autodeterminación que, en el terreno científico, poseen los países más avanzados".¹⁵ A lo que agrega Oscar Varsavsky: "Corolario: la autonomía científica debe defenderse a toda costa, así como también las demás formas de independencia cultural. La integración científica no debe aceptarse."¹⁶ La Reforma adoptó el término "en lo posible" porque comprendíamos que como lo expresa el mismo autor, "No es mucha la autonomía científica que podemos conseguir sin cambiar de sistema social o sin que ese sea nuestro objetivo. Y no cambiaremos gran cosa el sistema, si no logramos independizarnos científicamente aunque sea en parte".¹⁷

¿Y qué decir en el campo de las ciencias sociales? No son plausibles los esfuerzos que realizan muchos científicos sociales de América Latina en la investigación de la problemática latinoamericana a la luz del materialismo dialéctico y el materialismo histórico, con resultados que en verdad enorgullecen a la ciencia de nuestros países? ¿Y qué decir de los economistas, sociólogos, historiadores, antropólogos, etc., que se empeñan en cumplir igual obra dentro y fuera de los diferentes Institutos de Investigaciones de las Universidades ecuatorianas, donde emergen científicos e investigadores que han publicado serios estudios sobre la realidad ecuatoriana y que son muy significativos para la ciencia del país? ¿Habrá que condenar todo ello como un absurdo histórico por hallarnos en una época de internacionalización del capital? ¿Necesitamos o no una ciencia y una filosofía que tiene que utilizar todas las armas teóricas y prácticas para realizar la transformación social y para cuyos cultores, como señala Fals Borda, no habrá "fondos ni fundaciones corrientes, ni cargos seguros, ni títulos pomposos, ni

15/ *Ciencia y Política en América Latina*. Ed. Siglo XXI. Pág. 91.

16/ *Ciencia, Política y Cientifismo*. Ed. Centro Editor de América Latina. Pág. 46.

17/ *Id.* Pág. 43.

premios ni prebendas. . . porque tendrán que crear no sólo una ciencia insurgente sino una ciencia humilde, para pobres, una ciencia sencilla, sin diseños estrambóticos ni complicaciones innecesarias, pero útiles para los fines que persiguen".¹⁸ ¿Y cómo afirmar sin llegar a lo absurdo, que aquélla posición frente a la ciencia y la técnica, sea un simple proyecto nacionalista o sentimentalismo político, que tiende a desviar la lucha social de las clases explotadas?

Por nuestra parte consideramos que si con la introducción de la Dialéctica Materialista, el Materialismo Histórico y la Economía Política Marxista en los pensum de la Universidad, cosa que también se cuestiona, hemos contribuído en algo al desarrollo de la ciencia social ecuatoriana, sólo esto justificaría la Segunda Reforma Universitaria.

Para terminar este aspecto de nuestras reflexiones sobre este punto acerca del cual tanto habría que decir, debemos anotar que en la investigación, como en todos los campos de la ciencia, hay que librar una dura batalla contra los postulados filosóficos explícitos o implícitos que la frenan o esterilizan, así como aquellos "parásitos malhechores" que "tienen" nombres y ejercen estragos" como "son, por ejemplo, el idealismo, el pragmatismo, la teología o el indeterminismo, el positivismo, el mecanicismo", como lo anota Garaudy.¹⁹

IX. PROFESIONALISMO Y TECNOCRATISMO

De las varias funciones que se asigna a la Universidad, quizás la que mejor cumple es la de formar profesionales. La misma estructura universitaria actual está conformada de manera que pueda llenar esta función. El predominio de tales o cuales profesiones, las llamadas liberales, sobre las técnicas, por ejemplo, son un reflejo del nivel de las fuerzas productivas de un capitalismo poco desarrollado y neocolonial.

18/ Cita tomada del libro "La Segunda Reforma Universitaria". Ed. Universitaria, Pág. 172.

19/ Introducción a la metodología marxista. Ed. Meridiano. Pág. 60.

Como anotáramos al comienzo, la conjunción del capitalismo monopolista de las transnacionales con el capital desnacionalizado de nuestros países, determinó un afán de modernización de la Universidad en cuanto a un relativo desplazamiento de las profesiones tradicionales, propias del período agroexportador, hacia la formación de los técnicos que requiere la nueva fase modernizante o industrialista, reduciendo a la Universidad a la provisión de recursos humanos dotados del "know-how" para la producción y administración económica privada y pública. Como es natural, estos debían ser modelados de acuerdo con las normas de la tecnocracia norteamericana, en cuanto a métodos, ideología, textos y un sistema de becas para los mejores conformados en tales moldes, que volvían con la calidad de profesores de la Universidad, según se estipulaba en las condiciones establecidas para tales concesiones bancarias. Todo esto nos ligaba a la matriz científico técnica de la metrópoli dominadora y subyugante.

Esta acentuada influencia o mejor intervención, directa o indirecta, en la Universidad, la ha impregnado de una filosofía pragmática, empírica, científicista y tecnocrática, y una moral utilitaria que hace de los estudiantes y luego profesionales, que siguen o se dejan llevar por esa corriente, simples aspirantes a títulos que constituyen verdaderas patentes para una desorbitada ansia de ascenso social y enriquecimiento y que, proclamando que la ciencia y la técnica son neutrales, se venden como cualquier instrumento a los grandes intereses internos y externos, constituyéndose en los mejores sostenedores y mantenedores del sistema. Pero esto no sólo afecta a los sectores de origen burgués, sino que induce a muchos jóvenes que provienen de los estratos pauperizados, que se desclasan y corren desesperadamente tras de los privilegios y prebendas, convirtiéndose a veces en verdugos y explotadores de aquéllos que pertenecen a su clase de origen.

Nosotros comprendemos que la Universidad dentro de este sistema capitalista dependiente, no puede desprenderse en absoluto de su función de proveedora de los elementos intelectuales que requiere dicho sistema para la producción y repro-

ducción de sus relaciones estructurales y superestructurales; que una buena parte de los profesores están poseídos, cuando no de una ideología tradicional, de aquellas modernizantes y neocapitalistas, a las que venimos refiriéndonos, y que todo esto no podría cambiarse sino con la transformación del sistema en su totalidad. Pero también hemos considerado que en la Universidad, existen corrientes opuestas que propugnan el cambio o la conservación social; múltiples y graves contradicciones que permiten una lucha ideológica frontal contra toda esa ideología, cuya médula es la imposición de la llamada "razón tecnocrática" contra la verdad; oponiéndole nuevos valores profundamente humanos, en este enfrentamiento del antropos con el cibernantropos.²⁰ No es que temamos ni mucho menos a la revolución científico técnica, sino a la utilización que, dentro de las relaciones capitalistas, se hace de ella no para la liberación del hombre sino para su mayor esclavitud.

En otro plano, siempre nos empeñamos en que los estudiantes tomaran clara conciencia de que los conocimientos que la Universidad les brinda casi en su totalidad gratuitamente, provienen de los impuestos que gravan a los trabajadores y disminuyendo aún más sus salarios, y que deben reintegrar en servicios, no a los grupos dominantes que son los que mejor pagan, sino a las grandes masas trabajadoras y sufrientes que constituyen la mayoría del País.

20/ *El antropo acepta los conflictos. Los lleva consigo, como dicen algunos filósofos, los asume. Soporta el sufrimiento que nace de esos conflictos. No vacila en agudizar las contradicciones y decirlas, gritarlas, sin disimularlas bajo las flores de la retórica. El cibernantropo se detecta por su manera de reducir lo que toca y, en primer lugar, de reducir las contradicciones. En ello pone una gran tenacidad. Es su método de pensamiento y de acción. No cree absolutamente en la fecundidad de los conflictos. Rechaza obstinadamente los "terceros términos" (la obra, la alegría, el drama, la creación revolucionaria) que podrían nacer de las contradicciones. Tiene poca confianza, para no decir ninguna en la superación. Rechaza toda posibilidad que no sea su propia confirmación y consolidación: su equilibrio. Es un hombre establecido (en la cotidianeidad y en el discurso cotidiano); es un hombre instituido, institucionalizado, funcionalizado, estructurado. No es más un hombre, y los ideólogos tienen mucha razón al desautorizar teóricamente al humanismo, ya ignorado en la práctica. Henri Lefebvre. *Contra los Tecnócratas*. Ed. Garnica, pág. 175.*

Previendo la masificación de la Universidad, proveniente de un acelerado crecimiento de la población y su concentración urbana, el consiguiente ensanchamiento de la enseñanza secundaria etc., de lo cual la supresión de los exámenes de ingreso más que el origen es una consecuencia, se crearon numerosas profesiones intermedias de dos o tres años, que son indispensables en el desarrollo económico social y que además permitían que los estudiantes de escasos recursos pudieran retirarse con un título que no era incompatible con la continuación de la carrera correspondiente, lo que neutralizaría en buena parte el alto porcentaje de evasión estéril que afecta a la Universidad con perjuicio para sí misma y la sociedad. Igualmente, se crearon los cursos de postgrado a fin de que los egresados y profesionales pudieran continuar unidos a la Universidad y mejorando continuamente sus conocimientos.

X. EL PROBLEMA DE LA CULTURA

Digamos unas pocas palabras sobre el tan complejo problema de la cultura. Son múltiples las definiciones que se han dado de la cultura de acuerdo con las diversas concepciones filosóficas (y la filosofía es una parte de la cultura como la ciencia, la moral, la religión, el arte), que es imposible referirnos a ellas. Para nosotros la cultura comprende todo aquello que ha creado el hombre sobre la tierra, sea de carácter material o espiritual, y que se diferencia de la naturaleza virgen. La división entre cultura material y espiritual, sólo puede aceptarse en forma de análisis y sin olvidar que ésta se halla determinada, en último término, por aquélla. Con la división del trabajo y sobre todo con la división del trabajo manual e intelectual, no sólo nace la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del hombre por el hombre, sino también la apropiación por parte de la clase o grupo dominante, de la cultura espiritual. Porque la cultura como todo fenómeno social no está sobre las clases sociales sino que se halla inserta en ellas y es elemento esencial en la lucha de lo viejo y lo nuevo, de lo retardatario y lo que avanza.^{2 1}

21/ *La práctica histórica ha demostrado que en el caso de una revolución socialis-*

Por otra parte, la cultura no es algo aislado y mantiene contacto con otras culturas como sucede con las metropolitanas y dominantes en relación con las coloniales o neocoloniales, a las que proyectan modos de ser cultural y formas de vida como el *american way of life*, con todas sus púulencias (discriminación racial, drogas, exaltación de la fuerza bruta, crímenes, etc., materia de la llamada industrialización de la cultura sobre lo que tanto se ha escrito).

Simplificando, podemos decir que existen dos corrientes culturales: una reaccionaria, burguesa, proimperialista y otra progresista, que hunde sus raíces en el pueblo, en las masas trabajadoras que son las creadoras de la cultura material, base de la cultura espiritual, y que además de enriquecerla directa o indirectamente, constituyen una fuente inagotable para los literatos, poetas, artistas, etc., cuya producción no sólo debía ser estimulada sino creada por la Universidad, constituída en el centro de la cultura y como una de sus misiones fundamentales. Y en esto se interesó profundamente la Reforma.

En esta lucha no se trataba de rechazar a toda costa la cultura que nos viene de fuera, sea lo que sea, pues hay muchas cosas que pueden ser asimiladas críticamente y utilizadas para el enriquecimiento de la propia; tampoco en lo que se refiere a lo pasado y tradicional de nuestra cultura ecuatoriana, ya que en ese pasado y tradición existe mucho de positivo como en las luchas de nuestros pueblos por su liberación y es necesario rescatar esos valores. De lo que se trataba era de defender lo auténtico y específico de nuestra cultura nacional (no nacionalista, términos que a veces interesadamente se confunden), en una relación dialéctica de lo particular y singular con lo universal. La cultura es universal o por lo menos debería serlo si no existieran los grandes países que la utilizan como propiedad privada industrializándola y mercantilizándola; pero esta universalidad no impide la creación nacional con sus características y especificidades, que si llega a tener un valor esencial, se

ta, es más fácil expropiar los medios materiales de producción que los de la cultura espiritual, que son un arma que la burguesía continúa utilizando en su lucha por sobrevivir y determinan los procesos que se han denominado revoluciones culturales.

incorpora a lo universal. Y en este sentido hemos hablado de crear una cultura popular y en lo posible propia, y no en el de un simple populismo o nacionalismo, que tienen un significado distinto.

XI. LAS CONCEPCIONES METAFISICA Y DIALECTICA DE LA EDUCACION

Las concepciones de la educación se hallan en conexión con determinados postulados filosóficos acerca de la concepción del mundo, del hombre, de la verdad, de los valores, etc. Así para el metafísico, término ya empleado por Hegel para expresar lo no dialéctico, el hombre posee una esencia o naturaleza inmutables; la verdad es permanente y eterna y los valores lo son igualmente, dados de una vez por todas y para siempre.

Como la verdad es absoluta y universal, sin consideración al lugar ni tiempo, es decir ahistórica, puede provenir de cualquier país y enseñarse en todas partes a hombres que son de idéntica naturaleza y esencia, por lo cual se puede importar esa ciencia, como cualquier otra mercancía enlatada en textos o manuales que a veces oculta cuidadosamente el profesor y cuyo contenido es transmitido dogmáticamente a los alumnos que, sin siquiera comprenderlos y mucho menos asimilarlos, se empeñan en memorizarlos mecánicamente, ya que el objetivo fundamental no es asimilar el conocimiento sino reproducir su expresión verbal, lo más fielmente posible, en los exámenes que son los que han de determinar la ganancia o la pérdida del año. Así, en el mejor de los casos, se entrena la memoria pero no la capacidad cognoscitiva.

Como aquellos conocimientos son verdaderos e inapelables, los planes y programas de estudio, sin siquiera procurar su adaptación, se los copia de aquellos textos o manuales que cuanto más enciclopédicos resultan mejores; planes y programas que es menester mantenerlos intocados por años, ya que en ello va la seriedad de la Facultad o Escuela que los conforma.

Todo esto se ve coronado por la clase magistral, desde la cual el profesor pontifica frente al alumno dividido en dos partes, una que escucha a medias el evangelio científico y la otra que se empeña en elaborar los apuntes, cuando la materia no ha llegado a la santificación del miméografo, y que luego se ha de repetir mecánicamente, en lo posible al pie de la letra, en las pruebas que concitan el terror cuando no la burla de los estudiantes.

Frente a este marco que no lo consideramos exagerado y dentro del cual se ha desarrollado la vida de la Universidad ecuatoriana, la Reforma trató de introducir cambios que se consideraban necesarios e indispensables. Con criterio dialéctico, afirmamos que la esencia humana no es algo abstracto e inherente a cada individuo sino en realidad un conjunto de relaciones sociales (Marx); que la verdad no es permanente, eterna ni definitiva, ya que es absoluta y relativa al mismo tiempo; absoluta en determinadas condiciones y en un cierto nivel de conocimiento y relativa en cuanto puede ser ampliada, modificada por nuevos descubrimientos y además la verdad es concreta ya que puede resultar falsa más allá de los límites de la relación que refleja.

En consecuencia, propugnamos una enseñanza que revise el número y contenido de las materias, evitando el enciclopedismo y considerando la real problemática del estudiante ecuatoriano y las condiciones en que vive y actúa.

Planes y Programas de Estudio.

No deben limitarse a la copia de los índices de los manuales de los países más adelantados, sino que deben formularse y estar orientados hacia el conocimiento y solución de los problemas del país.

No a la Cátedra Magistral.

Si no es posible, dadas las características de la materia, la supresión completa de la cátedra magistral, que es el baluarte de la enseñanza tradicional, hay que evitarla en cuanto se pue-

da, transformarla en un aula de trabajo en la que colaboren profesores y estudiantes investigando y creando la ciencia, el arte y la cultura.

Evitar el Memorismo y Enseñar a Pensar.

La enseñanza actual memorística, anula la facultad de pensar y comprender. No hay que confundir la inteligencia con la memoria. (Einstein fue considerado mal estudiante porque se negara a repetir de memoria lo que no entendía. Si se hubiera doblgado quizás no se hubiese desarrollado su genio científico).

No sólo Informar sino Formar. La Información no es Incompatible con la Formación, sino que se Complementan.

Hay que educar al estudiante en los principios de la rectitud, de la verdad, de la entereza, de la dignidad, de la honradez intelectual.